



Rubén Darío
Retratos y figuras

COLECCION "LA EXPRESION AMERICANA"

A RUBEN DARIO

LOS QUE LE CREÍAN a usted perezoso, mi querido Rubén, deben de estar desconcertados. En menos de seis meses ha publicado usted dos libros, uno en verso y otro en prosa, Los raros y Prosas profanas. Permítame usted que le hable de ellos desde el punto de vista del parisienismo.

Prosas profanas sería un título delicioso para una colección de fantasías en prosa; mas para una serie de poemas cuyos ritmos son casi siempre perfectos y cuyas rimas son impecables por lo general, resulta algo belga. Yo he tenido que esconder el volumen con objeto de que mis amigos de París no sonrían maliciosamente al hojearlo después de haber visto la cubierta, pues nada me disgusta tanto como que alguien se burle de usted.

También he tenido que esconder Los raros, mi querido Rubén, a causa del título — ¡oh los títulos!—. Todos los que usted escoge, o inventa, son llamativos a primera vista, pero casi nunca van bien con el contenido del libro. Un título debe ser una etiqueta que evoque, por lo menos, el perfume general de la obra y que sugiera con una palabra, o con una frase, la visión completa que irá precisándose y desarrollándose después, en el curso de la lectura. Su Azul de usted no es todo azul; sus Prosas profanas no son prosas, y sus Raros tampoco son raros.

No Rubén, no lo son en Europa en este año de gracia de 1897. ¿Leconte de Lisle raro? ¿Max Nordau raro? Casi tanto como Zola y Dumas... Porque supongo que lo que usted ha querido decir, es «extraños, poco parecidos a los demás literatos y, también, poco conocidos». Pues si lo que quiso significar fue «raros como intensidad de talento» nadie lo es tanto como Molière y Cervantes.

Así, pues, los títulos no me agradan. ¿Y los libros mismos? Eso ya es otra cosa: lo que usted escribe, siempre nos parece excelente a mí y a unos cuantos más, que tenemos el mal gusto de admirar con sinceridad lo que en francés se llama l'écriture artiste. Como escritor, como artista de la frase, como descubridor o adaptador de combinaciones elegantes de palabras, no tiene usted cien rivales en la literatura actual de España, y en Francia misma, donde los escritores cincelan como ánforas la frase, usted sería un escritor muy querido de los jóvenes y muy estimado por un público especial.

Lo que ha de extrañar sobre manera a usted y a sus amigos es saber que lo que más estimo yo en Azul, en Prosas profanas y sobre todo en Los raros, es una cualidad que para la crítica en general es mala y que para mí es excelente. Esa cualidad se llama esnobismo y usted la posee en mayor grado que todos los demás literatos españoles juntos.

Usted es, en efecto, el tipo perfecto del esnob a la moda de París, del esnob impecable e implacable, del esnob victorioso, en fin. Todo lo nuevo y todo lo raro, encuentra en usted una curiosidad entusiasta y un respeto casi religioso. Usted es la encarnación casi genial del espíritu que nuestro maestro Valera llama novelero y que debiera llamarse cosmopolita y diletante. Usted es aristocrático al hablar del conde Montesquiou, naturalista al hablar de Zola, y hasta gramático al escribir el elogio de Juan Moréas. Como ciertos personajes de Barrés, quiere usted saberlo todo, verlo todo, conocerlo todo y expresarlo todo. Su intelecto es un cinematógrafo que refleja incesantemente las mil fases de la sensibilidad, de la sabiduría y del pensamiento universales. Otros escritores hay, mi querido Rubén, en Francia y en Italia sobre todo, que viven, como usted, la vida inquieta del eterno descubridor de rincones extraños, pero esos otros suelen ser ironistas como Teodoro de Wizewa o sabios como Remy de Gourmont y pueden, así, temperar la fiebre de sus hallazgos con

burlas benévolas y con preparaciones filológicas o psicológicas. El alma de usted es una alma lírica, incapaz de pacientes prolegómenos y de sonrisas maliciosas, alma de poeta, alma nerviosa y femenina, que se entrega desde luego y que si discute sus propios gustos, no es sino al día siguiente, una vez el ardiente beso concedido.

Nos habla usted con entusiasmo admirable e ingenuidad más admirable aún, de simbolistas como Dubus a quienes sólo debiéramos conocer nosotros los que hemos vivido años y años en los cafés del barrio latino, de humoristas como Lautréamont que han sido inventados en El Mercurio «para la exportación» según dice María Kryrinska, de vírgenes como Rachilde, la buena y regocijada Rachilde que si no tiene seis hijos es porque Dios no quiere, de otros muchos, muchos, muchos...y dice usted tantas cosas exageradas, y las dice usted tan solemnemente, que nosotros los que tenemos la pretensión de estar en el secreto, sonreímos. Hacemos mal en sonreír. La fe es siempre sagrada.

Lo único que usted necesitaba para completar su museo de genios desconocidos, era un primitivo. Ahora ya le tiene usted: tiene usted a Fray Domenico Cavalca, buen monje toscano a cuyas obras atribuye la imaginación de usted todas las virtudes artísticas de los divinos rivales del Giotto. Lo que debe gustarle, es que Fray Domenico es tan desconocido en Francia como Dubus, como Lautréamont y como la virginidad de Rachilde.

Muchos críticos le aconsejan a usted que renuncie por completo a tal esnobismo y que, consagrándose a cultivar su propio temperamento, trate de producir una obra personal. Si yo fuese capaz de dar consejos, le hablaría de otro modo: «Rubén —le diría— mi querido Rubén: no cambie usted; siga siendo el mismo; continúe por la misma ruta que es, sin duda, la que ha de llevarle a usted a Damasco. Los que le aconsejen que busque su personalidad, no saben lo que aconsejan. Su personalidad es variable y múltiple como sus gustos. Si alguien se encuentra en completa posesión de su yo, ese alguien es usted. La obra que le

piden ya está hecha: es una obra que se compone de muchas obras y que parece una colección de menudencias a primera vista, pero que, en realidad, es compacta si las hay. No cambie usted, Rubén.»

ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO

Octubre de 1897.

EDGAR ALLAN POE

EN UNA MAÑANA fría y húmeda llegué por primera vez al inmenso país de los Estados Unidos. Iba el *steamer* despacio, y la sirena aullaba roncamente por temor de un choque. Quedaba atrás Fire Island con su erecto faro; estábamos frente a Sandy Hook, de donde nos salió al paso el barco de sanidad. El ladrante *slang* yanqui sonaba por todas partes, bajo el pabellón de bandas y estrellas. El viento frío, los pitos arromadizados, el humo de las chimeneas, el movimiento de las máquinas, las mismas ondas ventrudas de aquel mar estañado, el vapor que caminaba rumbo a la gran bahía, todo decía: *all right!* Entre las brumas se divisaban islas y barcos. Long Island desarrollaba la inmensa cinta de sus costas, y Staten Island, como en el marco de una viñeta, se presentaba en su hermosura, tentando al lápiz, ya que no, por la falta de sol, la máquina fotográfica. Sobre cubierta se agrupan los pasajeros: el comerciante de gruesa panza, congestionado como un pavo, con encorvadas narices israelitas; el *clergyman* huesoso, enfundado en su largo levitón negro, cubierto con su ancho sombrero de fieltro, y en la mano una pequeña Biblia; la muchacha que usa gorra de *jockey* y que durante toda la travesía ha cantado con voz fonográfica, al son de un banjo; el joven robusto, lampiño como un bebé, y que, aficionado al *box*, tiene los puños de tal modo, que bien pudiera desquijar un rinoceronte de un solo impulso... En los Narrows se alcanza a ver la tierra pintoresca y florida, las fortalezas. Luego, levantando sobre su cabeza la antorcha simbólica, queda a un lado la gigantesca Madona

de la Libertad, que tiene por peana un islote. De mi alma brota entonces la salutación: «A ti, prolífica, enorme, dominadora. A ti, Nuestra Señora de la Libertad. A ti, cuyas mamas de bronce alimentan un sinnúmero de almas y corazones. A ti, que te alzas solitaria y magnífica sobre tu isla, levantando la divina antorcha. Yo te saludo al paso de mi *steamer*, prosternándome delante de tu majestad. ¡Ave: *Good morning!* Yo sé, divino icono, ¡oh magna estatua!, que tu solo nombre, el de la excelsa belleza que encarnas, ha hecho brotar estrellas sobre el mundo, a la manera del fiat del Señor. Allí están entre todas, brillantes sobre las listas de la bandera, las que iluminan el vuelo del águila de América, de esta tu América formidable, de ojos azules. ¡Ave, Libertad, llena de fuerza!; el Señor es contigo: bendita tú eres. Pero, ¿sabes?, se te ha herido mucho por el mundo, divinidad, manchando tu esplendor. Anda en la Tierra otra que ha usurpado tu nombre, y que, en vez de la antorcha, lleva la tea. Aquella no es la Diana sagrada de las incomparables flechas: es Hécate.»

Hecha mi salutación, mi vista contempla la masa enorme que está al frente, aquella tierra coronada de torres, aquella región de donde casi sentís que viene un soplo subyugador y terrible: Manhattan, la isla de hierro; Nueva York, la sanguínea, la ciclópea, la monstruosa, la tormentosa, la irresistible capital del cheque. Rodeada de islas menores, tiene cerca a Jersey, y agarrada a Brooklyn, con la uña enorme del puente; Brooklyn, que tiene sobre el palpitante pecho de acero un ramillete de campanarios.

Se cree oír la voz de Nueva York, el eco de un vasto soliloquio de cifras. ¡Cuán distinta de la voz de París, cuando uno cree escucharla, al acercarse, halagadora co-

mo una canción de amor, de poesía y de juventud! Sobre el suelo de Manhattan parece que va a verse surgir de pronto un colosal Tío Samuel, que llama a los pueblos todos a un inaudito remate, y que el martillo del rematador cae sobre cúpulas y techumbres, produciendo un ensordecedor trueno metálico. Antes de entrar al corazón del monstruo, recuerdo la ciudad que vio en el poema bárbaro el vidente Thogorma:

*Thogorma dans ses yeux vit monter des murailles
De fer dont s'enroulaient des spirales des tours
Et des palais cerclés d'airain sur des blocs lourds;
Ruche énorme, gékenne aux lugubres entrailles
Où s'engouffraient les Forts, princes des anciens jours.*

.....

Semejantes a los fuertes de los días antiguos, viven en sus torres de piedra, de hierro y de cristal, los hombres de Manhattan.

En su fabulosa Babel, gritan, mugen, resuenan, braman, conmueven la Bolsa, la locomotora, la fragua, el Banco, la imprenta, el *dock* y la urna electoral. El edificio Produce Exchange, entre sus muros de hierro y granito, reúne tantas almas cuantas hacen un pueblo... He allí Broadway. Se experimenta casi una impresión dolorosa; sentís el dominio del vértigo. Por un gran canal cuyos lados los forman casas monumentales que ostentan sus cien ojos de vidrios y sus tatuajes de rótulos, pasa un río caudaloso, confuso, de comerciantes, corredores, caballos, tranvías, ómnibus, hombres *sandwichs* vestidos de anuncios, y mujeres bellísimas. Abarcando con la vista la inmensa arteria en su hervor continuo, llega a sentirse la angustia de ciertas pesadillas. Reina la vida del hormiguero: un hormiguero de percherones gigantes-

cos, de carros monstruosos, de toda clase de vehículos. El vendedor de periódicos, rosado y risueño, salta como un gorrión de tranvía en tranvía, y grita al pasajero: «*Intanrsoonwood!*», lo que quiere decir si gustáis comprar cualquiera de esos tres diarios: el *Evening Telegram*, el *Sun* o el *World*. El ruido es mareador y se siente en el aire una trepidación incesante; el repiqueteo de los cascos, el vuelo sonoro de las ruedas, parece a cada instante aumentarse. Temeríase a cada momento un choque, un fracaso, si no se conociese que este inmenso río que corre con una fuerza de alud lleva en sus ondas la exactitud de una máquina. En lo más intrincado de la muchedumbre, en lo más convulsivo y crespo de la ola de movimiento, sucede que una lady anciana, bajo su capota negra o una miss rubia, o una nodriza con su bebé, quiere pasar de una acera a otra. Un corpulento *police-man* alza la mano; detiéndose el torrente; pasa la dama; *all right!*

«Esos cíclopes...», dice Groussac. «Esos feroces calibanes...», escribe Peladan. ¿Tuvo razón el raro Sar al llamar así a estos hombres de la América del Norte? Calibán reina en la isla de Manhattan, en San Francisco, en Boston, en Washington, en todo el país. Ha conseguido establecer el imperio de la materia desde su estado misterioso con Edison hasta la apoteosis del puerco, en esa abrumadora ciudad de Chicago. Calibán se satura de *whisky*, como en el drama de Shakespeare de vino; se desarrolla y crece; y sin ser esclavo de ningún Próspero, ni martirizado por ningún genio del aire, engorda y se multiplica; su nombre es Legión. Por voluntad de Dios suele brotar de entre esos poderosos monstruos algún ser de superior naturaleza que tiende las alas a la eterna Miranda de lo ideal. Entonces, Calibán mueve contra él

a Sicorax, y se le destierra o se le mata. Esto vio el mundo con Edgard Allan Poe, el cisne desdichado que mejor ha conocido el ensueño y la muerte...

¿Por qué vino tu imagen a mi memoria, Stella, Alma, dulce reina mía, tan presto ida para siempre, el día en que, después de recorrer el hirviente Broadway, me puse a leer los versos de Poe, cuyo nombre de Edgard, armonioso y legendario, encierra tan vaga y triste poesía, y he visto desfilar la procesión de sus castas enamoradas a través del polvo de plata de un místico ensueño? Es porque tú eres hermana de las liliales vírgenes cantadas en brumosa lengua inglesa por el soñador infeliz, príncipe de los poetas malditos. Tú, como ellas, eres llama del infinito amor. Frente al balcón, vestido de rosas blancas, por donde en el Paraíso asoma tu faz de generosos y profundos ojos, pasan tus hermanas y te saludan con una sonrisa, en la maravilla de tu virtud, ¡oh mi ángel consolador, oh mi esposa! La primera que pasa es Irene, la dama brillante de palidez extraña, venida de allá, de los mares lejanos; la segunda es Eulalia, la dulce Eulalia, de cabellos de oro y ojos de violeta, que dirige al cielo su mirada; la tercera es Leonora, llamada así por los ángeles, joven y radiosa en el Edén distante: la otra es Frances, la amada que calma las penas con su recuerdo; la otra es Ulalume, cuya sombra yerra en la nebulosa región de Weir, cerca del sombrío Lago de Auber; la otra, Helen, la que fue vista por la primera vez a la luz de perla de la luna; la otra, Annie, la de los ósculos y las caricias y oraciones por el adorado; la otra, Anabel Lee, que amó con un amor envidia de los serafines del cielo; la otra, Isabel, la de los amantes coloquios en la claridad lunar; Ligeia, en fin, meditabunda, envuelta en un velo de extraterrestre esplendor... Ellas son, cándido coro de

ideales oceánidas, quienes consuelan y enjugan la frente al lírico Prometeo amarrado a la montaña Yanqui, cuyo cuervo, más cruel aún que el buitre esquiliano, sentado sobre el busto de Palas, tortura el corazón del desdichado, apuñalándose con la monótona palabra de la desesperanza. Así tú para mí. En medio de los martirios de la vida, me refrescas y alientas con el aire de tus alas, porque si partiste en tu forma humana al viaje sin retorno, siento la venida de tu ser inmortal, cuando las fuerzas me faltan o cuando el dolor tiende hacia mí el negro arco. Entonces, Alma, Stella, oigo sonar cerca de mí el oro invisible de tu escudo angélico. Tu nombre luminoso y simbólico surge en el cielo de mis noches como un incomparable guía y por tu claridad inefable llevo el incienso y la mirra a la cuna de la eterna Esperanza.

*

La influencia de Poe en el arte universal ha sido suficientemente honda y trascendente para que su nombre y su obra no sean a la continua recordados. Desde su muerte acá, no hay año casi en que, ya en el libro o en la revista, no se ocupen del excelso poeta americano críticos, ensayistas y poetas. La obra de Ingram iluminó la vida del hombre; nada puede aumentar la gloria del soñador maravilloso. Por cierto que la publicación de aquel libro cuya traducción a nuestra lengua hay que agradecer al señor Mayer, estaba destinada al grueso público.

¿Es que en el número de los escogidos, de los aristócratas del espíritu, no estaba ya pesado en su propio valor el odioso farrago del canino Griswold? La infame autopsia moral que se hizo del ilustre difunto debía tener esa bella protesta. Ha de ver ya el mundo libre de mancha al cisne immaculado.

Poe, como un Ariel hecho hombre, diríase que ha pasado su vida bajo el flotante influjo de un extraño misterio. Nacido en un país de vida práctica y material, la influencia del medio obra en él al contrario. De un país de cálculo brota imaginación tan estupenda. El don mitológico parece nacer en él por lejano atavismo y vese en su poesía un claro rayo del país de sol y azul en que nacieron sus antepasados. Renace en él el alma caballeresca de los Le Poer alabados en las crónicas de Generaldo Gambresio. Arnolfo Le Poer lanza en la Irlanda de 1327 este terrible insulto al caballero Mauricio de Desmond: «Sois un rimador.» Por lo cual se empuñan las espadas y se traba una riña que es el prólogo de guerra sangrienta. Cinco siglos después, un descendiente del provocativo Arnolfo glorificará a su raza, erigiendo sobre el rico pedestal de la lengua inglesa, y en un nuevo mundo, el palacio de oro de sus rimas.

El noble abolengo de Poe, ciertamente, no interesa sino a «aquellos que tienen gusto de averiguar los efectos producidos por el país y el linaje en las peculiaridades mentales y constitucionales de los hombres de genio», según las palabras de la noble señora Whitman. Por lo demás, es él quien hoy da valer y honra a todos los pastores protestantes, tenderos, rentistas o mercachifles que lleven su apellido en la tierra del honorable padre de su patria, Jorge Washington.

Sábase que en el linaje del poeta hubo un bravo sir Rogerio, que batalló en compañía de Strongbow; un osado sir Arnolfo, que defendió a una lady acusada de bruja; una mujer heroica y viril, la célebre «condesa» del tiempo de Cronwell; y pasando sobre enredos genealógicos antiguos, un general de los Estados Unidos, su abuelo. Después de todo, ese ser trágico, de historia tan

extraña y romancesca, dio su primer vagido entre las coronas marchitas de una comedianta, la cual le dio vida bajo el imperio del más ardiente amor. La pobre artista había quedado huérfana desde muy tierna edad. Amaba el teatro, era inteligente y bella, y de esa dulce gracia nació el pálido y melancólico visionario que dio al arte un mundo nuevo.

Poe nació con el envidiable don de la belleza corporal. De todos los retratos que he visto suyos, ninguno da idea de aquella especial hermosura que en descripciones han dejado muchas de las personas que le conocieron. No hay duda que, en toda la iconografía poeana, el retrato que debe representarle mejor es el que sirvió a míster Clarke para publicar un grabado que copiaba al poeta en el tiempo en que éste trabajaba en la Empresa de aquel caballero. El mismo Clarke protestó contra los falsos retratos de Poe que después de su muerte se publicaron. Si no tanto como los que calumniaron su hermosa alma poética, los que desfiguran la belleza de su rostro son dignos de la más justa censura. De todos los retratos que han llegado a mis manos, los que más me han llamado la atención son el de Chiffart, publicado en la edición ilustrada de Quantín, de los *Cuentos extraordinarios*, y el grabado por R. Loncup para la traducción del libro de Ingram por Mayer. En ambos, Poe ha llegado ya a la edad madura. No es, por cierto, aquel gallardo jovencito sensitivo que al conocer a Elena Staneand quedó trémulo y sin voz, como el Dante de la *Vita Nuova*... Es el hombre que ha sufrido ya, que conoce por sus propias desgarradas carnes cómo hieren las asperezas de la vida. En el primero, el artista parece haber querido hacer una cabeza simbólica. En los ojos, casi ornitomorfos, en el aire, en la expresión trágica del rostro,

Chiffart ha intentado pintar al autor del *Cuervo*, al visionario, al *unhappy master* más que al hombre. En el segundo hay más realidad: esa mirada triste, de tristeza contagiosa, esa boca apretada, ese vago gesto de dolor y esa frente ancha y magnífica en donde se entronizó la palidez fatal del sufrimiento, pintan al desgraciado en sus días de mayor infortunio, quizá en los que precedieron a su muerte. Los otros retratos, como el de Halpin para la edición de Armstrong, nos dan ya tipos de lechuguinos de la época, ya caras que nada tienen que ver con la cabeza bella e inteligente de que habla Clarke. Nada más cierto que la aguda observación de Gautier:

«Es raro que un poeta —dice—, que un artista sea conocido bajo su primer encantador aspecto. La reputación no le viene sino muy tarde, cuando ya las fatigas del estudio, la lucha por la vida y las torturas de las pasiones han alterado su fisonomía primitiva; apenas deja sino una máscara usada, marchita, donde cada dolor ha puesto por estigma una magulladura o una arruga.»

Desde niño Poe «prometía una gran belleza»^(*).

Sus compañeros de colegio hablan de su agilidad y robustez. Su imaginación y su temperamento nervioso estaban contrapesados por la fuerza de sus músculos. El amable y delicado ángel de poesía sabía dar excelentes puñetazos. Más tarde dirá de él una buena señora: «Era un muchacho bonito»^(**).

Cuando entra a West Point hace notar en él un colega, míster Gibson, su «mirada cansada, tediosa y hastiada». Ya en su edad viril, recuérdale el bibliófilo Gowans: «Poe tenía un exterior notablemente agradable y que predisponía en su favor: lo que las damas

(*) Ingram.

(**) Miss Royster.— Citada por Ingram.

llamarían claramente bello.» Una persona que le oye recitar en Boston, dice: «Era la mejor realización de un poeta, en su fisonomía, aire y manera.» Un precioso retrato es hecho de mano femenina: «Una talla algo menos que de altura mediana quizá, pero tan perfectamente proporcionada y coronada por una cabeza tan noble, llevada tan regiamente, que, a mi juicio de muchacha, causaba la impresión de una estatura dominante. Esos claros y melancólicos ojos parecían mirar desde una eminencia...»^(*) Otra dama recuerda la extraña impresión de sus ojos: «Los ojos de Poe, en verdad, eran el rasgo que más impresionaba, y era a ellos a los que su cara debía su atractivo peculiar. Jamás he visto otros ojos que en algo se le parecieran. Eran grandes, con pestañas largas y un negro de azabache: el iris acero-gris poseía una cristalina claridad y transparencia, a través de la cual la pupila negra-azabache se veía expandirse y contraerse con toda sombra de pensamiento o de emoción. Observé que los párpados jamás se contraían, como es tan usual en la mayor parte de las personas, principalmente cuando hablan; pero su mirada siempre era llena, abierta y sin encogimiento ni emoción. Su expresión habitual era soñadora y triste: algunas veces tenía un modo de dirigir una mirada ligera, de soslayo, sobre alguna persona que no le observaba a él, y, con una mirada tranquila y fija, parecía que mentalmente estaba midiendo el calibre de la persona que estaba ajena de ello. «¡Qué ojos tan tremendos tiene el señor Poe! —me dijo una señora—. Me hace helar la sangre el verle darse vuelta lentamente y fijarlos sobre mí cuando estoy hablando.»

(**) La misma agrega: «Usaba un bigote negro es-

(*) Miss Heywod.— Citada por Ingram.

(**) Mrs. Weiss.— Ibid.

meradamente cuidado, pero que no cubría completamente una expresión ligeramente contraída de la boca y una tensión ocasional del labio superior, que se asemejaba a una expresión de mofa. Esta mofa era fácilmente excitada y se manifestaba por un movimiento del labio, apenas perceptible, y, sin embargo, intensamente expresivo. No había en ella nada de malevolencia, pero sí mucho sarcasmo.» Sábese, pues, que aquella alma potente y extraña estaba encerrada en hermoso vaso. Parece que la distinción y dotes físicas deberían ser nativas en todos los portadores de la lira. ¿Apolo, el crinado numen lírico, no es el prototipo de la belleza viril? Mas no todos sus hijos nacen con dote tan espléndido. Los privilegiados se llaman Goethe, Byron, Lamartine, Poe.

Nuestro poeta, por su organización vigorosa y cultivada, pudo resistir esa terrible dolencia que un médico escritor llama con gran propiedad «la enfermedad del ensueño». Era un sublime apasionado, un nervioso, uno de esos divinos semilocos necesarios para el progreso humano, lamentables cristos del arte, que por amor al eterno ideal tienen su calle de la amargura, sus espinas y su cruz. Nació con la adorable llama de la poesía, y ella le alimentaba al propio tiempo que era su martirio. Desde niño quedó huérfano y le recogió un hombre que jamás podría conocer el valor intelectual de su hijo adoptivo. El señor Allan—cuyo nombre pasará en lo porvenir al brillo del nombre del poeta—jamás pudo imaginarse que el pobre muchacho recitador de versos que alegraba las veladas de su *home* fuese más tarde un egregio príncipe del arte. En Poe reina el «ensueño» desde la niñez. Cuando el viaje de su protector le lleva a Londres, la escuela del dómine Brandeby es para él como un lugar fantástico que despierta en su ser extrañas

reminiscencias; después, en la fuerza de su genio, el recuerdo de aquella morada y del viejo profesor han de hacerle producir una de sus subyugadoras páginas. Por una parte posee en su fuerte cerebro la facultad musical; por otra, la fuerza matemática. Su «ensueño» está poblado de quimeras y de cifras como la carta de un astrólogo. Vuelto a América, vémosle en la escuela de Clarke, en Richmond, en donde al mismo tiempo que se nutre de clásicos y recita odas latinas, boxea y llega a ser algo como un *champion* estudiantil; en la carrera hubiera dejado atrás a Atalanta, y aspiraba a los lauros natatorios de Byron. Pero si brilla y descuella intelectual y físicamente entre sus compañeros, los hijos de familia de la fofa aristocracia del lugar miran por encima del hombro al hijo de la cómica. ¿Cuánta no ha de haber sido la hiel que tuvo que devorar este ser exquisito, humillado por un origen del cual en días posteriores habría orgullosamente de gloriarse? Son esos primeros golpes los que empezaron a cincelar el pliegue amargo y sarcástico de sus labios. Desde muy temprano conoció las asechanzas del lobo racional. Por eso buscaba la comunicación con la Naturaleza, tan sana y fortalecedora. «Odio sobre todo y detesto este animal que se llama Hombre», escribía Swift a Pope, Poe, a su vez, habla «de la mezquina amistad y de la fidelidad de polvillo de fruta (*gossamer fidelity*) del mero hombre». Ya en libro de Job, Eliphaz Themanita exclama: «¿Cuánto más el hombre abominable y vil que bebe como la iniquidad?» No buscó el lírico americano el apoyo de la oración: no era creyente, o, al menos, su alma estaba alejada del misticismo. A lo cual da por razón James Russell Lowell lo que podría llamarse la matematicidad de su cerebración. «Hasta su misterio es matemático para su propio espíritu.» La

ciencia impide al poeta penetrar y tender las alas en la atmósfera de las verdades ideales. Su necesidad de análisis, la condición algebraica de su fantasía, hácele producir tristísimos efectos cuando nos arrastra al borde de lo desconocido. La especulación filosófica nubló en él la fe, que debiera poseer como todo poeta verdadero. En todas sus obras, si mal no recuerdo, sólo unas dos veces está escrito el nombre de Cristo.^(*) Profesaba, sí, la moral cristiana; y en cuanto a los destinos del hombre, creía en una ley divina, en un fallo inexorable. En él la ecuación dominaba a la creencia, y aun en lo referente a Dios y sus atributos, pensaba, con Spinoza, que las cosas invisibles y todo lo que es objeto propio del entendimiento no pueden percibirse de otro modo que por los ojos de la demostración,^(**) olvidando la profunda afirmación filosófica: *«intellectus noster sic de habet? ad prima entium quae sunt manifestissima in natura, sicut oculus vesperilionis ad solem»*. No creía en lo sobrenatural, según confesión propia; pero afirmaba que Dios, como creador de la Naturaleza, puede, si quiere, modificarla. En la narración de la metempsicosis de Ligeia hay una definición de Dios, tomada de Granwill, que parece ser sustentada por Poe: «Dios no es más que una gran voluntad que penetra todas las cosas por la naturaleza de su intensidad.» Lo cual estaba ya dicho por Santo Tomás en estas palabras: «Si las cosas mismas no determinan el fin para sí, porque desconocen la razón del fin, es necesario que se les determine el fin por otro que sea determinante de la naturaleza. Este es el que previene todas las cosas, que es ser por sí mismo necesario, y a éste llamamos

(*) Tiene, no obstante, un himno a María en *Poems and Essays*.

(**) Spinoza: *Tratado teológico-político*

Dios...»^(*) En la *Revelación magnética*, a vuelta de divagaciones filosóficas, mister Vankirk —que, como casi todos los personajes de Poe, es Poe mismo— afirma la existencia de un Dios material, al cual llama materia suprema e imparticulada. Pero agrega: «La materia imparticulada, o sea Dios en estado de reposo, es, en lo que entra en nuestra comprensión, lo que los hombres llaman espíritu.» En el diálogo entre Oinos y Agathos pretende sondear el misterio de la divina Inteligencia; así como en los de Monos y Una y de Eros y Charmion penetra en la desconocida sombra de la Muerte, produciendo, como pocos, extraños vislumbres en su concepción del espíritu en el espacio y en el tiempo.

(*) Santo Tomás: *Teodica*, XLI.

LECONTE DE LISLE

HA MUERTO EL PONTÍFICE del Parnaso, el vicario de Hugo; las campanas de la Basílica lírica están tocando vacante. Descansa ya, pálida y sin la sangre de la vida, aquella majestuosa cabeza de sumo sacerdote, aquella testa coronada —coronada de los más verdes laureles— llena de augusta hermosura antigua, y cuyos rasgos exigen el relieve de la medalla y la consagración olímpica del mármol.

Homéricos funerales deberían ser los de Leconte de Lisle. En hoguera encendida con maderos olorosos, allá, en el corazón de la isla maternal, en donde por primera vez vio la gloria del sol, consumiríase su cuerpo al vuelo de las odas con que un coro de poetas cantaríase el Triunfo de la Lira, recitaríanse estrofas que recordarían a Orfeo encadenado con sus acordes la furia de los leopardos y leones, o a Melesigenes cercado de las musas en la maravilla de una apoteosis. ¡Homéricos funerales para quien fue homérica, por el soplo épico que pasaba por el cordaje de su lira, por la soberana expresión y el vuelo soberbio, por la impassibilidad casi religiosa, por la magnificencia monumental estatuaría de su obra, en la cual, como en la del padre de los poetas, pasan a nuestra vista portentosos desfiles de personajes, grupos esculturales, mármóreos bajo relieves, figuras que encarnan los odios, los combates, las terribles iras; homérica por ser de alma y sangre latinas y por haber adorado siempre el lustre y el renombre de la Hélade inmortal! Griego fue, de los griegos tenía, como lo hizo notar muy bien Guyau, la concepción de una especie de mundo de las for-

mas y de las ideas que es el mundo mismo del arte; habiéndose colocado, por una ascensión de la voluntad, sobre el mundo del sentimiento, en la región serena de la idea, y revistiendo su musa incommovible el esculpido peplo cuyo más ligero pliegue no pudiera agitar el estremecimiento de las humanas emociones, ni aun el aire que el Amor mismo agitase con sus alas. «Vuestros contemporáneos —díjole Alejandro Dumas (hijo)— eran los griegos y los hindúes». Y es, en efecto, de aquellos dos inmensos focos de donde parten los rayos que iluminan la obra de Leconte de Lisle, conduciendo uno la idea brahmánica desde el índico Ganges, cuyas aguas reflejaran los combates del Ramayana, y el otro la idea griega desde el armonioso Alfeo, en cuyas linfas se viera la desnudez celeste de la virgen Diana.

La India y Grecia eran para su espíritu tierras de predilección: reconocía como las dos originales fuentes de la universal poesía a Valmiki y a Homero. Navegó a pleno viento por el océano inmenso de la teogonía védica, y, profundo conocedor de la antigüedad griega, y helenista insigne, condujo a Homero a orillas del Sena. Atraíale la aurora de la Humanidad, la soberana sencillez de las edades primeras, la grandiosa infancia de las razas, en la cual empieza el Génesis de lo que él llamara con su verbo solemne «la historia sagrada del pensamiento humano en su florecimiento de armonía y de luz»; la historia de la Poesía.

El más griego de los artistas, como le llamara un joven esteta, cantó a los bárbaros, ciertamente. Como había en su reino poético suprimido todo anhelo por un ideal de fe, la inmensa alma medieval no tenía para él ningún fulgor; y calificaba la Edad Media como una edad de abominable barbarie. Y he aquí que ninguno

entre los poetas, después de Hugo, ha sabido poner delante de los ojos modernos, como Leconte de Lisle, la vida de los caballeros de hierro, las costumbres de aquellas épocas, los hechos y aventuras trágicas de aquellos combatientes y de aquellos tiranos; los sombríos cuadros monacales, los interiores de los claustros, los cismas, la supremacía de Roma, las musulmanas barbaries fastuosas, el ascetismo católico y el temblor extranatural que pasó por el mundo en la edad que otro gran poeta ha llamado con razón, en una estrofa célebre, «enorme y delicada».

Puso el espíritu sobre el corazón. Jamás en toda su obra se escucha un solo eco de sentimiento; nunca sentiréis el escalofrío pasional. Eros mismo, si pasa por esas inmensas florestas, es como un ave desolada. No se atrevería la musa de Musset a llamar a la puerta del vate serenísimo; y las palomas lamartinianas alzarían el vuelo, asustadas, delante del cuervo centenario que dialoga con el abad Serapio de Arsinoe.

Nació en una isla cálida y espléndida, isla de sol, florestas y pájaros, que siente de cerca la respiración de la negra Africa; sintióse poeta el «joven salvaje»; la lengua de la Naturaleza le enseñó su primera rima, el gran bosque primitivo le hizo sentir la influencia de su estremecimiento, y el mar solemne y el cielo le dejaron entrever el misterio de su inmensidad azul. Sentía él latir su corazón, deseoso de algo extraño, y sus labios estaban sedientos del vino divino. Copa de oro inagotable, llena de celeste licor, fue para él la poesía de Hugo. Al llegar *Las orientales* a sus manos, al ver esos fulgurantes poemas, la luz misma de su cielo patrio le pareció brillar con un resplandor nuevo; la montaña, el viento africano, las olas, las aves de las florestas nativas, la Naturaleza toda,

tuvo para él voces despertadoras que le iniciaron en un culto arcano y supremo.

Imaginaos un Pan que vagase en la montaña sonora poseído de la fiebre de la armonía, en busca de la caña con que habría de hacer su rústica flauta, y a quien de pronto diese Apolo una lira y le enseñase el arte de arrancar de sus cuerdas sonos sublimes. No de otro modo aconteció al poeta que debiera salir de la tierra lejana en donde nació, para levantar en la capital del Pensamiento un templo cincelado en el más bello Paros, en honor del dios del arco de plata.

El que fue impecable adorador de la tradición clásica pura debía pronunciar en ocasión solemne, delante de la Academia francesa, que le recibía en su seno, estas palabras: «Las formas nuevas son la expresión necesaria de las concepciones originales.» Digna es tal declaración de quien sucediera a Hugo en la asamblea de los «inmortales» y de quien, como su sacrocésáreo antecesor, fue jefe de escuela, y de escuela que tenía por fundamento principal el culto de la forma. Hugo fue, en verdad, para él la encarnación de la poesía. Leconte de Lisle no reconocía de la Trinidad romántica sino la omnipotencia del «Padre»; Musset, «el Hijo» y Lamartine, «el Espíritu», apenas si merecieron una mirada rápida de sus ojos sacerdotales. Y es que Hugo ejercía sobre él la atracción astral de los genios individuales y absolutos; el hijo de la isla oriental fue iniciado en el secreto del arte por el autor de *Las orientales*; el que debía escribir los *Poemas antiguos* y los *Poemas bárbaros* no podía sino contemplar con estupor la creación de ese orbe constelado, vario, profuso y estupendo que se llama *La leyenda de los siglos*. Luego fue a él, barón, par, príncipe, a quien el Carlomagno de la lira dirigiera este corto mensaje imperial y

fraternal: *Jungamus dextras*. Después él fue siempre el privilegiado. Hugo le consagró. Y cuando Hugo fue conducido al Panteón, fue Leconte de Lisle quien entonó el himno más ferviente en honor de quien entraba en la inmortalidad. Posteriormente, al ocupar su sillón en la Academia, colocó aún más triunfales palmas y coronas en la tumba del César literario. Recorrió con su pensamiento la historia de la poesía universal, para llegar a depositar sus trofeos en aras del daimón desaparecido, y presentó con la magia de su lenguaje la creación toda de Hugo. Hizo aparecer con sus prestigios incomparables *Las orientales*, cuya lengua y movimiento, según confesión propia, fueron para él una revelación; el prefacio de Cronwell oriflama de guerra tendido al viento; las Hojas de otoño, últimas obras nombradas, la que llama su atención principal es *Torquemada*. ¿Por qué? Porque Leconte de Lisle sentía el pasado con una fuerza de visión insuperable, a punto de que Guyau llama a la Trilogía *Nueva leyenda de los siglos*. «Bien que ningún siglo —escribe el poeta— haya igualado al nuestro en la ciencia universal; que la historia, las lenguas, las costumbres, las teorías de los pueblos antiguos nos sean reveladas de año en año por tantos sabios ilustres; que los hechos y las ideas, la vida íntima y la vida exterior; que todo lo que constituye la razón de ser, de creer, de pensar de los hombres desaparecidos, llama la atención de las inteligencias elevadas, nuestros grandes poetas han raramente intentado volver intelectualmente la vista del pasado.» Tiempos primitivos, Edad Media, todo lo que se halla respecto a nuestra edad contemporánea como en una lejanía de ensueño, atrae la imaginación del vate severo. La exposición de la obra novelesca de Víctor Hugo dióle motivo para lanzar otra flecha, que fue

directamente a clavarse en el pecho robusto de Zola, cuando habló de «la epidemia que se hace sentir directamente en una parte de nuestra literatura, y contamina los últimos años de un siglo que se abriera con tanto brillo y proclamara tan ardientemente su amor a lo bello» y de «el desdén de la imaginación y del ideal que se instala imprudentemente en muchos espíritus obstruidos por teorías groseras y malsanas». «El público letrado —agrega— no tardará en arrojar con desprecio lo que aclama hoy con ciega admiración. Las epidemias de esta naturaleza pasan y el genio permanece.»

Al contestar al discurso del nuevo académico, Alejandro Dumas (hijo), entre sonrisa y sonrisa, quemó en honor del recién llegado este puñado de incienso: «Cuando un gran genio (Hugo) ha tenido desde la infancia, el hábito de frecuentar un círculo de genios anteriores, entre los cuales Sófocles, Platón, Virgilio, La Fontaine, Corneille y Molière no ocupan sino un segundo término, y en donde Montaigne, Racine, Pascal, Bossuet, La Bruyère, no penetran, se comprende fácilmente que el día en que ese gran genio distingue entre la muchedumbre que se agita a sus pies un poeta y le marca en la frente con el signo con que ha de reconocer en lo porvenir a los de su raza y familia, ese poeta tendrá el derecho de estar orgulloso. Ese poeta sois vos, señor.»

Fueron, ciertamente, los *Poemas bárbaros* la anunciación espléndida de un grande y nuevo poeta. ¿Qué son esos poemas? Visiones formidables de los pasados siglos, los horrores y las grandezas épicas de los bárbaros evocados por un latino que emplea para su obra versos de bronce, versos de hierro, rimas de acero, estrofas de granito. Caín surge en el ensueño del vidente Thogorma, en un poema primitivo, bíblico, que se

desarrolla en la misteriosa inmemorial «ciudad de la angustia», en el país de Hevila. Caín es el mensajero de la nada. Luego es aun en la Biblia donde se halla el origen de otros poemas; la viña de Naboth, el *Eclesiastés*, que declara cómo la irrevocable Muerte es también mentira; después el poeta va de un punto a otro, extraño cosmopolita del pasado; a Tebas, donde el rey Khons descansa en su barca dorada; a Grecia, donde surgirá la monstruosa Equidna, o un grupo de hirsutos combatientes; a la Polinesia, en donde aprenderá el génesis indígena; al boreal país de los hornos y escaldas, donde Snorr tiene su infernal visión; a Irlanda, tierra de bardos. Y se advierten blancas pinturas de países fríos, figuras cinceladas en nieve; Angantir, que dialoga con Hervor; Hialmar, que clama trágicamente el oso que llora, los cantos de los cazadores y runoyas; el norte aún, el país de Sigurd; los elfos que, coronados de tomillo, danzan a la luz de la luna, en un aire germánico de balada; cantos tradicionales; Kono de Kemper; el terrible poema de Mona; cuadros orientales como la preciosa y musical *Verandab*; las frases ásperas de la Naturaleza; el desierto; la India y sus pagodas y faquires; Córdoba morisca; fieras y aves de rapiña; fuentes cristalinas, bosques salvajes; la historia religiosa, la leyenda, el romancero; América, los Andes...; y, sobre todo esto, el *Cuervo*, el cuervo desolador, y la silenciosa, fatal, pálida y como deseada imagen de la Muerte, acompañada de su oscuro paje el Dolor.

En los *Poemas antiguos* resucita el esplendor de la belleza griega, lanzando al mismo tiempo un manifiesto a manera de prólogo. He aquí lo que pensaba de los tiempos modernos: «Desde Homero, Esquilo y Sófocles, que representan la poesía en su vitalidad, en su plenitud y en su unidad armónica, la decadencia y la bar-

barie han invadido el espíritu humano. En lo tocante a arte original, el mundo romano está al nivel de los dacios y de los sármatas; el cielo cristiano todo es bárbaro. Dante, Shakespeare y Milton no tienen sino la altura de su genio individual; su lengua y sus concepciones son bárbaras. La escultura se detiene en Fidias y en Lisipo; Miguel Angel no ha fecundado nada; su obra, admirable en sí misma, ha abierto una vía desastrosa. ¿Qué queda, pues, de los siglos transcurridos después de la Grecia? Algunas individualidades potentes, algunas grandes obras sin liga y sin unidad. La poesía moderna, reflejo confuso de la personalidad fogosa de Byron, de la religiosidad ficticia de Chateaubriand, del ensueño místico de Ultra Rin y del realismo de los lakistas, se turba y se disipa. Nada menos vivo y menos original, bajo el aparato más ficticio. Un arte de segunda mano, híbrido, incoherente. Arcaísmo de la víspera, nada más. La paciencia pública se ha cansado de esta comedia sonoramente representada a beneficio de una autolatría de préstamo. Los maestros se han callado o quieren callarse, fatigados de sí mismos, olvidados ya, solitarios en medio de sus obras infructuosas. Los poetas nuevos, criados en la vejez precoz de una estética infecunda, deben sentir la necesidad de remojar en las fuentes eternamente puras la expresión usada y debilitada de los sentimientos generosos. El tema personal y sus variaciones demasiado repetidas han agotado la atención; con justicia ha venido la indiferencia; pero si es posible abandonar a la mayor brevedad esa vía estrecha y banal, es preciso aún no entrar en un camino más difícil y peligroso, sino fortificado por el estudio y la iniciación.

«Una vez sufridas esas pruebas expiatorias, una vez saneada la lengua poética, las especulaciones del espíritu perderán algo de su verdad y su energía cuando dispongan de formas más netas y más precisas. Nada será abandonado ni olvidado; la base pensante y el arte habrán recobrado la savia y el vigor, la armonía y la unidad unidas. Y más tarde, cuando esas inteligencias profundamente agitadas se hayan aplacado, cuando la meditación de los principios descuidados y la regeneración de las formas hayan purificado el espíritu y la letra, dentro de un siglo o dos, si todavía la elaboración de los tiempos nuevos no implica una gestación más alta, tal vez la poesía llegaría a ser el verbo inspirado e inmediato del alma humana...»

Esa declaración nos demuestra por qué Leconte de Lisle no vibraba a ningún soplo moderno, a ninguna conmoción contemporánea, y se refugiaba, como Keats, aunque de otra suerte, en viejas edades paganas, en cuyas fuentes Pegaso abrevaba a su placer.

Los *Poemas trágicos* completan la trilogía. Hay, como en los anteriores, una rica variedad de temas, predominando los paisajes exóticos, reconstrucciones históricas o fantásticas y brillantes pinturas de asuntos legendarios. El califa de Damasco abre la serie, entre imanes de Meca y emires de Oriente.

Es éste un libro púrpúreo. Los *Poemas bárbaros* son un libro negro. La palabra más usada en ellos es *noir*. Libro rojo es éste, ciertamente, que comienza con la apoteosis de Muza-el-Kebir, en país oriental, y concluye en la Grecia de Orestes, con la tragedia funesta de las Erinnias o Furias.

Oiréis entre tanto un canto de muerte de los galos del siglo VI, clamores de moros medievales; veréis la ca-

za del águila, en versos que no haría mejores un numen artífice; después del águila vuela el albatros, el *prince des nuagues*, de Baudelaire; pasan lúgubres ancianos, como Magno; frailes como el abad Jerónimo, cual surge en poema que, sin duda alguna, Núñez de Arce leyó antes de escribir *La visión de fray Martín*; monstruos simbólicos, como la Bestia escarlata; tipos del romancero español, como don Fadrique; y entre todo esto, el severo bardo no desdeña jugar con la musa, y ensaya el *pantum* malayo o rima la *villanelle* como su amigo Teodoro de Banville.

Las *Erinnias* es obra de quien puede recorrer el campo de la poesía griega y conversar con Paris, Agamenón o Clitemnestra. Artistas egregios ha habido que hayan comprendido la antigüedad profunda y extensamente; más, de seguro, ninguno con la soberanía, con el poder de Leconte de Lisle. Pudo Keats escribir sus célebres versos a una urna griega; pudo el germánico Goethe despertar a Helena después de un sueño de siglos y hacer que iluminase la frente de Euforión la luz divina, y que Juan Pablo escribiese una famosa metáfora. Leconte de Lisle desciende directamente de Homero; y si fuese cierta la transmigración de las almas, no hay duda de que su espíritu estuvo en los tiempos heroicos encarnado en algún aeda famoso o en algún sacerdote de Delfos.

Bien sabida es la historia del Hamlet antiguo, de Orestes, el desventurado parricida, armado por el Destino y la Venganza, castigador del materno crimen y perseguido por las desmelenadas y horribles Furias. Sófocles, en su *Electra*; Eurípides, Voltaire, Alfieri, han llevado a la escena al trágico personaje.

Leconte de Lisle, en clásicos alejandrinos, que bien

valen por hexámetros de la antigüedad, evoca en la parte primera de su poema a Clitemnestra, en el pórtico del palacio de Pelos, a Tallibios y Euribates, y un coro de ancianos, y asimismo la sollozante Casandra, de profética voz. En la segunda parte, ya cometido el crimen de su madre, Orestes vengará, apoyado por el impulso sororal de Electra, la sangre de su padre. Las Furias le persiguen entre clamores de horror.

El poeta, como traductor, fue insigne. A Homero, Sófocles, Hesíodo, Teócrito, Bion, Mosco, tradújolos en prosa rítmica y purísima, en cuyas ondas parece que sonasen las músicas de los metros originales. Conservaba la ortografía de los idiomas antiguos; y así sus obras tienen a la vista una aristocracia tipográfica que no se encuentra en otras.

Cuando Hugo estaba en el destierro, la poesía apenas tenía vida en Francia, representada por unos pocos nombres ilustres. Entonces fue cuando los parnasianos levantaron su estandarte y buscaron un jefe que los condujese a la campaña. ¡El Parnaso! No fue más bella la lucha romántica ni tuvieron los Joven Francia más rica leyenda que la de los parnasianos, contada admirablemente por uno de sus más bravos y gloriosos capitanes. De esa leyenda encantadora y vívida no puedo menos que traducir la hermosa página consagrada al cantor excelso por quien hoy viste luto la poesía de Francia y también la Poesía universal:

«...Y lo que nos faltaba también era una firme disciplina, una línea de conducta precisa y resuelta. Ciertamente, el sentimiento de la belleza, el horror de las abobadas sensiblerías que deshonoraban entonces la poesía francesa, ¡lo teníamos nosotros! ¡Pero qué! Tan jóvenes, desordenadamente y un poco al azar era como nos

arrojábamos a la brega y marchábamos a la conquista de nuestro ideal. Era tiempo de que los niños de antes tomaran actitudes de hombres, que de nuestro cuerpo de tiradores formase un ejército regular. Nos faltaba la regla, una regla impuesta de lo alto, y que sobre dejarnos nuestra independencia intelectual, hiciera concurrir gravemente, dignamente, nuestras fuerzas esparcidas a la victoria entrevista. Esta regla la recibimos de Leconte de Lisle. Desde el día en que Francois Coppée, Villiers de Lisle Adam y yo tuvimos el honor de ser conducidos a casa de Leconte de Lisle —monsieur Luis Ménard, el poeta y filósofo, fue nuestro introductor—, desde el día en que tuvimos la alegría de encontrar en casa del maestro a José María de Heredia y a León Dierx, de ver allí a Armand-Silvestre, de reencontrar a Sully Prudhomme, desde ese día data, hablando propiamente, nuestra historia, que cesa de ser una leyenda; y entonces fue cuando nuestra adolescencia se convirtió en virilidad. En verdad, nuestra juventud de ayer no estaba muerta de ningún modo, y no habíamos renunciado a las azarosas extravagancias en el arte y en la vida. Pero dejamos todo eso a la puerta de Leconte de Lisle, como se quita un vestido de Carnaval para llegar a la casa familiar. Teníamos alguna semejanza con esos jóvenes pintores de Venecia, que después de trasnochar cantando en góndola y acariciando los cabellos rojos de bellas muchachas, tomaban de repente un aire reflexivo, casi austero, para entrar al taller del Tiziano.

•Ninguno de aquellos que han sido admitidos en el salón de Leconte de Lisle olvidará nunca el recuerdo de esas noches y dulces tardes, que durante tantos años fueron nuestras más bellas horas. ¡Con qué impaciencia, al pasar cada semana, esperábamos el sábado, el precioso

sábado, en que nos era dado encontrarnos, unidos en espíritu y corazón, alrededor de aquel que tenía nuestro corazón y toda nuestra ternura! Era en un saloncito, en el quinto piso de una casa nueva, bulevar de los Inválidos, en donde nos juntábamos para contarnos nuestros proyectos, llevar nuestros versos nuevos y solicitar el juicio de nuestros camaradas y de nuestro gran amigo. Los que han hablado de entusiasmo mutuo, los que han acusado a nuestro grupo de demasiada complacencia consigo mismo, éstos, en verdad han sido mal informados. Creo que ninguno de nosotros se ha atrevido en casa de Leconte de Lisle a formular un elogio o una crítica sin llevar íntimamente la convicción de decir la verdad. Ni más exagerado el elogio que acerba la desaprobación.

»Espíritus sinceros: he ahí, en efecto, lo que éramos; y Leconte de Lisle nos daba el ejemplo de esa franqueza. Con rudeza que sabíamos que era amable, sucedía que a menudo censuraba resueltamente nuestras obras nuevas, reprochaba nuestras perezas y reprimía nuestras concesiones. Porque nos amaba no era indulgente. Pero, también, ¡qué valor daba a los elogios esta acostumbrada severidad! ¡Yo no sé que exista mayor gozo que recibir la aprobación de un espíritu justo y firme! Sobre todo, no creáis por mis palabras que Leconte de Lisle haya nunca sido uno de esos genios exclusivos, deseosos de crear poetas a su imagen, y que no aman en sus hijos literarios sino su propia semejanza. Al contrario. El autor de *Kain* es quizá, de todos los inventores de este tiempo, aquel cuya alma se abre más ampliamente a la inteligencia de las vocaciones y de las obras más opuestas a su propia naturaleza. El no pretende que nadie sea lo que él es magníficamente. La sola disciplina que im-

ponía —era la buena— consistía en la generación del arte y el desdén de los triunfos fáciles. El era el buen consejero de las probidades literarias, sin impedir jamás el vuelo personal de nuestras aspiraciones diversas; él fue, él es aún nuestra conciencia poética misma. A él es a quien pedimos, en las horas de duda, que nos prevenga del mal. El condena o absuelve, y estamos sometidos.

»¡Ah!, yo me acuerdo aún de todas las bromas que se hacían entonces sobre nuestras reuniones en el salón de Leconte de Lisle. ¡Y bien! Los burlones no tenían razón, pues en verdad lo creo y lo digo: en esta época, felizmente desaparecida, en que la poesía era por todas partes burlada; en que hacer versos tenía este sinónimo: ¡morir de hambre!; en que todo el triunfo, todo el renombre pertenecía a los rimadores de elegías y verseros de cuplés, a los lloriqueadores y a los risueños; en que era suficiente hacer un soneto para ser un imbécil, y hacer una opereta para ser una especie de gran hombre; en esta época era un bello espectáculo el de aquellos jóvenes prendados del arte verdadero, perseguidores del ideal, pobres la mayor parte y desdeñosos de la riqueza, que confesaban imperturbablemente, venga lo que viniere, su fe de poetas, y que se agrupaban, con una religión que nunca ha existido la libertad de pensamiento, alrededor de un maestro venerado, pobre como ellos.

»Otro error sería creer que nuestras reuniones familiares fuesen sesiones dogmáticas y morosas. Leconte de Lisle era de aquellos que pretenden apartar, sobre todo del elogio, su personalidad íntima, y, por tanto, mi conversación no tendrá aquí anécdotas. No diré de las sonrisas dulzuras de una familiaridad de que estábamos tan orgullosos, de las cordialidades de camarada que tenía con nosotros el gran poeta, ni de las charlas al

amor del hogar —porque se era serio, pero alegre—, ni todo el bello humor, casi infantil, de nuestras apacibles conciencias de artistas en el querido salón, poco lujoso, pero tan neto y siempre en orden como una estrofa bien compuesta; mientras la presencia de una joven en medio de nuestro amistoso respeto agregaba su gracia a la poesía esparcida.»

Tal es el recuerdo que consagra Catulle Mendès en uno de sus mejores libros al hoy difunto jefe del Parnaso. El alentó a los que le rodeaban, como en otro tiempo Ronsard a los de la Pléyade, al cual cenáculo ha consagrado Leconte de Lisle muy entusiásticas frases; pues quien en *Las Erinnias* pudo renovar la máscara esquiliana, miraba con simpatía a Ronsard, que tuvo el fuego pindárico, anhelo de perfección y amor absoluto a la belleza.

Mas Leconte brillará siempre al fulgor de Hugo. ¿Qué portalira de nuestro siglo no desciende de Hugo? ¿No ha demostrado triunfantemente Mendès —ese hermano menor de Leconte de Lisle— que hasta el árbol genealógico de los Rougon Macquart ha nacido al amor del roble enorme del más grande de los poetas? Los parnasianos proceden de los románticos como los decadentes de los parnasianos. *La leyenda de los siglos* refleja su luz cíclica sobre los *Poemas trágicos, antiguos y bárbaros*. La misma reforma métrica de que tanto se enorgullece, con justicia, el Parnaso, ¿quién ignora que fue comenzada por el colosal artífice revolucionario en 1830?

La fama no ha sido propicia a Leconte de Lisle. Hay en él mucho de olímpico, y esto le aleja de la gloria común de los poetas humanos. En Francia, en Europa, en el mundo, tan solamente los artistas, los letrados, los

poetas, conocen y leen aquellos poemas. Entre sus seguidores, uno hay que adquirió gran renombre: José María de Heredia, también como él nacido en una isla tropical. En lengua castellana apenas es conocido Leconte de Lisle. Yo no sé de ningún poeta que le haya traducido, exceptuando al argentino Leopoldo Díaz, mi amigo muy estimado, quien ha puesto en versos castellanos el *Cuervo* —con motivo de lo cual el poeta francés le envió una real esquila—, *El sueño del cóndor*, *El desierto*, *La tristeza del diablo* y *La espada de Angantir*, todo de los *Poemas bárbaros*, como también *Los Elfos*, cuya traducción es la siguiente:

*De tomillo y rústicas hierbas coronados,
los Elfos alegres bailan en los prados.*

*Del bosque por arduo y angosto sendero
en corcel oscuro marcha un caballero.
Sus espuelas brillan en la noche bruna,
y, cuando en su rayo le envuelve la luna,
fulgurando luces con vivos destellos
un casco de plata sobre sus cabellos.*

*De tomillo y rústicas hierbas coronados,
los Elfos alegres bailan en los prados.*

*Cual ligero enjambre, todos le rodean,
y en el aire mudo raudo voltejean.
«Gentil caballero, ¿dó vas tan de prisa?»
la reina pregunta, con suave sonrisa.
Fantasmas y endriagos hallarás doquiera;
ven, y danzaremos en la azul pradera.*

*De tomillo y rústicas hierbas coronados,
los Elfos alegres bailan en los prados.*

*«¡No! Mi prometida, la de los ojos hermosos,
me espera, y mañana seremos esposos.
Dejadme prosiga, Elfos encantados,
que holláis vaporosos el musgo en los prados.
Lejos estoy, lejos de la amada mía,
y ya los fulgores se anuncian del día.»*

*De tomillo y rústicas hierbas coronados,
los Elfos alegres bailan en los prados.*

*«Queda, caballero; te daré a que elijas
el ópalo mágico, las áureas sortijas
y lo que más vale que gloria y fortuna:
mi saya, tejida con rayos de luna.»
«¡No!», dice él. «¡Pues anda!» Y su blanco dedo
su corazón toca e infúndele miedo.*

*De tomillo y rústicas hierbas coronados,
los Elfos alegres bailan en los prados.*

*Y el corcel oscuro, sintiendo la espuela,
parte, corre, salta, sin retardo vuela;
mas el caballero, temblando, se inclina:
ve sobre la senda forma blanquecina
que los brazos tiende, marchando sin ruido.*

«¡Déjame, oh demonio, Elfo maldecido!»

*De tomillo y rústicas hierbas coronados,
los Elfos alegres bailan en los prados.*

*«¡Déjame, fantasma siempre aborrecida!
Voy a desposarme con mi prometida.»*

*«¡Oh, mi amado esposo; la tumba perenne
será nuestro lecho de bodas solemne!»*

*«¡He muerto!» dice ella, y él, desesperado,
de amor y de angustia cae muerto a su lado.*

*De tomillo y rústicas hierbas coronados,
los Elfos alegres bailan en los prados.*

Duerma en paz el hermoso anciano, el caballero de Apolo. Ya su espíritu sabrá de cierto lo que se esconde tras el velo negro de la tumba. Llegó, por fin, la por él deseada, la pálida mensajera de la verdad.

Fínjome la llegada de su sombra a una de las islas gloriosas (Tempes, Amatuntes celestes), en donde los Orfeos tienen su premio. Recibiránle con palmas en las manos coros de vírgenes cubiertas de albas, impalpables vestiduras; a lo lejos destacaráse la armonía del pórtico de un templo; bajo frescos laureles se verán las blancas barbas de los antiguos amados de las musas: Homero, Sófocles, Anacreonte... En un bosque cercano, a un grupo de centauros, Quirón a la cabeza, se acerca para mirar al recién llegado. Brota del mar un himno. Pan aparece. Por el aire suave, bajo la cúpula azul del cielo, un águila pasa, en vuelo rápido, camino del país de las pagodas, de los lotos y de los elefantes.

PAUL VERLAINE

Y AL FIN VAS A DESCANSAR; y al fin has dejado de arrastrar tu pierna lamentable y anquilótica, y tu existencia extraña, llena de dolor y ensueños, ¡oh pobre viejo divino! Ya no padeces el mal de la vida, complicado en ti con la maligna influencia de Saturno.

Mueres seguramente en uno de los hospitales que has hecho amar a tus discípulos, tus «palacios de invierno», los lugares de descanso que tuvieron tus huesos vagabundos, en la hora de los implacables reumas y de las duras miserias parisienses.

Seguramente has muerto rodeado de los tuyos, de los hijos de tu espíritu, de los jóvenes oficiantes de tu iglesia, de los alumnos de tu escuela, ¡oh lírico Sócrates de un tiempo imposible!

Pero mueres en un instante glorioso: cuando tu nombre empieza a triunfar y la simiente de tus ideas a convertirse en magníficas flores de arte, aun en países distintos del tuyo, pues es el momento de decir que hoy, en el mundo entero, tu figura, entre los escogidos de diferentes lenguas y tierras, resplandece en su nimbo supremo, así sea delante del trono del enorme Wagner.

El holandés Bivanck se representa a Verlaine como un leproso sentado a la puerta de una catedral, lastimoso, mendicante, despertando en los fieles que entran y salen la compasión, la caridad. Alfred Ernst le compara con Benoit Labre, viviente símbolo de enfermedad y de miseria; antes León Bloy le había llamado también el Leproso en el portentoso tríptico de su *Brelam*, en donde está pintado en compañía del Niño Terrible y del Loco:

Barbey d'Aureville y Ernesto Hello. ¡Ay, fue su vida así! Pocas veces ha nacido de vientre de mujer un ser que haya llevado sobre sus hombros igual peso de dolor. Job le diría: «¡Hermano mío!»

Yo confieso que, después de hundirme en el agitado golfo de sus libros, después de penetrar en el secreto de esa existencia única; después de ver esa alma llena de cicatrices y de heridas incurables, todo al eco de celestes o profanas músicas, siempre hondamente encantadoras; después de haber contemplado aquella figura imponente en su pena, aquel cráneo soberbio, aquellos ojos oscuros, aquella faz con algo de socrático, de pierrotesco y de infantil; después de mirar al dios caído, quizá castigado por olímpicos crímenes en otra vida anterior; después de saber la fe sublime y el amor furioso y la inmensa poesía que tenían por habitáculo aquel claudicante cuerpo infeliz, sentí nacer en mi corazón un doloroso cariño, que junté a la grande admiración por el triste maestro.

A mi paso por París, en 1893, me había ofrecido Enrique Gómez Carrillo presentarme a él. Este amigo mío había publicado una apasionada impresión, que figura en sus *Sensaciones de Arte*, en la cual habla de una visita al cliente del hospital de Broussais: «Y allí le encontré, siempre dispuesto a la burla terrible, en una cama estrecha de hospital. Su rostro, enorme y simpático, cuya palidez extrema me hizo pensar en las figuras pintadas por Ribera, tenía un aspecto hierático. Su nariz pequeña se dilata a cada momento para aspirar con delicia el humo del cigarro. Sus labios gruesos, que se entreabren para recitar con amor las estrofas de Villon o para maldecir contra los poemas de Ronsard, conservan siempre su mueca original, en donde el vicio y la

bondad se mezclan para formar la expresión de la sonrisa. Sólo su barba rubia de cosaco había crecido un poco y se había encanecido mucho.»

Por Gómez Carrillo penetramos en algunas interioridades de Verlaine. No era éste en ese tiempo el viejo gastado y débil que uno pudiera imaginarse; antes bien, «un viejo robusto». Decíase que padecía de pesadillas espantosas y visiones, en las cuales los recuerdos de la leyenda oscura y misteriosa de su vida se complicaban con la tristeza y el terror alcohólicos. Pasaba sus horas de enfermedad, a veces en un penoso aislamiento, abandonado y olvidado, a pesar de las bondadosas iniciativas de los Mendès o de los León Deschamps.

¡Dios mío! Aquel hombre, nacido para las espinas, para los garfios y los azotes del mundo, se me apareció como un viviente doble símbolo de la grandeza angélica y de la miseria humana. Angélico, lo era Verlaine; tiorba alguna, salterio alguno, desde Jacopone de Todi, desde Stabat Mater, ha alabado a la Virgen con la melodía filial, ardiente y humilde de *Sagesse*; lengua alguna como no sean las lenguas de los serafines prosternados, ha cantado mejor la carne y la sangre del Cordero; en ningunas manos han ardido mejor los sagrados carbones de la penitencia, y penitente alguno se ha flagelado los desnudos lomos con igual ardor de arrepentimiento que Verlaine cuando se ha desgarrado el alma misma, cuya sangre, fresca y pura, ha hecho abrirse rítmicas rosas de martirio.

Quien lo haya visto en sus *Confesiones*, en sus *Hospitales*, en sus otros libros íntimos, comprenderá bien al hombre —inseparable del poeta— y hallará que en ese mar, tempestuoso primero, muerto después, hay tesoros de perlas. Verlaine fue un hijo desdichado de

Adán, en el que la herencia paterna apareció con mayor fuerza que en los demás. De los tres enemigos, quien menos mal le hizo fue el mundo. El demonio le atacaba; se defendía de él, como podía, con el escudo de la plegaria. La carne, sí, fue invencible e implacable. Raras veces ha mordido cerebro humano con más furia y ponzoña la serpiente del sexo. Su cuerpo era la lira del pecado. Era un eterno prisionero del deseo. Al andar, hubiera podido buscarse en su huella lo hendido del pie. Se extraña uno no ver sobre su frente los dos cuernecillos, puesto que en sus ojos podía verse aún pasar las visiones de las blancas ninfas, y en sus labios, antiguos conocidos de la flauta, solía aparecer el rictus del egipán. Como el sátiro de Hugo, hubiera dicho a la desnuda Venus, en el resplandor del monte sagrado: *Vien nous en...!* Y ese carnal pagano aumentaba su lujuria primitiva y natural a medida que acrecía su concepción católica de la culpa.

Mas ¿habéis leído unas bellas historias renovadas por Anatole France de viejas narraciones hagiográficas, en las cuales hay sátiros que adoran a Dios y creen en su cielo y en sus santos, llegando en ocasiones hasta ser santos sátiros? Tal me parece *Pauvre Lelian* mitad cornudo flautista de la selva, violador de hamadriadas, mitad asceta del Señor, eremita que, extático, canta sus salmos. El cuerpo veloso sufre la tiranía de la sangre, la voluntad imperiosa de los nervios, la llama de la primavera, la afrodisia de la libre y fecunda montaña; el espíritu se consagra a la alabanza del Padre, del Hijo, del Santo Espíritu, y, sobre todo, de la maternal y casta Virgen; de modo que, al dar la tentación su clarinada, el espíritu, ciego, no mira: queda como en sopor, al son de la fanfarria carnal; pero tan luego como el sátiro vuelve al

boscaje y el alma recobra su imperio y mira a la altura de Dios, la pena es profunda, el salmo brota. Así, hasta que vuelve a verse pasar a través de las hojas del bosque la cadera de Calisto...

Cuando el doctor Nordau publicó la obra célebre, digna del doctor Triboulat Bonhoment, *Entartung*, la figura de Verlaine, casi desconocida para la generalidad —y en la generalidad pongo a muchos de la *élite* en otros sentidos—, surgió por la primera vez en el más curiosamente abominable de los retratos. El poeta de *Sagesse* estaba señalado como uno de los más patentes casos demostrativos de la afirmación seudocientífica de que los modos estéticos contemporáneos son formas de descomposición intelectual. Muchos fueron los atacados: se defendieron algunos. Hasta el cabalístico Mallarmé descendió de su trípode para demostrar el escaso intelectualismo del profesor austroalemán, en su conferencia sobre la música y la literatura dada en Londres. *Pauvre Lelian* no se defendió a sí mismo. Comentaría, cuando más, el caso con algunos *idam!* en el Francois I o en el D'Harcourt. Varios amigos discípulos le defendieron; entre todos, con vigor y maestría lo hizo Charles Tennib, y su hermoso y justificado ímpetu correspondió a la presentación del «caso» por Max Nordau:

«Tenemos ante nosotros la figura bien neta del jefe más famoso de los simbolistas. Vemos un espantoso degenerado, de cráneo asimétrico y rostro mogoloide, un vagabundo impulsivo, un dipsómano..., un erótico..., un soñador emotivo, débil de espíritu, que lucha dolorosamente contra sus malos instintos, y encuentra a veces en su angustia conmovedores acentos de queja; un místico cuya conciencia humosa está llena de representaciones de Dios y de los santos, y un viejo chocho, etc.»

En verdad que los clamores de ese generoso De Amicis contra la ciencia, que acaba de descuartizar a Leopardi, después de desventrar a Tasso, son muy justos e insuficientemente iracundos.

En la vida de Verlaine hay una nebulosa leyenda que ha hecho crecer una verde pradera en que ha pastado a su placer el *pan-muflisme*. No me detendré en tales miserias. En estas líneas, escritas al vuelo y en el momento de la impresión causada por su muerte, no puedo ser tan extenso como quisiera.

De la obra de Verlaine, ¿qué decir? El ha sido el más grande de los poetas de este siglo. Su obra está esparcida sobre la faz del mundo. Suele ya ser vergonzoso para los escritores ápteros oficiales no citar de cuando en cuando, siquiera sea para censurar sordamente, a Paul Verlaine. En Suecia y Noruega, los jóvenes amigos de Jonas Lee propagan la influencia artística del maestro. En Inglaterra, adonde iba a dar conferencias, gracias a los escritores nuevos, como Symons y los colaboradores del *Yellow Book*, el nombre ilustre se impone; la *New Review* daba sus versos en francés. En los Estados Unidos, antes de publicarse el conocido estudio de Symons en el *Harper's —The decadent movement in literature—*, la fama del poeta era conocida. En Italia, D'Annunzio reconoce en él a uno de los maestros que le ayudaron a subir a la gloria; Vittorio Pica y los jóvenes artistas de la *Tavola Rotonda* exponen sus doctrinas; en Holanda, la nueva generación literaria —nótese un estudio de Werwey— le saluda en su alto puesto; en España es casi desconocido, y serálo por mucho tiempo; solamente el talento de *Clarín* creo que lo tuvo en alta estima; en lengua española no se ha escrito aún nada digno de Verlaine, apenas lo publicado por Gómez Carrillo, pues las impre-

siones y notas de Bonafoux y Eduardo Pardo son ligerísimas.

Vayan, pues, estas líneas como ofrenda del momento. Otra será la ocasión en que consagre al gran Verlaine el estudio que merece. Por hoy, no cabe el análisis de su obra.

«Esta pata enferma me hace sufrir un poco; me proporciona, en cambio, más comodidad que mis versos, ¡que me han hecho sufrir tanto! Si no fuese por el reumatismo, yo no podría vivir de mis rentas. Estando bueno, no lo admiten a uno en el Hospital.»

Esas palabras pintan al hermano trágico de Villon:

—No era mala, estaba enferma su *animula, blandula, vagula...* ¡Dios la haya acogido en el cielo como en un hospital!

EL "CONDE DE LAUTREAMONT"

SU NOMBRE verdadero se ignora. El *Conde de Lautréamont* es seudónimo. El se dice montevideano; pero ¿quién sabe nada de la verdad de esa vida sombría, pesadilla tal vez de algún triste ángel a quien martiriza en el empíreo en recuerdo del celeste Lucifer? Vivió desventurado y murió loco. Escribió un libro que sería único si no existiesen las prosas de Rimbaud; un libro diabólico y extraño, burlón y aullante, cruel y penoso; un libro en que se oyen a un tiempo mismo los gemidos del Dolor y los siniestros cascabeles de la Locura.

León Bloy fue el verdadero descubridor del *Conde de Lautréamont*. El furioso San Juan de Dios hizo ver como llenas de luz las llagas del alma del Job blasfemo. Mas hoy mismo, en Francia y Bélgica, fuera de un reducidísimo grupo de iniciados, nadie conoce ese poema que se llama *Cantos de Maldoror*, en el cual está vaciada la pavorosa angustia del infeliz y sublime montevideano; cuya obra me tocó hacer conocer a América en Montevideo. No aconsejaré yo a la juventud que se abreve en esas negras aguas, por más que en ellas se refleje la maravilla de las constelaciones. No sería prudente a los espíritus jóvenes conversar mucho con ese hombre espectral, siquiera fuese por bizarría literaria, o gusto de manjar nuevo. Hay un juicioso consejo de la Cábala: «No hay que jugar al espectro, porque se llega a serlo»; y si existe autor peligroso a este respecto, es el *Conde de Lautréamont*. ¿Qué infernal cancerbero rabioso mordió a esa alma, allá en la región del misterio, antes de que viniese a encarnarse en este mundo? Los clamores del teó-

fobo ponen espanto en quien los escucha. Si yo llevase a mi musa cerca del lugar en donde el loco está enjaulado vociferando al viento, le taparía los oídos.

Como a Job, le quebrantan los sueños y le turban las visiones; como Job, puede exclamar: «Mi alma es cortada en mi vida; yo soltaré mi queja sobre mí y hablaré con amargura de mi alma.» Pero Job significa «el que llora»; Job lloraba y el pobre *Lautréamont* no llora. Su libro es un breviario satánico, impregnado de melancolía y de tristeza. «El espíritu maligno —dice Quevedo en su *Introducción a la vida devota*— se deleita en la tristeza y melancolía, por cuanto es triste y malancólico, y lo será eternamente.» Más aún; quien ha escrito los *Cantos de Maldoror* puede muy bien haber sido un poseso. Recordaremos que ciertos casos de locura que hoy la ciencia clasifica con nombres técnicos en el catálogo de las enfermedades nerviosas, eran y son vistos por la Santa Madre Iglesia como casos de posesión, para los cuales se hace preciso el exorcismo. «¡Alma en ruinas!», exclamaría Bloy con palabras húmedas de compasión.

Job: «El hombre nacido de mujer, corto de días y harto de desabrimiento...»

Lautréamont: «Soy hijo del hombre y de la mujer, según lo que se me ha dicho. Eso me extraña. ¡Creía ser más!».

Con quien tiene puntos de contacto es con Edgard Poe.

Ambos tuvieron la visión de lo extranatural, ambos fueron perseguidos por los terribles espíritus enemigos, «horlas» funestos que arrastran al alcohol, a la locura, o a la muerte; ambos experimentaron la atracción de las matemáticas, que son, con la teología y la poesía, los tres lados por donde puede ascenderse a lo infinito. Mas Poe fue celeste, y *Lautréamont*, infernal.

Escuchad estos amargos fragmentos:

«Soñé que había entrado en el cuerpo de un puerco, que no me era fácil salir, y que enlodaba mis cerdas en los pantanos más fangosos. ¿Era ello como una recompensa? Objeto de mis deseos: ¡no pertenecía más a la Humanidad! Así interpretaba yo, experimentando una más que profunda alegría. Sin embargo, rebuscaba activamente qué acto de virtud había realizado para merecer de parte de la Providencia este insigne favor...»

«Mas ¿quién conoce sus necesidades íntimas o la causa de sus goces pestilenciales? La metamorfosis no pareció jamás a mis ojos sino como la alta y magnífica repercusión de una felicidad perfecta que esperaba desde hacía largo tiempo. ¡Por fin, había llegado el día en que yo me convirtiese en un puerco! Ensayaba mis dientes sobre la corteza de los árboles; mi hocico, lo contemplaba con delicia. 'No quedaba en mí la menor partícula de divinidad': supe elevar mi alma hasta la excesiva altura de esta voluptuosidad inefable.»

León Bloy, que en asuntos teológicos tiene la ciencia de un doctor, explica y excusa en parte la tendencia blasfematoria del lúgubre alienado, suponiendo que no fue sino un blasfemo por amor. «Después de todo, este odio rabioso para el Creador, para el Eterno, para el Todopoderoso, tal como se expresa, es demasiado vago en su objeto, pues que no toca nunca los Símbolos», dice.

Oíd la voz macabra del raro visionario. Se refiere a los perros nocturnos en este pequeño poema en prosa, que hace daño a los nervios. Los perros aúllan «sea como un niño que grita de hambre; sea como un gato herido en el vientre, bajo un techo; sea como una mujer que pare; sea como un moribundo atacado de la peste, en el hospital; sea como una joven que canta un aire sublime;

contra las estrellas al Norte, contra las estrellas al Este, contra las estrellas al Sur, contra las estrellas al Oeste; contra la luna; contra las montañas semejantes, a lo lejos, a rocas gigantes, yacentes en la oscuridad; contra el aire frío que ellos aspiran a plenos pulmones, que vuelve lo interior de sus narices rojo y quemante; contra el silencio de la noche; contra las lechuzas, cuyo vuelo oblicuo les roza los labios y las narices, y que llevan un ratón o una rana en el pico, alimento vivo, dulce para la cría; contra las liebres que desaparecen en un parpadear; contra el ladrón que huye, al galope de su caballo, después de haber cometido un crimen; contra las serpientes agitadoras de hierbas, que les ponen temblor en sus pellejos y les hacen chocar los dientes; contra sus propios ladridos, que a ellos mismos dan miedo; contra los sapos, a los que revientan de un solo apretón de mandíbulas (¿para qué se alejaron del charco?); contra los árboles cuyas hojas, muellemente mecidas, son otros tantos misterios que no comprenden, y quieren descubrir con sus ojos fijos inteligentes; contra las arañas suspendidas entre las largas patas, que suben a los árboles para salvarse; contra los cuervos que no han encontrado qué comer durante el día y que vuelven al nido, el ala fatigada; contra las rocas de la ribera; contra los fuegos que fingen mástiles de navíos invisibles; contra el ruido sordo de las olas; contra los grandes peces que nadan mostrando su negro lomo y se hunden en el abismo, y contra el hombre que los esclaviza...»

«Un día, con ojos vidriosos, me dijo mi madre: 'Cuando estés en tu lecho y oigas los aullidos de los perros en la campaña, ocúltate en tus sábanas, no rías de lo que ellos hacen; ellos tienen una sed insaciable de lo infinito, como yo, como el resto de los humanos, a la fi-

gure pâle et longue... 'Yo —sigue él—, como los perros, sufro la necesidad de lo infinito. ¡No puedo, no puedo llenar esa necesidad! Es ello insensato, delirante; 'mas hay algo en el fondo que a los reflexivos hace temblar.'»

Se trata de un loco, ciertamente. Pero recordad que el *deus* enloquecía a las pitonisas y que la fiebre divina de los profetas producía cosas semejantes; y que el autor «vivió» eso, y que no se trata de una «obra literaria», sino del grito, del aullido de un ser sublime martirizado por Satanás.

El cómo se burla de la belleza —como de Psiquis, por odio a Dios— lo veréis en las siguientes comparaciones, tomadas de otros pequeños poemas:

«...El gran duque de Virginia era bello, bello como una memoria sobre la curva que describe un perro que corre tras de su amo...» «El *vautour des agneaux*, bello como la ley de la detención del desarrollo del pecho en los adultos, cuya propensión al crecimiento no está en relación con la cantidad de moléculas que su organismo se asimila...» El escarabajo, «bello como el temblor de las manos en el alcoholismo...»

El adolescente, «bello como la retractilidad de las garras de las aves de rapiña», o aun «como la poca seguridad de los movimientos musculares en las ilagas de las partes blandas de la región cervical posterior», o, todavía, «como esa trampa perpetua para ratones, *toujours retendu par l'animal pris, qui peut prendre seul des rongeurs indéfiniment, et fonctionner même caché sous la paille*», o sobre todo, bello «como el encuentro fortuito, sobre una mesa de disección, de una máquina de coser y un paraguas...»

En verdad, ¡oh espíritus serenos y felices, que eso es de un «humor» hiriente y abominable!

¡Y el final del primer canto! Es un agradable cumplimiento para el lector el que Baudelaire le dedica en las *Flores del mal*, al lado de esa despedida: «*Adieu viellard, et pense à moi, si tu m'as lu. Toi, jeune homme, ne te désespères point; car tu as un ami dans le vampire, malgré ton opinion contraire. En comptant l'acarus sarcopte qui produit la gale, tu auras deux amis.*»

El no pensó jamás en la gloria literaria. No escribió sino para sí mismo. Nació con la suprema llama genial, y esa misma le consumió.

El Bajísimo le poseyó, penetrando en su ser por la tristeza. Se dejó caer. Aborreció al hombre y detestó a Dios. En las seis partes de su obra, sembró una flora enferma, leprosa, envenenada. Sus animales son aquellos que hacen pensar en las creaciones del Diablo: el sapo, el búho, la víbora, la araña. La desesperación es el vino que le embriaga. La Prostitución es para él el misterioso símbolo apocalíptico, entrevisto por excepcionales espíritus en su verdadera trascendencia: «Yo he hecho un pacto con la Prostitución, a fin de sembrar el desorden en las familias..., ¡ay!, ¡ay!, grita la bella mujer desnuda: los hombres algún día serán justos. No digo más. Déjame partir, para ir a ocultar en el fondo del mar mi tristeza infinita. No hay sino tú y los monstruos odiosos que bullen en esos negros abismos, que no me desprecien.»

Y Bloy: 'El signo incontestable del gran poeta es la inconsciencia' profética, la turbadora facultad de proferir sobre los hombres y el tiempo palabras inauditas cuyo contenido ignora él mismo. Esa es la misteriosa estampilla del Espíritu Santo sobre las frentes sagradas o

profanas. Por ridículo que pueda ser, hoy, descubrir un gran poeta y descubrirle en una casa de locos, debo declarar en conciencia que estoy cierto de haber realizado el hallazgo.»

El poema de *Lautréamont* se publicó hace diez y siete años en Bélgica. De la vida de su autor nada se sabe. Los «modernos» grandes artistas de la lengua francesa se hablan del libro como de un devocionario simbólico, raro, inencontrable.

ENRIQUE IBSEN

NO HACE MUCHO tiempo han comenzado las exploraciones intelectuales al Polo. Ya Leconte de Lisle había ido a contemplar la Naturaleza y a aprender el canto de las runoyas; Mendès, a ver el sol de medianoche y hacer dialogar a Snorr y Snorra, en un poema de sangre y de hielo. Después, los Nordenskjöld del pensamiento descubrieron en las lejanas regiones boreales seres extraños e inauditos; poetas inmensos, pensadores cósmicos. Entre todos, hallaron uno, en la Noruega: era un hombre fuerte y raro, de cabellos blancos, de sonrisa penosa, de miradas profundas, de obras profundas. ¿Estaba acaso en él el genio ártico? Acaso estaba en él el genio ártico. Parecería que fuese alto como un pino. Es chico de cuerpo. Nació en su país misterioso; el alma de la tierra, en sus más enigmáticas manifestaciones, se le reveló en su infancia. Hoy es ya anciano; ha nevado mucho sobre él; la gloria le ha aureolado, como una magnificente aurora boreal. Vive allá, lejos, en su tierra de *sfjords* y lluvias y brumas, bajo un cielo de luz caprichosa y esquiva. El mundo le mira como a un legendario habitante del reino polar. Quiénes, le creen un extravagante generoso, que grita a los hombres la palabra de su sueño desde su frío retiro; quiénes, un apóstol hurafío; quiénes, un loco. ¡Enorme visionario de la nieve! Sus ojos han contemplado las largas noches y el sol rojo que ensangrienta la oscuridad invernal; luego miró la noche de la vida, lo oscuro de la Humanidad. Su alma estará amargada hasta la muerte.

Maurice Bigeon, que le ha conocido íntimamente,

nos le pinta: «La nariz es fuerte: los pómulos, rojos y salientes; la barbilla, vigorosamente marcada; sus grandes anteojos de oro, su barba espesa y blanca, donde se hunde lo bajo del rostro, le dan *l'air brave homme*, la apariencia de un magistrado de provincia envejecido en el cargo. Toda la poesía del alma, todo el esplendor de la inteligencia, se han refugiado, aparecen en los labios finos y largos, un tanto sensuales, que forman en las comisuras una mueca de altiva ironía; en la mirada, velada y como abierta hacia adentro, ya dulce y melancólica, ya ágil y agresiva, mirada de místico y luchador, mirada turbadora, inquietante, atormentada, bajo la cual se tiembla, y que parece escrutar las conciencias. Y la frente, sobre todo, es magnífica, cuadrada, sólida, de potentes contornos; frente heroica y genial, vasta como el mundo de pensamientos que abriga. Y dominando el conjunto, acentuando todavía más esta impresión de animalidad ideal que se desprende de su fisonomía toda, una crinada cabellera blanca, fogosa, indomable... Un hombre, en resumen, de esencia especial, de tipo extraño, que inquieta y subyuga, cuyo igual es inencontrable; un hombre que no se podría olvidar, aunque se viviese cien años.»

*

Pues todo hombre tiene un mundo interior, y los varones superiores tiénelo en grado supremo, el gran escandinavo halló su tesoro en su propio mundo. «Todo lo he buscado en mí mismo, todo ha salido de mi corazón.»

Es en sí propio donde encontró el mejor venero para estudiar el principio humano. Hizo la propia vivisección. Puso el oído a su propia voz y los dedos al pro-

pio pulso. Y todo salió de su corazón. ¡Su corazón!

El corazón de un sensitivo y de un nervioso. Palpitaba por el mundo. Estaba enfermo de humanidad.

Su organización vibradora y predispuesta a los choques de lo desconocido se templó más en el medio de la naturaleza fantasmal, de la atmósfera extraña de la patria nativa. Una mano invisible le asió en las tinieblas.

Ecos misteriosos le llamaron en la bruma. Su niñez fue una flor de tristeza. Estaba ansioso de ensueños, había nacido con la enfermedad. Yo me lo imagino, niño silencioso y pálido, de larga cabellera, en su pueblo de Skien, de calles solitarias, de días nebulosos. Me lo imagino en los primeros estremecimientos producidos por el espíritu que debía poseerle, en un tiempo perpetuamente crepuscular o en el silencio frío de la noche noruega. Su pequeña alma infantil, apretada en un hogar ingrato; los primeros golpes morales en esa pequeña alma frágil y cristalina, las primeras impresiones que le hacen comprender la maldad de la tierra y lo áspero del camino por recorrer. Después, en los años de la juventud, nuevas asperezas. El comienzo de la lucha por la vida y la visión reveladora de la miseria social. ¡Ah!, él comprendió el duro mecanismo, y el peligro de tanta rueda dentada, y el error de la dirección de la máquina, y la perfidia de los capataces, y la universal degradación de la especie. Y su alma se hizo su torre de nieve. Apareció en él el luchador, el combatiente. Acorazado, casqueado, armado, apareció el poeta. Oyó la voz de los pueblos. Su espíritu salió de su restringido círculo nacional: cantó las luchas extranjeras, llamó a la unión de las naciones del Norte; su palabra, que apenas se oía en su pueblo, fue llamada por el desencanto; sus compatriotas no le conocieron; hubo para él, eso sí, piedras, sá-

tiras, envidia, egoísmo, estupidez: su patria, como todas las patrias, fue una espesa comadre que dio de escobazos a su profeta. De Skien a Grimstad, a Cristianía. De la mano de Welhaven, su espíritu penetra en el mundo de una nueva filosofía. Después del desencanto halla otra vez su joven musa cantos de entusiasmo, de vida, de amor. En los tiempos de las primeras luchas por la vida había sido farmacéutico. Fue periodista después. Luego, director de una errante compañía dramática. Viaja, vive. De Dinamarca vuelve a la capital de su país y se ocupa también en cosas de teatro. En su trato con los cómicos —tal Guillermo Shakespeare—, comienza a entrever el mundo de su obra teatral. Está pobre; no le importa: ama. Se enloquece de amor; tanto se enloquece, que se casa. Una dulce hija del pastor protestante fue su mujer. Imagínome que la buena Daë Thoresen debe de haber tenido los cabellos del más lindo oro, y los ojos, divinamente azules.

*

Después de su *Catilina*, simple ensayo juvenil, el autor dramático surge. La antigua patria renace en *La castellana de Ostroett*; los que conocéis la obra ibseniana oiréis siempre el grito final de Dame Ingegerd, agonizante: «¿Lo que yo quiero? Un ataúd, un ataúd cerca del de mi hijo.» Después, *Los guerreros de Helgeland*, esa rara obra de visionario. Recordad:

HJORDIS.—El lobo, allí está, ¿lo ves?, allí. No me deja nunca; me tiene clavados sus ojos rojos, incandescentes. ¡Ah Sigurd es un presagio! Tres veces se me ha aparecido, y seguramente eso quiere decir que moriré esta noche.

SIGURD.—¡Hjordis! ¡Hjordis!

HJORDIS.—Acaba de desaparecer allá, en el suelo. Ahora, ya lo sé.

SIGURD.—¡Oh Hjordis, ven, estás enfermo! Volvamos a casa.

HJORDIS.—No; esperaré aquí. Tengo muy poco tiempo de vida.

SIGURD.—Pero ¿qué tienes?

HJORDIS.—¿Qué tengo? No sé. Pero ya lo ves, tú has dicho la verdad hoy. Gunuar y Daquy están allí, entre nosotros. Dejémosles. Dejemos esta vida: así podemos vivir juntos.

SIGURD.—¿Podemos? ¿Tú lo crees?

HJORDIS.—Desde el día en que has tomado otra mujer, yo estoy sin patria en este mundo, etc.

Los pretendientes a la corona, donde hay el admirable diálogo entre el poeta y el rey, y el cual tiene que haber influido muy directamente en la forma dialogal característica de Maeterlinck en sus dramas simbólicos, seguida en parte por Eugenio de Castro en su suntuoso *Belkiss*. Véase:

EL REY SKULE.—Me hablarás de eso dentro de poco. Pero dime, Skalda, que has errado tanto por países extranjeros: ¿has visto una mujer que ame al hijo de otra? Y cuando digo amar, entiendo amar no con un sentimiento pasajero, sino amar con todas las ternuras del alma.

EL POETA JATGEIR.—Eso no acontece sino a las mujeres que no tienen hijos.

EL REY.—¿A ellas solamente?

EL POETA.—Sobre todo, a las que son estériles.

EL REY.—¿Sobre todo, a las que son estériles? ¿Aman entonces a los hijos de otra, con todas las ternuras de su alma?

EL POETA.—Sí, a menudo.

EL REY.—Y, ¿no es cierto? Sucede que esas mujeres estériles matan a los hijos de otra, despechadas de no haber tenido ellas.

EL POETA.—Sí. Pero eso no es obrar prudentemente.

EL REY.—¿Prudentemente?

EL POETA.—No, no es obrar prudentemente, porque dan a aquellos cuyos hijos matan el don del sufrimiento.

EL REY.—Pero ¿crees tú que el don del sufrimiento sea una buena cosa?

EL POETA.—Sí, señor.

EL REY.—Islandés, hay como dos hombres en ti. Estás entre la muchedumbre, en algún alegre festín, y pones un manto sobre tus pensamientos. Se está a solas contigo, y te asemejas a los raros a quienes voluntariamente se escogería por amigos. ¿Por qué es así?

EL POETA.—Señor, cuando os queréis bañar en el río, no os desvestís cerca de donde pasan los que van a la iglesia, sino que buscáis un lugar solitario...

EL REY.—Naturalmente.

EL POETA.—¡Y bien! Yo también tengo el pudor del alma, y por eso es que no me desvisto cuando hay tanta gente en la sala.

EL REY.—¿Eh? Cuéntame, Jatgeir, cómo has llegado a ser poeta y quién te ha enseñado la poesía.

EL POETA.—Señor, la poesía no se aprende.

EL REY.—¡La poesía no se aprende! Entonces, ¿cómo has hecho?

EL POETA.—He recibido el don del sufrimiento y así he llegado a ser poeta.

EL REY.—Así, pues, ¿el don del sufrimiento es necesario al poeta?

EL POETA.—Para mí fue necesario; pero hay otros a quienes ha sido concedida la alegría, la fe o la duda.

EL REY.—¿Aun la duda?

EL POETA.—Sí; pero es preciso que sea la duda de la fuerza y de la salud.

EL REY.—¿Y cuál es la duda que no sea la de la fuerza y de la salud?

EL POETA.—Es la duda que duda aun de su duda.

EL REY.—Paréceme que eso debe de ser la muerte.

EL POETA.—Es más horrible que la muerte misma: son las tinieblas profundas», etc.

La *Comedia del amor* marca el humor fino que hay también en Ibsen, siempre a propósito de errores sociales, y es una puerta de libertad abierta al santo instinto humano de amor.

Con la hostilidad de los cómicos cuya dirección tenía y el clamor de odio y villanía que contra él alzaron unos cuantos periodistas, tuvo que mostrar hombros de hierro, cabeza resistente, puños firmes. Su tierra le desconocía, le desdeñaba, le odiaba, le calumniaba. Entonces sacudió el polvo de sus zapatos. Se va mordiendo versos contra el rebaño de tontos; se va, desterrado por la fosilizada familia de retardatarios y de puritanos. Así, más se ahonda en su corazón el sentimiento de la redención social.

El revolucionario fue a ver el sol de oro de las naciones latinas.

Después de este baño solar nacieron las otras obras

que debían darle el imperio del drama moderno y colocarle al lado de Wagner, en la altura del arte y del pensamiento contemporáneo. El había sido el escultor en carne viva, en su propia carne. Animó después sus extraños personajes simbólicos, por cuyos labios saldría la denuncia del mal inveterado en la nueva doctrina. Los pobres tendrán en él un gran defensor. Es un propósito de redención el que le impulsa. Es un gigantesco arquitecto que desea erigir su construcción monumental para salvar las almas por la plegaria en la altura, de cara a Dios.

El hombre de las visiones, el hombre del país de los *kobolds*, encuentra que hay mayores misterios en lo común de la vida que en el reino de la fantasía; el mayor enigma está en el propio hombre. Y su sueño es ver la vida mejor, el hombre rejuvenecido, la actual máquina social despedazada. Nace en él el socialista; es una especie de nuevo redentor.

Así surgen *El pato salvaje*, *Nora*, *Los aparecidos*, *Un enemigo del pueblo*, *Rosmersholm*, *Hedda Gabler*. Escribía para la muchedumbre, para la salvación de la muchedumbre. La máquina recibía rudos golpes de su enorme martillo de dios escandinavo. Su martilleo se oye por todo el orbe. La aristocracia intelectual está con él. Se le saluda como a uno de los grandes héroes. Pero su obra no produce lo que él desea. Y su esfuerzo se vela de una sombra de pesimismo.

Fue a ver el sol de las naciones latinas.

*

Y en las naciones latinas encuentra luchas y horrores, desastres y tristezas; su alma padece por la amargura de Francia. Llego un momento en que juzga

muerta el alma de la raza. Mas no se va del todo la esperanza de su corazón. Cree en la resurrección futura: «¿Quién sabe cuándo la paloma traerá en su pico el ramo precursor? Lo veremos. Por lo que a mí toca, hasta ese día permaneceré en mi habitáculo enguatado de Suecia, celoso de la soledad, ordenando ritmos distinguidos. La multitud vagabunda se enojará, sin duda alguna, y me tratará de renegado; pero esa muchedumbre me espanta, no quiero que el lodo me salpique; y deseo, en traje de himeneo, sin mancha, aguardar la aurora que ha de venir.» ¡Ah la pobre Humanidad perdida! Ese extraño redentor quiere salvarla, encontrar para ella el remedio del mal y la senda que conduce al verdadero bien. Pero cada instante que pasa le da la muerte a una ilusión. Los hombres están originalmente viciados. Su mismo organismo es un poco infectivo; su alma está sujeta al error y al pecado. Se va sobre lodazales o sobre cambroneras. La existencia es el campo de la mentira y el dolor. Los malos son los que logran conocer el rostro de la felicidad, en tanto que el inmenso montón de los desgraciados se agita bajo la tabla de plomo de una fatal miseria. Y el redentor padece con la pena de la muchedumbre. Su grito no se escucha, su torre no tiene el deseado coronamiento. Por eso su agitado corazón está de luto, por eso brotan de los labios de sus nuevos personajes palabras terribles, condenaciones fulminantes, ásperas y flagelantes verdades. Es pesimista por obra de la fuerza contraria. El ha entrevisto el ideal como un miraje. Ha caminado tras él, ha despedazado sus pies en las piedras del camino, no ha logrado sino cosechas de decepciones; su *fatamorgana* se ha convertido en nada.

Y su progenie simbólica está animada de una vida maravillosa y elocuente. Sus personajes son seres que vi-

ven y se mueven y obran sobre la tierra, en medio de la sociedad actual. Tienen la realidad de la existencia nuestra. Son nuestros vecinos, nuestros hermanos. A veces nos sorprende oír salir de sus bocas nuestros propios íntimos pensamientos. Y es que Ibsen es el hermano de Shakespeare. El proceso shakespeariano de León Daudet tendría mejor aplicación si se tratase del gran escandinavo. Los tipos son observados, tomados de la vida común. La misma particularidad nacional, el escenario de la Noruega, le sirve para acentuar mejor los rasgos universales. Después, él, el creador, ha exprimido su corazón, ha sondeado su océano mental, ha penetrado en su oscura selva interior; es el buzo de la conciencia general, en lo profundo de su propia conciencia. Y había habido un día en que desde el vientre materno su alma se llenara de la virtud del arte. Su dolencia debía de ser la sublime dolencia del genio, de un genio peregrino, en que se juntarían las ocultas energías psíquicas de países remotos, en los cuales parece que se encontrase, en ciertas manifestaciones, la realidad del ensueño. Y ese «aristo», ese excelente, ese héroe, ese casi superhombre, había de hacer de su vida un holocausto; había de ser el apóstol y el mártir de la verdad inconquistable, un inmenso trueno en el desierto, un prodigioso relámpago en un mundo de ciegas pupilas. Y buscó los ejemplos del mal, por ser el ambiente del mal el que satura el mundo. Desde Job a nuestros días, jamás el diálogo ha sentido en su carne verbal los sacudimientos del espíritu que en las obras de Ibsen. Habla todo: los cuerpos y las almas. La enfermedad, el ensueño, la locura, la muerte, toman la palabra; sus discursos vienen impregnados de más allá. Hay seres ibsenianos en que corre la esencia de los siglos. Nos hallamos a muchos

miles de leguas distantes de la literatura, esa agradable y alta rama de las bellas artes. Es un mundo distinto y misterioso, en que el pensador tiene la estatura de los arcángeles. Se siente, en lo oscuro vecino, una brisa que sopla de lo infinito, cuyo sordo oleaje oímos de tanto en tanto.

Su lenguaje está construido de lógica y animado de misterio. Es Ibsen uno de los que más hondamente han escrutado el enigma de la psique humana. Se remonta a Dios. Parte la fuente de su pensar de la montaña de las ideas primordiales. Es el héroe moral. ¡Potente solitario! Sale de su torre de hielo para hacer su oficio de domador de razas, de regenerador de naciones, de salvador humano; su oficio, ¡ay!, ímprobo, porque cree que no será él quien verá el día de la transfiguración ansiada.

No os extrañéis de que sobre su obra titánica floten brumas misteriosas. Como en todos los espíritus soberanos, como en todos los jefes del pensamiento, su verbo se vela de humareda cual las fisuras de las solfataras y los cráteres de los volcanes.

Consagrado a su obra como a un sacerdocio, es el ejemplo más admirable que puede darse en la Historia de la idea humana, de la unidad de la acción y del pensamiento.

Es el misionero formidable de una ideal religión, que predica con inaudito valor las verdades de su evangelio delante de las civilizadas flechas de los bárbaros blancos.

Si Ibsen no fuera un sublevado titán, sería un santo, puesto que la santidad es el genio en el carácter, el genio moral. Y ha sentido sobre su faz el soplo de lo desconocido, de lo arcano; a ese soplo ha obedecido su autoin-

vestigación en las tinieblas del propio abismo. Y va por la tierra en medio de los dolores de los hombres, siendo el eco de todas las quejas. Los versos al cisne, recordados por Bignon, cantan así: «¡Cisne cándido, siempre mudo, en calma siempre! Ni el dolor ni la alegría pueden turbar la serenidad de tu indiferencia; protector majestuoso del Elfo que se aduerme, tú te has deslizado sobre las aguas sin jamás producir un murmullo, sin jamás lanzar un cántico.

»Todo lo que juntamos en nuestros pasos, juramentos de amor, miradas angustiosas, hipocresías, mentiras, ¡que te importaban! ¿Qué te importaban?

»Y, sin embargo, la mañana de tu muerte suspiraste tu agonía, murmuraste tu dolor...

»¡Y eras un cisne!»

El olímpico pájaro de nieve, cantado tan melancólicamente por el poeta ártico —y que en su ciclo surgiera de manera tan mágica y armoniosa por obra del dios Wagner— es para Ibsen nuncio del ultraterrestre enigma.

He ahí que la inviolada Desconocida aparecerá siempre envuelta en su impenetrable nube, fuerte y silenciosa; su fuerza, el fin de todas las fuerzas, y su silencio, la aleación de todas las armonías.

¿Cuál sería el poeta que, apoyado en el muro kantiano, ordenase con mayor soberanía el himno de la Voluntad? ¿Quién diría la voluntad del Mundo y el mundo de la Voluntad? Necesitaríase un Pitágoras moral. El noruego ha comprendido esa armonía, y sus cantos han sido seres vivos. Ha sido un intérprete de esa representación de Dios. Ha sido un incansable minador de prejuicios y ha ido a perseguir el mal en sus dos principales baluartes: la carne y el espíritu. La carne, que en

su infierno contiene los indomables apetitos y las tormentosas consecuciones del placer; y el espíritu, que, presa de vacilaciones, o esclavo de la mentira, o arrebatado del pecado luciferino, cae también en su infierno.

Autoridad, constitución social, convenciones de los hombres engañados o perversos, religiones amoldadas a usos viciados, injusticias de la ley y leyes de la injusticia; todo el viejo conjunto del organismo ciudadano; todo el aparato de cultura y de progreso de la colectividad moderna; toda la grande y monstruosa Jericó oye sonar el desusado clarín del luminoso enemigo; pero sus muros no se conmueven, sus fábricas no caen. Por las ventanas y almenas adviértese cómo las caras rosadas de las mujeres que habitan la ciudad ríen y los hombres se encogen de hombros. Y el clarín enemigo suena contra los engaños sociales, contra los contrarios del ideal, contra los fariseos de la cosa pública, contra la burguesía, cuyo principal representante será siempre Pilatos; contra los jueces de la falsa justicia, los sacerdotes de los falsos sacerdocios; contra el capital, cuyas monedas, si se rompiesen, como la hostia del cuento, derramarían sangre humana; contra la explotación de la miseria, contra los errores del Estado, contra las ligas arraigadas desde siglos de ignominia para mal del hombre, y aun en daño de la misma Naturaleza; contra la imbécil canalla apedreadora de profetas y adoradora de abominables becerros; contra lo que ha deformado y empequeñecido el cerebro de la mujer, logrando convertirla, en el transcurso de un inmemorial tiempo de oprobio, en ser inferior y pasivo; contra las mordazas y grillos de los sexos; contra el comercio infame, la política fangosa y el pensamiento prostituido: así en *Los aparecidos*, así en

Hedda Gabler, así en *Un enemigo del pueblo*, así en *Solness*, así en *Las columnas de la sociedad*, así en *Los pretendientes a la corona*, así en *La unión de los jóvenes*, así en *El pequeño Eyolf*.

El arcángel de la guarda del enorme escandinavo tiene por nombre Sinceridad. Otros hay que le escoltan, y se llaman Verdad, Nobleza, Bondad, Virtud. Suele también acompañarle el querubín Eironcía. Al final de *Las columnas de la sociedad*, Lona proclama la grandeza de la libertad y de la sinceridad. Camille Mauclair decía, al finalizar su conferencia sobre *Solness*, cuando Lugne Poe hacía a París el servicio que acaba de hacer a Buenos Aires Alfredo de Sanctis: «Seamos sinceros delante de nosotros mismos, cuidémonos del demonio tonto.» ¡Cuán elevado y provechoso consejo intelectual! Y Laurent Tailhade, al predicar a su vez las excelencias de *El enemigo del pueblo*, decía: «Si algo puede hacer perdonar al público de las primeras representaciones, mundanos y bolsistas, pilares de club y folicularios, bobos y *snobs* de todo pelaje, la asombrosa impericia que le distingue, el apetito monstruoso que muestra comúnmente para toda especie de chaturas, es la acogida que ha hecho desde hace tres años a los dos genios cuya amargura parece caber menos en lo que se llama tan justamente 'el gusto francés'; me refiero a Ricardo Wagner y a Henrik Ibsen.» Si esto ha sido aplicado a París, pongan oído atento los centros pensadores de otras naciones. Surjan las excelencias del gusto nacional y asciéndase a las altas cimas de la Idea y del Arte; escúchese la doctrina de los señalados maestros conductores, exorcítese con ideal agua bendita al tonto demonio.

Ibsen no cree en el triunfo de su causa. Por eso la ironía le ha cincelado su especial sonrisa. Pero ¿quién

podría afirmar que no pueden llegar todavía a ser dorados por el fulgar de la esperada aurora los cabellos blancos e indomables de ese soberbio y hecatonquero precursor del porvenir?

GABRIEL D'ANNUNZIO. EL POETA

*...egli tenne lontano il volgo profano dal
templo bellissimo ed accessibile ai soli iniziati,
in cui s'e compiaciuto di collocare la sua
meravigliosa poesia.*

D. Oliva

RICHARD LE GALLIENNE, escritor inglés al cual causan espanto los jóvenes del *Yellow Book*, ha publicado recientemente un libro (*) que contiene cosas muy varias: juicios desoladores sobre el arte moderno, divagaciones psicológicas, algo sobre Copérnico y sobre el *humour*; otras cosas más, aun, todo con un vago tinte de sentimentalismo de *scholar* —una ensalada rusa..., con salsa inglesa. En ese libro puede leerse la siguiente afirmación:

«Es bastante curioso que en nuestros días, entre aquellos que son llamados artistas decadentes, la influencia del sentido de la Belleza se afirma, no como una influencia 'espiritualizadora', sino al contrario, como una influencia 'materializadora' y degradante. Aun cuando —como me atrevo a decirlo de sus formas peores,— el arte decadente no es la exposición de una enfermedad mental y espiritual, aun cuando conserva cierta inocencia y cierta salud, hace lo posible por encerrarse en la pura sensualidad. No se dirige sino al ojo sensual, al oído sensual, y pretende desesperadamente

(*) *The Religion of a Literary Man* by Richard Le Gallienne. Lond. Elkin Mathews and John Lane, ed.

limitar la belleza a la forma y al color, ignorando y apreciando las altas sensibilidades del corazón y del espíritu». Estas apreciaciones por todo extremo injustas en quien conoce las tendencias, las ideas fundamentales de los buscadores de ideal que hoy en todo el mundo, y sobre todo en Francia, proclaman el reinado del Arte integral y soberano, debe sorprender a todos aquellos que hayan penetrado en el santuario de las escuelas modernas, estampilladas por el periodismo y por la crítica oficial por el sello de la Decadencia. Sin remontarnos a los soles superiores, a Poe y a Wagner, los grandes castos que han dado vida a las Ligeias y los Parsifales, puede notar el observador penetrante que se apoye en una crítica sin prejuicios, recta y limpia, que la obra de los Nuevos tiene su campo principal en la región de las ideas puras, en el Ensueño y en el Misterio. ¿A quiénes se debe el anhelo renaciente de los vuelos espirituales, el mayor impulso hacia lo desconocido, la tendencia al conocimiento de las causas primeras, el renacimiento del misticismo, la renovación de los antiguos símbolos, la exploración de los inmensos y viejos bosques de la Historia en donde se hallan los ocultos templos de las pasadas religiones?

Los llamados decadentes, es cierto, han consagrado gran parte de sus cuidados a los prestigios de la forma; mas no se han quedado solamente en el mundo mármreo de la Grecia, tan caro a las escuelas académicas por lo que tiene de limitado, de lineal y de comprensivo. Han buscado por todas partes las manifestaciones profundas del alma universal, han visto en el Oriente un mundo de extrañas iniciaciones; han encontrado en el Norte una vasta región de sueños y de misterios; han reconocido y proclamado la inmanencia y totalidad del

Arte; han quitado todas las trabas que pudiesen encontrar las alas de la psique; han aspirado a la consecución de una fórmula definitiva y a la vida inmortal y triunfante de la Obra. Jamás, desde los tiempos en que florecieron las grandes obras místicas, ha tenido el alma un número mayor de sacerdotes y de soldados; jamás ha habido tanta sed de Dios, tanto deseo de penetrar en lo incognoscible y arcano, como en estos tiempos en que han aparecido, mensajeros de una alta victoria, adoradores de un supremo ideal, los grandes artistas que han sido apellidados Decadentes. A ellos se debe el actual triunfo de la Leyenda, por el cual se iluminan olvidadas visiones de Poesía; a ellos los santos ímpetus hacia la Fe, y las defensas y diques delante de los tanteos peligrosos de la tiranía científica; a Wagner el inmaterial florecimiento del éxtasis artístico y la más honda comprensión de la Misa; a Verlaine el Católico, los más admirables himnos litúrgicos, los mejores cánticos desde Jacopone de Todi, al más puro y augusto de los símbolos, al adorable Misterio de la Virgen; a Baudelaire, las decoraciones incógnitas del Pecado, iluminadas por el «rayo nuevo» de su lírica visionaria; a Mallarmé, raras sensaciones de la vida inmaterial y asibles velos del ropaje del ensueño... ¿Quién más que Poe y sus seguidores han penetrado en la noche de la Muerte? ¿Quién como Leon Bloy ha entrevisto el formidable y apocalíptico enigma de la Prostitución?

Lo que Le Gallienne tacha en la obra decadente es, sin duda alguna, la aparición ineludible del amor carnal en todas sus manifestaciones. Ante esto puede tornarse la cabeza a San Juan el Vidente, cuando contempla una de sus portentosas y terribles visiones: «Y me llevó el espíritu al desierto, y vi una mujer sentada sobre una

bestia de color de grana, llena de nombres de blasfemias y que tenía siete cabezas y diez cuernos. Y la mujer estaba vestida de púrpura y de grana, y dorada con oro, y adornada con piedras preciosas, y con perlas, teniendo un cáliz de oro en su mano, lleno de abominaciones y de la suciedad de su fornicación. Y en su frente un nombre escrito: MISTERIO: BABILONIA LA GRANDE, LA MADRE DE LAS FORNICACIONES Y DE LAS ABOMINACIONES DE LA TIERRA. Y vi la mujer embriagada de la sangre de los mártires de Jesús, y cuando la vi, fui maravillado con grande maravilla. Y el ángel me dijo: ¿por qué te maravilla? Yo te diré el misterio de la mujer y de la bestia que la lleva, la cual tiene siete cabezas y diez cuernos.» O al Dante, ante quien aparece

*...lonza leggiere e presta ascolto
Che di pel maculato era coperta.
E non mi si partia dinanzi al volto!
Anzi impedira tanto il mio cammino
Ch'io ful per ritornar piu volte, volto.*

Ese eterno misterio femenino que, con la omnipotencia de sus manifestaciones, domina al ser humano, es el que surge de continuo delante de los ojos del artista, y ello es lo que hace afirmar a críticos como el *clergyman* de que me ocupo, que el arte decadente no tiene pupilas ni orejas sino para los colores y sonidos de la sensualidad. ¿A dónde dirigir la mirada sin encontrar el influjo de las Evas y de las Venus? ¿En dónde no hallará el hombre, hecho de carne y de dolor, los ojos rojos de la serpiente misteriosa? Por ello, los grandes artistas, fuertes y delicados a un tiempo mismo, padecen la indestructible obsesión, pues todo grande artista es un

solitario en su Tebaida, o en su cenobio, y a los solitarios tienden las fuerzas invisibles y desconocidas, ya el demonio tentador o el *daimon* divino. Así Huysmans, así el pobre y gran Verlaine, así Gabriel d'Annunzio.

RODIN Y SU OBRA DOS RODINES

ANTES DE VISITAR la exposición Rodin he leído todo lo que del gran artista y su obra se ha publicado, desde los ditirambos de los que le juzgan un dios, hasta los ataques en que se le declara poco menos que un imbécil. La bibliografía rodiniana es ya bastante considerable. Luego, me propuse apartar de mi mente todas esas opiniones, ir sin prejuicio ninguno, a entregarme a la influencia directa de la magia artística, poniendo tan sólo, de mi parte, el entusiasmo y el amor que guardo por toda labor mental de sinceridad y de conciencia, por todo osado trabajador, por todo combatiente de bellos combates. Después de mi primera visita, volví varias ocasiones. Una sola estatua me ocupaba a veces una hora larga.

Quería oír la voz misteriosa de la plasmada materia, el canto de la línea, la revelación del oculto sentido de las formas. Me atrevo a decir —no sin cierto temor,— que comprendo a Mallarmé; en Madrid, me he sublevado contra los que no entendían la música de Vincent D'ludy; he leído a Rene Ghil, sacando algún provecho, cosa que parece bastante difícil; soy apasionado de Odilón Redon, de Toroop, de Rops; he publicado un ingenuo libro de admiración que se llama *Los raros...* Pues bien, al hacer mi suma de impresiones sobre la obra de este potente escultor, indudablemente el primero de su tiempo, estoy desconcertado. Los críticos de arte no me han servido para maldita la cosa, sino para amontonar a los ojos de mi pensamiento innumerables

contradicciones. Ante ellos la obra rodiniana es como esos barriles de los prestidigitadores, que por un solo robinete dan el licor que place a cada cual. Hay en ella lo que se le antoja a no importa quién. Es el caos y es el cosmos. El uno habla de la filosofía; el otro se ase al generoso símbolo; el otro encuentra su manía social; el otro su visión ocultista. Yo expondré, con toda la transparencia de que me siento capaz, este resumen: he hallado a dos Rodines: un Rodin maravilloso de fuerza y de gracia artística, que domina a la inmediata, vencedor en la luz, maestro plástico y prometeano, encendedor de vida; y otro Rodin cultivador de la fealdad, torturador del movimiento, incomprensible, excesivo, ultra violento, u obrando a veces *como entregado a esa cosa extraña que se llama la casualidad*. Procuraré explicarme.

Al contemplar la mayor parte de esas esculturas, rudos esbozos, larvas de estatuas, creaciones deliberadamente inconclusas, figuras que solicitan un complemento de nuestro esfuerzo imaginativo, me preguntaba: ¿dónde he visto yo algo semejante? Y era en las rocas de los campos, en los árboles de los caminos, en el lienzo arrugado, en las manchas que la humedad forma en los muros y en los cielos rasos; o en la gota de tinta que aplastáis entre dos papeles. Esto último resaltó súbitamente a mi vista, delante de algunos dibujos del maestro, dibujos que han sido apuntes y documentos para la realización de formas esculpidas y plasmadas.

Una página de Eugene Carriere vino en mi ayuda. «El arte de Rodin, dice el gran pintor, sale de la tierra y a ella vuelve, semejante a los bloques gigantes, rocas o dólmenes que afirman las soledades, y en cuyo heroico engrandecimiento se ha reconocido el hombre. La transmisión del pensamiento por el arte, como la trans-

misión de la vida, es obra de pasión y de amor. La pasión, de que Rodin es el servidor obediente, le hace descubrir las leyes que sirven para expresarla, es ella la que le da el sentido de los volúmenes y de las proporciones, la elección del relieve expresivo. Así la tierra proyecta sus formas aparentes, imágenes, estatuas que nos penetran del sentido de su vida interior. Son esas formas terrestres las que fueron iniciadoras verdaderas de Rodin.» Se trata, pues, desde luego, de un gran espíritu libre, cuyo director es la naturaleza misma. Al pasar la cordillera de los Andes, ¿no habéis visto los colosales frailes de piedra que en la roca viva ha esculpido un cíclope y divino escultor? Ese es el maestro de Rodin. Este persigue conscientemente el arte inconsciente de la naturaleza. Tal figura suya os trae a la memoria el bifurcado tronco de un árbol; otra, el gesto extraño que las aguas han labrado en una piedra, a la orilla del mar; otra, los caprichos que chorrea en amontonadas estalactitas, la cera de un cirio. Lo que se manifiesta más imperiosamente es el don singular de poner en esas formas, una suma de vida que al contemplador causa un insólito pasmo. Mas confieso que hay muchas obras delante de las cuales el pensamiento no encuentra vía. Algunas figuras en su preconcebida rudeza, en obligadas posiciones y con el procedimiento rodiniano que descuida el detalle, me despertaron la idea de no sé qué variados hechos en desenterradas Pompeyas o Herculanos.

La prensa, las distintas interpretaciones de los críticos de arte, y las exageraciones del snobismo, causaron a Rodin bastante daño. Se ha querido y se ha conseguido que su obra excéntrica prive sobre su obra de claridad vibrante, de vigor plástico indiscutible, que no entraña

más que la formidable omnipotencia de la belleza, sobre todos los procedimientos y sobre todas las escuelas. Mira-beau ha tenido razón: los señores de la crítica han dicho lo que se les ha antojado, menos que Rodin es un artesano genial, que en su oficio y en su consagración, realiza el milagro, sin imponerse tareas sociales, mitos trascendentales, fórmulas esotéricas. Claro es y es sencillo, que todo espíritu investigador y sobre todo, el imaginativo, puede sacar lo que quiera de esa misteriosa e inextricable complicación de formas y de movimientos. El milagro es la revelación subitánea de la vida, el encuentro en la materia de la voluntad humana, del designio del artista, con la voluntad suelta y el designio de la naturaleza, que tiende a decir su secreto, a formular su íntima esencia. Si Rodin no fuera Rodin, habría franqueado el poco de lo sublime a lo ridículo. Felizmente para él, no le invade la literatura. Es un dedicado, un consagrado a su caza de gestos, a su persecución de actitudes. Lo que no se puede poner en duda es su sinceridad, su lealtad al arte. A lo más, se podría suponer que la influencia de sus intérpretes literarios y la humareda de la lucha intelectual encendida alrededor de Balzac, le han afianzado en su propósito de firmeza en el choque deliberado con el ambiente normal que le rechaza. El obliga a inclinarse ante su fuerza, ante su estupendo gozo dionisiaco. Aplico la palabra en el sentido nietzschiano; pues si Rodin demuestra una innegable tendencia a lo feo, ello vendrá de lo que Nietzsche denomina *la necesidad de lo feo* —absolutamente griega— «la sincera y áspera inclinación de los primeros helenos hacia el pesimismo, hacia el mito trágico, hacia la representación de todo lo que hay de terror, de crueldad, de misterio, de nada, de fatalidad, en el fondo de las cosas de la

vida». Espíritu aislado, como todos los grandes, va solo. «Es de la raza de los que *marchan solos*, dice de él un severo y apostólico artista, Jean Paul Laurens. Además, su armadura a los golpes de los que le atacan, resuena con hermoso resonar. Está construida de lógica, a martillazos ciclópeos. Lo que constituye su talón Aquileo, es su tácita sujeción a la idea de los críticos oraculares, el querer hacer símbolo e intelectualismo, cuando su fuente propia está en el sentimiento, en un gran sentimiento, y en la pasión, en una gran pasión. Es el divino escultor del *Beso*, el robusto creador de los *Burgueses de Calais*. Por lo tanto, os perturban, os desconciertan, labores como ese *Genio del Reposo Eterno*, que encontráis frusto e incomprensible, sobre todo cuando recordáis el Praxiteles del Louvre en idéntica interpretación.

*

Entre árboles que la primavera anima está la casa en que el maestro ha juntado su producción; entre árboles, como un templo antiguo de Grecia. Hay días de moda, los viernes: — «¡Oh, marquise! — ¡Oh, marchere!»! Entra bastante gente, y los ingleses, como ya lo debéis suponer, abundan. Hay quienes sonríen, desde la entrada, como si entraran a un lugar vedado, y quienes tienen aire de decir a la humanidad toda: «¡Ah, imbéciles! entro en mi casa».

Ya en el interior comienza la lucha de sensaciones.

Al pasar, sentís como os asen las manos de la vida, como os penetran los ojos, como os envuelve el aliento. Súbitamente, al entrar, la *Guerra*. Se ha hablado al tratar de ella, de la victoria de Samotracia como único parangón. Pero, ante todo, debo declarar que no concibo en Rodin un representante del espíritu griego; Rodin no

tiene de Grecia más que el concepto de la tragedia; es la máscara trágica la que le obsede. Vida, sí; pero vida *humana*, mientras en el arte puro griego existe la imposición de la vida *divina*. Ahí está la suprema particularidad de Rodin, en haber buscado y encontrado la fórmula de todo lo que el cuerpo humano tiene de extraño, en el movimiento, en el gesto, en la certificación de la vida. Pero no hay en él la virtud olímpica de Fidias, de Praxiteles, de los antiguos maestros helenos. Se comunica con los dioses inferiores. Una náyade, un fauno, una sirena, son suyos: más con Júpiter o Apolo, se desequilibra. Cuando ha querido representar a Apolo, lo ha concebido soberbiamente, sobre las hidras, sobre las sombras, portador de la luz; la ejecución nos ha dado un muchacho agradable que no nos convence en su excelente mímica, de ser la encarnación de tan estupendo símbolo. La culpa es del predominio absolutamente humano y realista que existe en la obra de Rodin. La *Guerra* es una obra de pequeñas dimensiones, que, como os he dicho, está a la entrada. Cuesta indudablemente, detenerse, y no pasar, sumariamente, a ver la gran masa blanca, el esfíngico volumen, la piedra de escándalo, el *Balzac*, que advertís en el centro de la sala, entronizado dominador. Y la *Guerra*, es de fuerte magnificencia. Esas dos figuras, el genio clamoroso y el combatiente caído, son dignas liminares de la exposición. Os certifican la influencia del genio, o si queréis mejor, del estupendo *instinto*, las soberanas anatomías, vibrantes de una idea simbólica y trascendente. Los brazos del genio abarcan toda la furia humana. Hasta el detalle del ala doblada, expresa el soplo de tempestad. El soldado musculoso que cae herido, dice la muerte y el desastre. Luego os detiene una muchedumbre de fi-

guras y figuritas como inacabadas, como proyectadas, y que sin embargo, se expresan definitivas. Y os cuesta convenceros de que sea el autor de esos caprichos minerales, de esas bizarras cristalizaciones, el mismo que ha hecho la bellísima *Edad de bronce* que erige su espléndida desnudez en el jardín del Luxemburgo.

¿Qué se os incrusta, sobre todo, en el cerebro, en medio de la contemplación? La obsesión de los elementos sexuales. Siendo el amor la ley de lo inmortal, Rodin lo clama a cada paso, hijo de la tierra, formulador de expresiones, una cabeza de mujer, sugiere, en el mármol, la supremacía del abrazo, el límite del gozo. La vaga sonrisa, la revelación facial son el poema. En *L'emprise*, es la victoria de la fuerza masculina en la conquista amorosa; eso es rudo, primitivo, elemental. Un fauno corre por el bosque —vosotros evocáis el bosque, o rememoráis el verso de mi muy querido amigo Moréas,

*Hier j'ai rencontré dans un centier du bois
Où j'aime de ma peine à rêver quelques fois...*

un fauno corre por el bosque llevando a una ninfa; es todo el pillaje selvático, la franca y alegre lujuria bajo el imperio de Dionisio. En otro grupo es la mujer presa de las potencias amorosas, la que vence al hombre. La osadía de las líneas canta la derrota del macho y al propio tiempo su victoria. Otro fauno porta otra mujer, en un impulso glorioso. Y los motivos y los sujetos poemales, se suceden. Venus y Adonis moribundo; sirenas y un tritón, que hacen comparar esta poesía escultórica de Rodin con uno de los más bellos y valientes cuadros de

Boecklin; y un sinnúmero de intenciones y documentos plasmados: mujercitas de yeso con los pies para arriba o acurrucadas o en posiciones imposibles; martirizados torsos, lazos inextricables de brazos, de piernas; una faunesa que a primera vista os parece una rana; sobre un gran libro, una funámbula de Liliput. Y no halláis que pensar. Aquí decís: «este hombre es supremo» y allá: «este hombre le gusta el *titeo*»; y más allá: «este hombre es un genio»; y más allá: «este hombre está loco»; Digo la verdad de mi impresión.

Y sátiros y más y más sátiros, y mujeres desnudas y más mujeres desnudas. Todo sincero, leal, franco, sin maldad, sin perversidad.

EL TALENTO DE LOS NEGROS

ACABO DE DEJAR de la mano un libro curiosísimo y raro. El trata de la literatura de los negros. La erudición es mucha y el estilo es agradable. El autor es un religioso. Un obispo. En su libro se encuentra consagración de caridad y don de elocuencia. Y detalles que de cierto serán gratos a mis lectores.

Ved, aquí primero, las dedicatorias de este libro:

«A todos los hombres valerosos que han defendido la causa de los desgraciados negros y mestizos, sea en sus libros, sea en sus discursos, pronunciados en las asambleas políticas, en las sociedades creadas para la abolición de la esclavitud, el alivio y la libertad del esclavo».

Y sigue todo un largo rosario de nombres: italianos, holandeses, americanos, franceses, alemanes, daneses, suecos, de negros y mestizos y un solo español —Avendaño— y ningún portugués; defensores todos del esclavo.

Luego, este santo y afable obispo añade: «no debe extrañar que ningún escritor español ni portugués —a excepción de este Avendaño— se preocupase en aquella época —hay que observar que el libro está impreso en 1808— de demostrar que el negro pertenece por derecho propio a la gran familia de la raza humana y como tal tiene en ella que llenar ciertos deberes, amparado, por lo tanto, en todos sus derechos».

Al revés del español Avendaño, hubo por aquella época un portugués, J. d'Acumba de Azevedo Coutinho, que desnaturalizando las Santas Escrituras, pre-

tendió justificar la esclavitud en los países coloniales, tan diferentes de aquella apacible domesticidad que existió en tiempos lejanos en el pueblo hebreo. Lo mismo ocurrió a ciertos librejos de Harris y de Grabowski, que igualmente invocaban la *Biblia*; el primero en Inglaterra, para justificar y legitimar, a su modo, la esclavitud colonial; el otro en Polonia, para remachar el pesado hierro que amargaba al campesino en esta comarca.

Pero mientras tanto el piadoso y «caritativo» abate Miguel Karpowicz en sus sermones y José Panlikowski en sus libros, proclamaban y reivindicaban para todos la igualdad ante la ley.

Desde luego, los amigos y partidarios de la esclavitud han sido, necesariamente, los enemigos de la humanidad, y por esto la religión de Cristo, campo de inmensos y positivos goces, la religión que enjuga las lágrimas y cuya diestra siempre se alarga a esparcir bienandanzas, esta religión, digo, se colocó siempre con bandera de paz y concordia entre amo y esclavo, para endulzar los signos de la autoridad; para facilitar y suavizar el yugo de la obediencia.

Mas no por falta de autores españoles y lusitanos, según el autor de este libro, el pueblo de Iberia fue malo con sus esclavos, a quienes trató siempre como hermanos «de otro color»; muy al contrario, y de ello responderán las antiguas colonias hispanoamericanas y el cada vez más floreciente antiguo imperio del Brasil; otros pueblos hoy influyentes y poderosos fueron peores; y hoy mismo tal vez lo sean, que Bélgica en Africa; Alemania, aquí y allá; los Estados Unidos en aquellas repúblicas sudamericanas donde ejercen predominio; Inglaterra por el mundo entero, cambiaron la forma de

esclavitud; pero la esclavitud existe hoy realmente y acaso con carácter más grave y cruel, de más refinada crueldad, porque el alcohol bajo diferentes formas y en diferentes nombres, hace horrores en África y América, y no sólo en la raza negra, sino en nuestra raza, en esa otra esclavitud moderna que los ambiciosos de la tierra anglosajona imponen al esclavo moderno.

Ciertos prejuicios sobre la inteligencia de los negros distan muy mucho de la realidad. Y de esto uno de los primitivos establecimientos de enseñanza de cierta sociedad de educación creada hace más de un siglo en Clapham, cerca de Londres, nos da noticias muy interesantes. De ella se infiere que entre individuos de una y otra raza, no hay más diferencia que la del color. Aquí en París, en el colegio de la Marche, el cotejo de los resultados es el mismo. Brissot, director de la escuela de negros de Filadelfia y en otro centro docente de Boston, los resultados son idénticos y Ramsay, Hawker, Beckfrit, Skipowtts, pretenden hasta la supremacía de los negros sobre los blancos, en todos los ramos del ser humano. Yo creo que en esto hay exageración; pero proporcionalmente, y si los medios de enseñanza fueran los mismos, si tenemos en cuenta el mismo número de negros instruidos: obispos, abogados, predicadores y profesores, y de esto puede servir de dato importante el número de eminencias que se señalaron en las universidades y seminarios de Lisboa, Río de Janeiro y otras posesiones portuguesas, el aserto no es tan dudoso.

Sobre todo los negros de Abisinia y Guinea poseen un espíritu vivo y penetrante, son de sano juicio y están llenos de gusto y delicadeza.

La brutalidad de los negros es relativa y casi siempre no es sino el resultado de la opresión y de la miseria. El

mismo Clenaid, que es el primero que habló de esta brutalidad, reconoce sus aptitudes.

«Enseño —dice— literatura a mis esclavos negros, entre ellos hallaré mi Diplilus como Craso, mi Tirón como Cicerón; ya escriben bien, y empiezan a conocer el latín; el más inteligente de ellos me lee admirablemente a la hora de las comidas».

Las desdichas del negro le hacen filósofo; Bryan-Edwards nos dice que un esclavo dormido fue despertado por el amo: «¿No oyes a tu amo que te llama?» El pobre negro abrió, los ojos, pero los cerró enseguida, respondiendo: «El sueño no tiene amo».

La inteligencia para los negocios, como su fidelidad y virtudes domésticas son bien conocidas. Niebuhr habla de Fashan, gobernador de Loheia. Kislar Aga es mencionado por todos los historiadores de su época como sabio profundo de Turquía; Stedman conoció a un negro que recitaba el *Corán* de memoria; el hijo del rey de Nimbana, que vino a Inglaterra a seguir sus estudios, aprendió el hebreo con el solo objeto de leer el original de la Biblia; Labat asegura que son naturalmente elocuentes; Stedman les concede genio poético y musical, y así como Francia, Italia y España tuvieron sus trovadores, Inglaterra sus troveros, Alemania sus *minnesinger*, y Escocia sus menestrales; los negros tuvieron sus *griotes* y las mujeres de éstos se llamaban *griotas*. Y bailaban en Egipto y actuaban de bayaderas en la India, pero estos *griotes*, fueron los antecesores de Malherbe, Corneille, Racine, Shakespeare, Poper, Gesner, Klopstok, etc.: porque en todo tiempo el genio ha sido la llama oculta en el pedruzco, que al chocar en el acero resplandece.

Según Pratt, el jornalero negro de Holanda, Patt es el padre de la poesía elegíaca en ese país; y Beronicius,

obrero formista, fue tan gran poeta, que en la edición hecha en Meddienburgo de sus obras, se le representa coronado de laureles por el dios Apolo; Greenstad, sirvienta de Maidstone, y una lechera de Bristol, Ana Jearsley, fueron excelentes poetisas; las desgracias de su raza fueron sus mejores versos. Toderini al publicar sus tres volúmenes sobre la literatura turca en 1787, asombró al mundo haciendo saber que Constantinopla poseía trece bibliotecas; pero la sorpresa grande fue que la mayoría de sus obras estaban compuestas por negros y mulatos. Entre estos puedo citar a Castaing, Barbaud-Royer, Boisrond, Millent, Juliano Raymond, todos mulatos, y la negra Belinda y el negro César, que sus poesías fueron cantos populares, y cien más cuyos nombres se ignoran. Los escritores negros son más numerosos.

Aníbal el negro, cuya educación fue cultivada al cuidado del zar Pedro I de Rusia, fue teniente general y escribió libros de ingeniería, siendo condecorado con el Cordón Rojo de la orden de San Alejandro Newski.

Antonio Guillermo Amo, originario de Guinea, fue esclavo en Amsterdam del duque Brunswick-Wolfenbütel; estudió en la universidades de Sajonia y Wittenberg, fue astrónomo y hablaba latín, griego, hebreo, francés, holandés y alemán; publicó numerosas obras filosóficas, y el rector de la universidad de Wittenberg lo llamó en cierta ocasión *vir nobillissime et clarissime*.

Lacuz-Gabay era filipino; fue uno de los que dio su nombre a la isla de negros de aquel archipiélago; geógrafo, publicó mapas, y escritor, hizo un diccionario tagalo.

Lislet Geoffroy, oficial de ingenieros, hizo observaciones meteorológicas, autor de los mapas de la isla de Francia y de la Reunión. Por sus descripciones se ve en

él a la persona versada en botánica, física, geografía y astronomía.

Jacobo Dalsam, esclavo en Filadelfia, fue uno de los médicos más notables de Nueva York. Escribió sobre medicina.

Tomás Fuller, africano, sin saber leer ni escribir poseía una facilidad maravillosa sobre los cálculos más difíciles.

Benjamín Bannaker, negro de Maryland, notable astrónomo, autor de varios almanaques en los cuales se calcula y se presentan los diversos aspectos de los planetas y los movimientos del Sol y de la Luna.

Othello publicó en 1788, en Baltimore, un *Ensayo contra la esclavitud de los negros*, lleno de elocuencia.

Ottobah Cugoano, autor de un libro en inglés, traducido más tarde al francés, titulado *Reflexiones sobre la trata y esclavitud de los negros*.

Jacobo Capitain, pintor, sabía latín, hebreo, griego y caldeo. En la universidad de Leyde estudió teología y otras ciencias sagradas. Como poeta escribió varias elegías en ardientes versos latinos.

Francis Williams, delicado poeta, escribió diferentes trabajos en latín y en griego.

Gustavo Vassa, escribió en prosa y en verso; fue bibliotecario del emperador Francisco I, y el estilo de sus obras determina la crudeza de carácter de un hombre sujeto a la misma naturaleza, como el de Daniel de Foe en *Robinson Crusoe*. Publicó un libro muy curioso sobre las supersticiones y costumbres de su país, relacionándolas con las de los países que recorrió: Canadá, España, Portugal, Italia, Turquía, Groenlandia y las Antillas. Escribía admirablemente en inglés, en cuyo idioma hizo excelentes poemas.

Sancho, así llamado por el parecido de carácter que le asimilaba al escudero de Don Quijote, escribió en lengua inglesa y en genero epistolar dos volúmenes, más tarde reimpresos con noticias de su vida, su retrato pintado por Gainsborough y grabado por Bartolozzi.

Antes de terminar este artículo he de hablaros aun de la negra Filis Wheatley, poetisa de dulces costumbres y sensibilidad exquisita. Apasionada por la lectura, aprendió el latín leyendo la *Biblia*. A los diecinueve años publicó un volumen de poesías del que se han hecho diversas ediciones en Inglaterra y en los Estados Unidos. Los asuntos que tratan son casi siempre religiosos o morales y respiran una melancolía sentimental tan extrema que encanta su lectura.

Para que el lector tenga una idea de esta admirable poetisa, traduzco esta composición:

Himno a la mañana

Secundad mis esfuerzos, templad mi lira, inspirad mis canciones, ninfas veneradas del Parnaso. Derramad sobre mis versos vuestra dulzura maravillosa, que voy a cantar la aurora.

Salud alba del día; una decoración majestuosa y matizada de mil colores anuncia tu marcha bajo la bóveda etérea; la luz se despierta; sus rayos se amparan del espacio; el céfiro juguetea sobre el follaje; los pájaros lanzan sus miradas vivas, agitan sus alas esmaltadas y recomienzan sus armoniosos conciertos.

Verdosos bosquecillos, extended vuestras ramas, prestad al poeta vuestras sombras solitarias para protegerle contra los rayos del sol. Calíope, haz resonar tu lira, mientras que tus amables hermanas atizan el fuego del genio. Las cúpulas de verdor, los vientos frescos, el espectáculo de los cielos hacen afluir todos los placeres de mi alma. Por Oriente avanza con pompa el dominador del día, a su resplandor las sombras huyen; pero ya sus fuegos abrazan el horizonte, agotan mi voz, y mis cánticos se callan forzosamente en sus comienzos.

Esto es una muestra tomada al azar de esta gentil y suave poetisa. Todo no es sino un compendio de este libro curiosísimo y raro, lleno de unción cristiana y firmado por un autor religioso.

Nigra sum sed formosa. La musa de los morenos debía ser la reina de Saba. En la *Biblia* se concentran las *Mil y una noches*.

¡Y qué Califa, Salomón!

París, diciembre de 1912.

EMILIO CASTELAR

NO HACE MUCHO TIEMPO he hablado de mi entrevista con Castelar. Debía ser la última. Ya reposa en San Isidro, junto a los huesos de su hermana. Su caída, ¡buen robe!, conmovió al mundo. Cuando le vi, cuando le hablé por la postrera vez, ya estaba señalado por la Intrusa, pálido, enflaquecido, viejo, él, que fue todo juventud y vida. Partió al imperio silencioso de lo no sabido, después de haber clarineado su verbo de poeta de las multitudes hacia los cuatro vientos del espíritu. Y España queda hoy sin su representativo emersoniano, sin el hombre noble que fue en su siglo lengua y gesto de su raza, como Italia sin Garibaldi, Inglaterra sin Gladstone, Alemania sin Bismarck y Francia sin Hugo. En su tierra ardiente y sonora fue el crisostómico parlante y el caballero de su ideal. Ahí queda la inmensa Mancha democrática por donde cabalgó en su Pegaso-Rocinante; ahí los molinos de viento, ahí las armas de su lírica grandilocuencia, que nadie moverá; ahí Dulcinea, sin más enamorado verdadero que el frío y analizador Pí y Margall. Español de España, español netísimo, con toda España en el corazón y en el cerebro, era la concreción del orbe cervantino; en el generoso combate de su ilusión no se ocultaba Don Quijote; como Sancho mismo, no dejaba de comparecer en su célebre buen apetito. Cuéntase que Taine, en una ocasión, al verle en la redacción del *Journal des Débats*, preguntó desdeñoso: «¿Es ese el famoso canario español?» Cierta, un alma de pájaro de floreal, como el ruiseñor Lamartine, pero a quien no faltaba la fuerza para la realización de obras enormes: así

la libertad de los negros de las Antillas. Quedará en los siglos el recuerdo de esta singular figura en el decimonono, la más alta de España entre las altas de la tierra; y aparecerá, a medida que el tiempo vuelque su urna, rodeado del resplandor que tan solamente ofrece a los preferidos suyos la divina Poesía. Fue uno de los más potentes órganos de la Humanidad. Por su boca habló el espíritu de su patria, y, siempre en obra de bien, si algunas veces no le prestó su apoyo la Verdad, jamás dejó de escudarle con sus alas mágicas la Belleza. Sus mismos errores caían vestidos de púrpura. Era el apolonida de la Democracia, el decorador de sus ambiguos y confusos laberintos. Hermosa llama latina, de esas llamas guías de pueblos que el sol de Dios enciende en las naciones para que señalen los saludables rumbos, o para que a su alrededor se junten los hombres y realicen hechos grandes. Aquella alma venía de Atenas, cuando fue a encarnarse un día en la fenicia Cádiz; venía de Atenas, después de haberse impregnado de Oriente; de este modo explicó la pompa asiática de su discurso y el amor a las bellas líneas, la pasión pitagórica de los celestes números y el imperio de la música, bajo el cual hacía galopar sus cuadrigas de ideas y sus tropas de palabras. En su huerto, junto a las flores andaluzas, se alzaba un esbelto y reverdecido plátano, rama un tiempo del que movieran las brisas de Academo, mientras fluía, como el agua de la fuente de mármol, la doctrina platónica.

La obra, que fatiga en su masa, es como un inmenso museo que hay que admirar por fragmentos: ya un fresco vasto, ya una estatua del más blanco pentélico, ya un bajo relieve en que las frases van como ordenadas teorías de graciosas jóvenes o danzantes efebos. Fue un gran cultivador del entusiasmo. Y si ya en los postreros

años de su existencia tuvo alguna vez que padecer tristezas y decaimientos, para morir, viejo gladiador, supo esculpir su última actitud en el discurso que cierra la diluvial serie comenzada en 1854 en el teatro de Oriente, discurso en que volvió a surgir su elocuencia empachada y sonora, para mostrar el camino que hay que seguir, según su entender, a los partidarios de la República. Su elocuencia cautivó a las generaciones que escucharon el decir de sus labios de oro. Se recuerdan sus discursos como hermosas manifestaciones de la Naturaleza, inusitados iris o boreales auroras: «Yo le oí tal año.» «Yo, en tal otro.» En el tiempo de su aparición, el principio democrático era lo más avanzado, lo más atractivo para los espíritus libres: la fórmula del progreso. El se consagró por tal manera y con pasión tanta, que al saber su muerte los españoles demócratas no han podido menos de exclamar: «¡La democracia ha muerto!» A aquel inmovible individualista no pudieron ganarle los mirajes aurales del movimiento social de estos últimos años, y discurso suyo hay en que, combatiendo al socialismo, maravilla su esfuerzo de soñador al resonar delante de la verdad la suntuosa orquestación de sus líricos argumentos. Porque, ante todo, fue el orador, el hombre que convence cantando o que, aunque no convence, canta y encanta. Parecía que, como en lo antiguo, un flautista maestro acompañase sus oraciones: tal era la melodiosa geometría, el hilo armónico, la sucesión de ondas verbales regidas por un compás; en la musicalidad de los giros; y él propio se escuchaba como deben hacerlo las aves de más fino canto y los poetas orgullosos de haber visto cuánto es crespada y dorada la crin del dios de arco de plata. No olvidaré una noche, en una recepción dada por doña Emilia Pardo Bazán a los delegados

americanos a las fiestas colombinas, el año de 1892. Castelar había concurrido, y, como en todas partes en donde Castelar estaba presente, un corrillo se formó alrededor suyo, en uno de los salones. Nadie hablaba, fuera de Castelar, porque es sabido que en su presencia el primer deber era la atención. El tema de sus palabras se relacionaba con la oratoria, y vino él a recordar a este propósito a los distintos oradores que había oído en su vida. Y como su excepcional memoria estaba siempre lista, ilustraba sus recuerdos con citas y fragmentos de discursos. Así nos pintaba a Gambetta, de tal guisa, que le veíamos encarnado delante de nosotros, y luego decía una parte de un discurso de Gambetta; a Víctor Hugo, y luego decía un trozo de discurso de Víctor Hugo, y así de varios oradores extranjeros. Después llegó a los españoles, y comenzando con Ríos Rosas, recorrió buena parte de la lista de bravos oradores con que cuenta este país de varones verbosos, explicando sus maneras y facultades, hasta llegar a él mismo, y entonces se nos transfiguró momentáneamente, se nos presentó con sus atavíos reales. Y a pedido de un amigo circunstante, trajo a su memoria una parte de su célebre discurso del 12 de abril de 1869, pronunciado en ocasión famosa, y que hizo pensar a su propio contrincante, el cardenal Mantecola, si no tendría ante sus ojos un nuevo Saulo. Aún veo los ojos iluminados y la mano, como guiando el período: «Grande es el Dios de Sinaí, el trueno le precede, el rayo le acompaña, la luz le envuelve, la tierra tiembla, los montes se desgajan; pero hay un Dios más grande, más grande todavía, que no es el majestuoso Dios del Sinaí, sino el humilde Dios del Calvario, clavado en una cruz herido, verto coronado de espinas, con

la hiel en los labios, y, sin embargo, diciendo: 'Padre mío, perdónalos, perdona a mis verdugos, perdona a mis perseguidores, porque no saben lo que hacen'. Grande es la religión del poder, pero es más grande la religión del amor; grande es la religión de la justicia implacable, pero es más grande la religión del perdón misericordioso; y yo en nombre del Evangelio, vengo aquí a pedirlos que escribáis en vuestro código fundamental la libertad religiosa, es decir, libertad, fraternidad, igualdad entre todos los hombres.» Se recordarán sus discursos célebres, en lo futuro, como hoy las históricas arengas de Demóstenes; desde el primero en que se presentó como aeda y paladín de su amada Democracia, hasta el último en que ya para morir apóstol consecuente, dejó su disposición testamentaria de política fiel a su credo republicano; señalada la larga carrera por las innumerables brillantes estaciones, entre las que más resplandece el discurso en favor de la libertad religiosa, que es el de la redención de los esclavos de Cuba, y al cual se refería cuando oí de su boca la frase admirable: «Yo he libertado a doscientos mil negros con un discurso»; el del sufragio universal, de ágil y elástica dialéctica; el de la entrada a la Real Academia de la Lengua, lección colosal de un lirismo cósmico; el de París, en la Sorbona, cuando los estudiantes le recibieron con el aplauso clásico, como a un nuevo Lulio.

Lejos la oratoria amartillada de los hombres del Norte, en la suya reventaba como un rosa de color perenne el sol meridional; suyas eran la profusión y la riqueza latinas, y nunca se escuchó, en lo inmenso de los siglos, más rítmico y sonante torrente en cátedra o tribuna. Los franceses, tan parcos con lo extranjero, le admiraron y celebraron, en su francés claudicante, o en el

español de bronce y plata, que no comprendían al oírle: ¿Qué importa que dijese, como en una ocasión: *La France, cette «belle soeur» de l'Espagne?* Tras la sonrisa del oyente venía la tempestad de la ovación, pues el orador soberano triunfaba contra el mal polígloto. Hugo le tenía en su alto valor, y sabida es la anécdota en que el César de los poetas le ofreció, al sentarse a su mesa, una silla imperial: «Os he señalado esta silla, en que se sienta siempre don Pedro del Brasil.» «¡Pues no me siento!», respondió Castelar, fiel hasta en esto a su idealizada Aldonza Lorenzo. Nuestro compañero Ladevese cuenta las acogidas respetuosas y afectuosas en casa de madame Adam, de Cernuschi, de la Rattazi; las intimidaciones con políticos como Thiers y Gambetta y Julio Simón. Francia, como el mundo, veía en Castelar la encarnación de España: de la España caballeresca e idealista, hidalga y pintoresca. Oxford quiso escucharle; invitó a su «doctor» honorario para que fuese a dar conferencias, y él declinó la honra. A América pensó ir en varias ocasiones; pero, por desgracia, se cumplió lo que yo decía en 1892: «Castelar no irá nunca a América.» Y en América quizá más que en parte alguna su palabra resonaba como una campana de gloria. Los yanquis la evaluaban abiertamente: si la libertad de Bartholdi tiene la antorcha, Castelar «tenía la palabra». Sus discursos niagarescos fueron más de una vez por el cable; los *magazines* no le quitaban la mira, y los dólares venían sin regateo. En nuestra América de lengua castellana no habrá pueblo o villorrio donde no haya llegado su fama. Creo, sin equivocarme, que en la República Argentina hay una colonia o villa que lleva su nombre. Y él amaba a la América nuestra, agradecido. Es el momento de manifestar cómo fue para ese continente gran parte de su produc-

ción, ya en tiempos de destierro penoso, ya en el apogeo de su existencia; tan solamente interrumpido su trabajo cuando se excusara con la dirección de los diarios de que era corresponsal, por verse obligado a suspender la labor «a causa de tener que ocupar la Presidencia de la República española»; y ¡cómo tenía en el recuerdo de su gratitud a *La Nación*, de Buenos Aires, y al *Monitor Republicano*, de México, entre todas las publicaciones que fueron honradas con su colaboración! Y América toda fue con él siempre simpática a pesar de aquel resentimiento memorable, cuando el político lírico quisiera ser político práctico y pronunciara la trascendente frase: «Antes que republicano soy español.» Pues fue siempre el levita fanático, inspirado ante el fatal resplandor del ídolo patria; y a la suya salvara, como se observa justamente después de la reciente catástrofe, en ocasión en que, ejerciendo la Presidencia de la República, estuvo en un cabello que no se rompieran las relaciones entre España y los Estados Unidos por la cuestión del *Virginius*. Jovellar estaba en Cuba y se resistía a la entrega del apresado barco norteamericano, después de los fusilamientos de cubanos y yanquis que tripulaban la nave revolucionaria, y entonces fue la palabra de Castelar, jefe del Estado, haciendo entender al general «que en España nadie comprende que, ni en pensamiento, se resistan a cumplir un compromiso internacional del Gobierno, y no comprende que quiera ser Cuba más española que España. Una guerra con Estados Unidos sería hoy una demencia verdadera y aunque fuera popularísima la guerra, para esto están los Gobiernos: para impedir la locura de los pueblos. Recuerde vucencia lo que hizo Thiers cuando los franceses gritaban: ¡A Berlín!; demostrarles que la guerra sería un desastre. Y

ahí se ha capturado un buque en alta mar, se ha fusilado a españoles y extranjeros sin esperar a conocer el espíritu del Gobierno central, que preveía grandes catástrofes, y ahora se quiere cometer la última demencia desobedeciendo al Gobierno nacional. Todos los argumentos de los Estados Unidos consisten en decir que España no manda en Cuba, y van ahora a confirmar ese argumento. No se puede discutir un acto del Gobierno. Hay que obedecerle. Inflúyase en la opinión; tomándose las debidas precauciones, entréguese el *Virginus* y la tripulación superviviente de la manera que menos pueda herir el sentimiento público, pero entréguese sin dilación ni excusa. El mayor servicio que puede prestarse a la patria es obedecerla ciegamente. No mencione vucencia la dimisión mientras no estén cumplidas las órdenes del Gobierno. Cúmplalas con rigorismo militar. Y no se vuelva a hablar de Bayona; allí hubo reyes traidores que vendieron la patria al extranjero; aquí hay patriotas que quieren salvarla de las locuras de ahí, avivadas por una incomprensible debilidad.» Esto fue en 1873. ¡Cuán distinto veinticinco años después el criterio de un Gobierno de hombres «útiles», que llevó al país a la derrota, al vencimiento y a la mutilación, del criterio de aquel «poeta» que libró a España de un peligro seguro y supo ser en sus obras y en sus sueños el primer patriota, el primer español de su tiempo, el más español de los españoles. Porque desde su Patmos, desde su Guernesey, desde su nube, desde su trípode, sabía ser certero en su vistazo aquilino. No era tan iluso cuando dio su flecha tantas veces en el blanco, cuando llegó bizarramente a la primera magistratura del Estado, y cuando, ya en su vejez, al ver con desilusión que su República cuasi platónica no correspondía a su himno in-

cesante, se retiró de la lucha, no sin antes declarar su invariable fe en el ideal por toda su existencia perseguido y sin ningún contacto con la monarquía. Jamás habló a la reina regente. Cuando murió su hermana, a quien él amaba tanto, la reina le envió su pésame. En San Sebastián un día se encontró frente a frente su genio con su majestad. Su genio se quitó el sombrero y saludó. Hubo demócratas que murmuraron. ¿Quiénes fueron esos hidalgos que por tan mal lado tomaban la democracia? Aquel caballero creía en la caballerosidad. Creía en la patria. Creía en Dios.

En el liberal, en el hombre de «la fórmula del progreso», había un creyente. Jesucristo aparecía a sus ojos a través de sentimentales *vitraux* en que estaban representadas su España portadora de la cruz y su infancia doméstica: la buena madre, quien a la continua es nombrada por él como origen de sus creencias religiosas. Cuando habla de asuntos de religión, su órgano se desborda en los más augustos *magnificat*, o en los más profundos *misereres*. Sus conferencias sobre la civilización en los cinco primeros siglos del Cristianismo, su *Redención del esclavo*, muchos de sus discursos, son la glorificación cristiana expresada por incesantes fervientes ondas de vocablos, de frases, saturados de un cálido misticismo, de un misticismo español. Casto como era, se pensó alguna ocasión en que, cuando cansado de las fatigas de la vida civil quisiera recogerse en el reposo de su espíritu, se ordenaría sacramentalmente. Y aun él mismo, al admirar un día cierta antigua casulla de la catedral de Avila, dio a entender, con un decir, que no andaban muy en error los que tenían este pensamiento. Un poeta de América publicó una vez un futuro sermón de Castelar en San Pedro de Roma, que al orador hizo

amablemente sonreír. No hace mucho tiempo, su entrevista con el Sumo Pontífice avivó la general curiosidad y él propio confesó ser la conversación con el Papa de hondo interés, pero que no estaba autorizado para publicar nada de ella hasta después de la muerte de León XIII. Y él ha muerto antes, besando un crucifijo. El Papa blanco ha podido autorizar que se hiciesen, a pesar de la liturgia, honras fúnebres a su interlocutor ilustre en San Francisco el Grande, con todo y ser las honras el día de San Fernando.

En la religiosidad de Castelar hay algo de profano, como en la religiosidad de Murillo. Sus pinturas de las gracias divinas son como las pinturas de aquel pintor, coloreadas de cierto sensualismo que en este caso se agrava con la castidad sabida del imaginativo artífice de la palabra. Al pintar una virgen se nota en su verba cierta complacencia humana, y sus ángeles imaginados en la gloria o juzgados en los cuadros de los museos, semejantes a esos ángeles voluptuosos que animara Goya en sus frescos de San Antonio de la Florida, nos parecen mujeres hechiceras, tan carnales como espirituales. La castidad de Castelar, bien sabida y explotada por los bufones de copla y lápiz en las enemistades de la política, fue uno de esos casos de absorción cerebral en que todas las facultades humanas se condensan en la obra del pensamiento; casos como el de Juan el del Apocalipsis, que Hugo ha rememorado en página que no perece. ¿Qué unión, qué matrimonio no habría podido efectuar este dueño de la fama? Célibe y casto vivió, célibe y casto murió. Y aquí es de recordar al paso al hombre privado. Supo pasar buenos años hermosamente, como debe vivir antes que nadie todo artista aristocrático. Se le tacharon alguna vez sus lujos y grandezas, sin saber que

aquel hombre vivió siempre de su trabajo, apenas ayudado por la fraternal simpatía de señalados amigos, y que si se regalaba con ciertos lujos, no cabía en ello vanidad ninguna, sino la comprensión de la estética de la existencia, la cual tiene obligación de procurar quien, como él, poseía, como adorador y sacerdote de la belleza, el don incomparable del gusto. Los que fuimos favorecidos con la invitación a su mesa sabemos lo que Lúculo comía en casa de Castelar. Tenía en esto, como en otras cosas, una cualidad eclesiástica. Comía con el gusto de un *monsignor* y con el apetito de un abad. Tenía la amable costumbre que Quincey nos revela de Kant: siempre había invitados a su mesa, y, siguiendo la regla de lord Chesterfield, el número de los que se sentaban, él comprendido, no era nunca inferior al de las Gracias, ni superior al de las Musas. Y el mejor condimento era su charla, monopolizadora del tiempo, a la cual ayudaba su memoria única con el más copioso anecdotario que sea posible imaginar. Después, en su salón, al conversar, según fueren los asuntos, se dejaba llevar de su fuga tribunicia, y sus palabras se convertían en párrafos de verdaderos discursos; y su vibración era contagiosa, y él se trasladaba, en un salto invisible, fuera del momento. Cuéntase que un día acontecióle encontrarse en molestos apuros de dinero. Era en invierno, y la chimenea estaba encendida, como su conversación sobre un asunto político, delante de varios íntimos. Llega una carta de América con una letra por mil duros. Grata sorpresa, que interrumpe un instante su hablar. Pero continúa, con carta y letra en la mano; el discurso, a poco, se precipita, y con una frase rotunda y un gesto supremo, carta y letra, hechos nerviosamente una pelota, ya están ardiendo en la chimenea. Otra vez hizo aguardar largas horas a

un personaje político, cuya presencia en la antesala se le anunciaba repetidas veces, porque le tenía asidos lengua y pensamiento una disertación sobre Botticelli y los primitivos. Y de la casa en que aquel obrero tenía el obrador mental puesto para servicio de tantos diarios y revistas del globo, salía mucho bien, mucho favor personal, mucho consuelo a los pequeños, apoyo intelectual a quien lo necesitaba, consejo o aplauso, y la ayuda eficaz al pobre que le pedía, pues entre los humildes como entre los grandes, entre las palmas y lauros sobre los cuales sobresalía su calva cabeza pensadora, resplandecía la virtud moral de aquel hombre sencillo, de aquel corazón bueno.

Por eso su muerte ha causado un doloroso estremecimiento en España entera, paralelo al estremecimiento simpático del mundo. Había ido Castelar a buscar vigor a la orilla del Mediterráneo —el mar tantas veces cantado en sus himnicas prosas—; había ido después de su último esfuerzo en la arena política, cuando los republicanos le rodeaban como al hombre fuerte de las pasadas campañas, creyendo ver en él la salud de la patria, hoy tan maltrecha y extenuada. Pero así estaba el tribuno, el que sufrió tanto con el gran desastre, y que sintiendo llegar su última hora, comunicó en una carta a una amiga extranjera: «Muerdo con la agonía de España.» Una tarde, a la orilla del mar, ve a unos pescadores y se acerca a ellos. Los peces que se asfixiaban saltando sobre la tierra fueron para él triste impresión: «¡Si iré a morir como estos peces, faltos de oxígeno!» Y así murió. Al día siguiente de la noticia, mientras el pueblo de Madrid comentaba ya la actitud de un ministro incorrecto y falto de seso cerca de la Puerta del Sol tuve una sensación que jamás se borrará de mi memoria. Un ciego, de esos

que aquí andan por las calles pidiendo limosna improvisando coplas de actualidad al son de sus lamentables guitarras, cantaba en tono doloroso delante de un círculo de transeúntes, que aumentaba a cada paso. Por curiosidad me detuve al oír en el canto el nombre de Castelar. El pobre coplero del arroyo, en versos muy malos, decía cosas sentidas y húmedas de llanto sincero; y un no sé qué arte singular hacía coincidir su pena con el decir ingenuo, el acompañar de las cuerdas afónicas de aquel instrumento imposible. Cuando volví la vista, las mujeres lloraban, los obreros tenían las caras serias y tristes. Y la maligna política apareció, con el instinto popular que sabe soltar su avispa certera para que pique en donde se debe, con estrofas como esta, que recuerdo:

*Don Emilio Castelar,
que toda Europa conoce,
quiso Dios que se muriera
antes que abrieran las Cortes...*

En la Puerta del Sol, en los cafés, en las calles todas, el rumor se acentuaba contra el Gobierno, y en especial contra el ministro de la Guerra, general Polavieja. Se acababa de publicar un decreto absurdo en que se leía: «Resultando que don Emilio Castelar ha muerto en honrada pobreza: Artículo primero. Los gastos que ocasionen su enterramiento y honras fúnebres serán de cuenta del Estado.» Así, frío como un compromiso, duro como una limosna. ¡Y esto en el país de las prosopopeyas y fórmulas, en la tierra de «Beso a usted la mano», y donde para nombrar a un ministro con sus títulos se llena un medio pliego! El pueblo, irritado, no contenía sus censuras. ¡En aquellos momentos las Cámaras

italianas y portuguesas enviaban su pésame a ese mismo Gobierno mezquino; el Senado de la República Argentina se ponía en pie; el autocrático Gobierno ruso manifestaba su pesar; el Instituto de Francia lamentaba a su ilustre miembro; la prensa de la Tierra se enlutaba, el pensamiento universal estaba de duelo! Después se supo que Castelar no tendría honores militares; que se había prohibido a los artilleros reunirse para tributar homenajes al organizador del Cuerpo de Artillería, al antiguo presidente que tanto hizo por el Ejército; después, que se autorizaba a los generales que quisiesen concurrir para que lo hiciesen con traje de diario y con banda. La Prensa cumplió con su deber: se habló claro, se dijeron verdades al rojo blanco. Entre tanto, el cadáver de Castelar llega a Madrid en doloroso triunfo, y se deposita en el palacio del Congreso. Allí desfiló el pueblo, en homenaje último al gran pastor de multitudes; por allí pasó, entre tantas gentes, el ciego que yo oí cantar, y de cuya visita al cadáver habló *El Liberal*. Pues le preguntaron, al verle con su guitarra bajo el brazo, con sus ojos sin sol: «¿Para qué vienes, si no has de verle?» Y él contestó: «¡Por mí le verá mi lazarillo!» ¿Y el obrero humildísimo que llegó con su hijita de luto, la cual llevaba un pequeño ramo de flores, y pidió permiso para ponerlo sobre el féretro, entre tanta monumental corona?

Y llegó el entierro. Fluía en el ambiente de la tarde la dulzura de un cielo de acuarela. Madrid se desbordaba como un hirviente vaso. Suspendida la circulación por las calles que debía recorrer el fúnebre cortejo, la concurrencia se aglomeraba, los balcones se tupían. La calle de Alcalá, la Puerta del Sol, la calle Mayor, estaban inundadas por el río humano. Desde temprano se esperó por

largas horas. Por fin apareció a lo lejos el pelotón azul de la Guardia Civil de a caballo. Se abre paso entre el espeso gentío, y comienza el desfile. Van, precediendo, las profusas coronas; se destaca la de *El Liberal*, enorme y negra, sobre un fondo de seda blanco; van los recogidos del Hospicio y del Asilo de San Bernardino; los grupos de varias asociaciones; los comerciantes, numerosos; la Academia de la Historia, el Ateneo, el Círculo de Bellas Artes; allí distingo a Núñez de Arce, pálido y como nervioso; ahí va la barbilla canosa de Zapata, junto al músico Bretón; allí Echegaray, con su aire enfermizo y gastado. Ahí el todo Madrid de la celebridad: periodistas, artistas, sabios, académicos. Y el clero, de sobrepelliz, anunciado por la manga de la parroquia, embudo negro y oro. Y ahí va Castelar muerto, en su carroza severa. Todo el mundo se descubre, todo el mundo le da su último saludo. Sobre el féretro no se ve más que un aislado ramito de flores...: ¡es el ramito de la niña del obrero! La guardia de honor sigue, de soldados de la civil. De pronto se oye entre la muchedumbre: «¡Bravo! ¡Bien!» Son los militares, que vienen, a pesar de la mezquindad ministerial. ¡Bravo! ¡Bien! Es el penacho blanco de Martínez Campos, el último gran guerrero, que asiste de toda gala; es Weyler, que viene sin penacho, pero acorazado el pecho de condecoraciones y medallas; Weyler, de fama terrible, pero que hoy se conquista por un momento las simpatías: pequeño, acerado, ceñudo, apretada y reveladora la saliente mandíbula ¡Bien! ¡Bravo! Son los penachos, son los entorchados, son los uniformes de otros tantos generales, de innumerables jefes y oficiales que honran a Castelar a pesar de todo; es la Comisión del Cuerpo de Artillería, que lleva su ofrenda. ¡Bien! ¡Bravo! Es España, la antigua, que aplaude a

las espadas que no han echado en olvido la Hidalguía.
¡Viva España!

Y pasan más comisiones, y los diplomáticos, llenos de oro, entre los cuales resaltan el nuncio y el embajador de China, vestido de seda, con su botón de cristal y su pluma de pavón. Y luego la presidencia del Consejo de ministros, y la Guardia Civil, que cierra la procesión, y detrás aún más gente y más gente. Y el murmullo general se acentúa contra quienes no han sabido honrar la memoria del más grande de los españoles de su época, a quien sus mismos enemigos tienen una palma que ofrecer cuando va camino de la eternidad, a quien no ha habido una sola lengua española que no haya consagrado una palabra de admiración, como al hijo que mejor supo sobre la faz del universo honrar a su madre patria. Y quienes han herido a esa amada patria con rencores inauditos, ante el cadáver de aquel que supo combatirles frente a frente en su vida gloriosa y nobilísima, son los mismos que han contribuido a la desgracia nacional por degenerados o débiles, o ciegos instrumentos de errores y desidias; son los que han vuelto de la derrota con pasmosa frescura y a quienes una voz harto elocuente en el Congreso condenó a ser ahorcados con los fajines de sus uniformes... *Militaribus curis et severitate morum*... ¿No era Castelar tan gran admirador de Tácito?

Siendo la oratoria casi un arte teatral y basado de manera principal en dotes físicas que el tiempo va amimorando poco a poco, el Castelar de los últimos años no era sino el reflejo del de las pasadas victorias. Decía él mismo en un discurso no hace mucho tiempo: «Por esto los oradores se acaban, por la misma razón que se acaban, cuando no hay guerra, los héroes. Por esto nuestra

imaginación se amortigua, nuestro entendimiento se atrofia, las en otros tiempos armoniosas cuerdas bucales marran, el estro lírico pliega sus alas, el acento conmovedor concluye, pues, implacables, la sociedad y la naturaleza destrozan en sus inmensas y complicadas máquinas a todos aquellos seres que ya no les sirven para cosa ninguna y que no han de cumplir fin alguno en el plan histórico de la Providencia.» Pero desde los umbrales de la ciudad oscura podía él volverse y contemplar la obra que queda fuera de aquella que tenía la vida de un eco, basada de manera exclusiva en lo sonoro de su perorar, en lo arrebatador de sus actitudes o en la cascada de sus alientos; es una serie de edificios de maravillosas arquitecturas construidos en su República, sobre sólidos terrenos o sobre montones de arena movediza, o apoyados apenas en el aire en que flotaban los colores y las líneas de su fantasía; o paisajes, frescos, cíclicos de las luchas de pueblos y gobiernos, de ideas y de nombres en el continente europeo, en América, en Asia, en Africa; o cinceladas Alhambras, quioscos de capricho, o preciosas logias que improvisaba por deleite de arte; o la novela, que le resulta vasto poema en prosa, o la historia, que le resulta himno multiplicado, o la semblanza de personaje o boceto de idea, que le resulta oda fascinante; o el gran poema en estrofas de prosa, a ondas o a bloques, métrica ciclópea; o la villa de mármol y de riquezas antiguas que labra con sus recuerdos de Italia, o el monumento, de mármol también, a Byron, y cien estatuas, y mil bustos, y un millón de camafeos, todos al amor de un jardín singular, en donde mueve el viento armoniosos laureles griegos y robustas encinas romanas. Y aquel idealista, aquel optimista, no ha partido contemplando sobre el mundo nubes de color de rosa

que presagien un día de dicha y de tranquilidad; antes bien, muy negros, muy amenazadores nubarrones, mientras se reúnen y deliberan los congregados de la paz en La Haya. Su último artículo, que ha publicado el *Temps*, hace ver a Francia poco favorable a un olvido de sus rencores con Alemania; a Alemania, más militarizada cada día, sin permitir el menor menoscabo en su preponderancia; a Inglaterra y a los Estados Unidos, en un acuerdo táctico para imponer en el globo de hegemonía de los países de lengua inglesa. Y concluye: «El descontento del Gobierno italiano, producido recientemente a consecuencia de sus fracasos diplomáticos en la cuestión de China; las dificultades suscitadas entre Francia e Inglaterra por el Sudán y el Nilo; el aumento de la escuadra inglesa, que ha necesitado una suspensión de la amortización y un déficit de importancia; el cambio de América, que ha modificado su temperamento industrial y trabajador para marchar a la guerra y a la conquista; el reparto de la China, deseado por universales ambiciones; los progresos del ferrocarril ruso en la Mongolia; los conflictos del Transvaal entre la presidencia de Krüger y la dictadura del desequilibrado Napoleón del Cabo; las amenazas contra Portugal y sus colonias; los temores y los espantos, tan fundados como legítimos, de nuestra desgraciada España; la rivalidad de Turquía y de Grecia, de Francia y de Prusia, de Rusia e Inglaterra; los motines en Austria; el movimiento interior que reclama y pide una Alemania más considerable y numerosa que la Alemania actual; los gérmenes de desacuerdo entre las primeras potencias por consecuencia de las extensiones territoriales de sus colonias. Todas estas cosas dicen que después de la Exposición de 1889 no tendremos ni una hora de paz, y ele-

mentos de guerra estarán diseminados y extendidos por todas partes.» Y al finalizar, bendice, a pesar de todo, el congreso de la paz.

En la única, en la eterna en la que todo entra, en la infinita, ha penetrado el prodigioso príncipe de la elocuencia castellana, el estupendo artista de la idea escrita, el predicador de la Libertad. El «canario» de Taine ha volado como un águila. ¿En qué roca celeste se detendrá, para que su alma diamantina y pura, en la libertad de la muerte, tome un rumbo nuevo, bajo el viento de Dios? España le levantará un monumento de mármol y de bronce; su nombre irá resonante por el tiempo como un orbe de oro. Un tiempo quizá llegue en que su espíritu se regocije, desde la sombra de su misterio, al ver florecido en una inesperada primavera su ideal. Figúraos a una ciudad, Walhalla o Jerusalén, de las almas soberanas que giraron por la tierra, actualmente cumpliendo con su misión semidivina, ciudad de héroes, de artistas, de santos, de sabios y de poetas, los genios de la fuerza, los genios de la belleza, los genios del carácter y del corazón, los genios de la voluntad. En un aire de luz cruzarán las ondas de los pensamientos como en una electricidad suprema. La personalidad que subsiste no obstará a una comunidad de gloria ambiente. Pues bien: yo me imagino a nuestro bueno y grande Castelar en el coro magno de esos inmortales sintiendo en un instante del futuro como una voz, que le da al oírlo un nuevo esplendor, una inesperada voz de la tierra, que llega a conmoverle a lo infinito. Será cuando España haya vuelto a alzar la cabeza como en días antiguos, poseída del orgullo de su fuerza nueva, de las palpitaciones de su nueva sangre. Junto a los boscajes de ensueño de esa sublime ciudad, Jerusalén o Walhalla, los

pensadores y los soñadores siguen en progresiva ascensión, construyendo las fábricas de sus cálculos, los palacios de sus fantasías. Me imagino en esa hora del Señor, que el lírico tribuno sonrío al escuchar en lo eterno, del lado de la tierra, del lado de las columnas de Hércules, algo semejante a una salutación y a un trueno: un rugido.

PLATON.—¿Qué es eso?

CASTELAR.—Es mi león.

ANTE LEON XIII

¿ES UNA MADEJA DE SEDA, es una flor, un lirio de cinco pétalos, un viviente lirio pálido, o acaso una pequeña ave de fina pluma? No, ni madeja de seda, ni lirio, ni pájaro delicado: es la mano del pontífice, es la diestra de León XIII, la que acabo de tener entre mis dedos y mi beso sincero se ha posado sobre la gran esmeralda de la esposa que recompensa en una irradiación de infinita esperanza la fe que no han podido borrar de mi espíritu los rudos roces del mundo maligno y la lima de los libros y los ácidos ásperos de nuevas filosofías. Bien haya la mano que me movió de París, para que la casualidad me hiciese estar en Roma en el momento de la llegada de la peregrinación argentina. Nada más misterioso y divino que la casualidad. No pensaba yo alcanzar a conocer al Papa Blanco; creía que cuando llegase a la ciudad ecuménica ya se habría apagado la leve lámpara de alabastro. La lámpara se está apagando, o parece que se apaga, aunque en veces la luz tiene brillos inusitados, como de un sobrenatural aceite, y hace creer en los milagros de la voluntad, que de todas maneras son los milagros de Dios. Es tiempo en que el Año Santo trae a Roma caravanas de creyentes de todo el mundo católico. Lo que a París lleva el placer trae a la Villa Eterna la religión, una incesante corriente humana que se renueva a la continua, corazones fervorosos que animan sangres de diversas razas, labios que rezan en distintas lenguas, ciudadanos de la cosmópolis cristiana que con un mismo aliento proclaman la unidad de la fe en la capital de Pedro y de Pablo. *Civis romanus sum.*

Antes de ver al pontífice de cerca, de besar su mano, de escuchar su voz, le había visto dos veces en San Pedro, una en ceremoniales de beatificación, otra dando la bendición a miles de peregrinos. No fue la primera ocasión la que mayormente conmoviera mi ánimo, con todo y llamar más a lo imaginativo la pompa solemne de los ritos, la música singular bajo las techumbres suntuosas e imponentes de la basílica, las rojas colgaduras que empurpuran la vasta nave central en que el soberbio baldaquino retuerce sus columnas salomónicas, el concurso de altos ministros y príncipes eclesiásticos, y la asamblea de fieles que saluda al emperador de los católicos. Desde Taine la palabra «ópera» se ha escrito muchas veces a este respecto, para que mi lealtad de respetuoso no haya sido perturbada por los inconvenientes que traen la tarea de pensar y el oficio de escribir. La segunda vez fue cuando vi mejor y sentí más hondamente al pálido vicario de Jesucristo.

Hervían las naves de gentes diversas. Peregrinos de varias peregrinaciones lucían en los brazos o en los pechos sus insignias. Religiosos de varios colores circulaban en el inmenso concurso; altos y rubios teutones, de caras macizas, de anchas espaldas, conversaban serios; curas y seminaristas españoles hablaban, se embromaban, bulliciosos; sacerdotes franceses, con ferviente *chauvinisme*, cantaban en alta voz himnos, recomendando especialmente la Francia al Eterno Padre. Gentes de la campaña italiana, con sus vestidos pintorescos, alegraban de vistosas estofas y de curiosas y brillantes orfebrerías la masa compacta, la apretada reunión de correligionarios. Aparecieron los estandartes de los peregrinos, y se oyeron largos aplausos de grupos parciales. Una bandera francesa, que llegó sola, tuvo un general saludo de palmas y aclamaciones.

Allá arriba, sobre el altar, sobre la tumba de Pedro el Pescador, una inscripción latina pide al señor que prolongue la vida de León XIII. Es la petición tácita de todas esas almas reunidas con un mismo fin al abrigo del colosal monumento del Bramante: es la plegaria que en todos los climas de la tierra se eleva de millones de fieles. Las tribunas levantadas alrededor del altar en que ha de oficiarse su santidad están negras de fracs y de mantillas. Se confunden los rostros de todas las edades. Las mantillas cubren cabelleras blancas o decoran cabezas en que se encienden jóvenes ojos amorosos que pugnan por ser severos en la majestad del recinto. De pronto, mientras los franceses continuán con sus cantos, comienza allá por la entrada de la iglesia, por el lado que da a la Puerta de Bronce, entrada del papa, un rumor que crece y se convierte en un claro aplauso; y éste se propaga con un ruido resonante, bajo los dorados artesones basilicales. Han aparecido los guardias suizos: brillan los cascos romanos de la oficialidad, los soldados del uniforme miguelangelesco presentan las alabardas, y una cosa se divisa blanca en marco rojo, una cosa que se va acercando entre explosiones de voces y agitar de pañuelos: es el papa en su silla. Ya está cercano el papa León, ya va a pasar frente a mis ojos. Un grupo de españoles clama sus vivas de manera detonante; un grupo de alemanes hace tronar sus *iboch! iboch! iboch!*, mientras los italianos repiten su conocido *¡E viva il papa re!* Sobre la silla escarlata, de cuando en cuando, se alza, en esfuerzo visible, un dulce fantasma, un ser que no es ya terrestre, poniendo en un solo impulso seguridad de aliento, creando fuerza de la nada; el brazo se agita débil, se desgranán de la mano blanca las bendiciones, como las cuentas de un rosario invisible, como las uvas de

un ramo celeste. Al pasar frente a mí un chorro de sol cae oblicuo y vibrante sobre la misteriosa figura, y puedo ver por primera vez bien, en un baño de luz, al papa León. Cien veces pintado, mil veces descripto, no hay palabras ni colores que hayan dado la sensación de la realidad. Todos se encontraron en lo cierto cuando se sintieron impresionados de blancura. ¿Recordáis el verso: *Qué cosa más blanca?*... Sumad nieves y linos, cisnes y espumas, y juntad palideces de ceras, color suave de pulpas de lirios y de rosas té, y agregad alba transparencia, como de un ámbar eucarístico, y poned la animación de una inexplicable onda vital, y he allí lo que pasó ante mis ojos, bajo la gloria solar, en ese instante. ¿Cómo alienta ese dulce ser fantasmal? ¡Cómo da luz aún la frágil lámpara alabastrina! Y cuando los cantos del ritual comenzaron, y fue el padre santo al altar, ¿qué brazos desconocidos le sostuvieron? ¿Y qué onda sonora puso en su voz la fuerza que hizo esparcir su canto por las naves inmensas, de manera tal que no se creería brotase de ese cuerpo de paloma? Cuando volvió, otra tempestad de entusiasmo se desencadenó a su presencia. Vi a mi alrededor barbas de plata y mejillas frescas, húmedas de las más puras lágrimas. El pontífice no tenía la constelada tiara tres veces regia, no llevaba a su lado los flabeles orientales. Sencillo pasó en su roja portantina como una perla en un pétalo de rosa. Y se desvaneció a mis ojos, como en un sueño. La tercera vez...

La tercera vez, agregado a la peregrinación argentina, pude estar por dos ocasiones, gracias al obispo monseñor Romero, amable de toda amabilidad, delante del pontífice. Muy temprano, por la mañana, el peluquero me había encontrado algunas canas nuevas; yo en cambio, ¿por qué no decirlo? sentía en el corazón y en la ca-

beza mucho de lo que hubiera el día de la primera cita de amor, y de la publicación del primer libro. Se despertaba en el fondo de mi ser como un perfume de primera juventud; y todas las lecturas y todas las opiniones no pudieron poner el más ligero vaho empañador en esas horas cristalinas. El viejo feo de Zola, el avaro de los decires de antecámara, el sinuoso ajesuitado o jesuita del todo, el contemporizador con la democracia moderna, el papa de los periódicos, desapareció, se borró por completo de mi memoria, para dar lugar al papa columbino, al viejecito sagrado que representa veinte siglos de cristianismo, al restaurador de la filosofía tomística, al pastor blanco de la suave sonrisa, al anciano paternal y al poeta.

A las once era la cita, y, presididos por monseñor, fuimos, demás está decirlo, puntuales. Nuestra insignia azul y blanca en el pecho, nuestras tarjetas, rojas o moradas, en la mano, subimos las escaleras vaticanas, pasamos por la Puerta de Bronce y penetramos en la Sala Clementina, guardada por suizos, en donde habíamos de recibir la personal bendición. La Sala Clementina, ¿recordáis? Es aquella que vio Pedro Froment en la novela. «Esta sala Clementina, inmensa, parecía sin límites, a esa hora, en la claridad crepuscular de las lámparas. La decoración tan rica, esculturas, pinturas, dorados, se esfumaban, no era sino una vaga aparición flava, muros de ensueño, en que dormían reflejos de joyas y pedrerías. Y por otra parte, ni un mueble, el pavimento sin fin, una soledad alargada, perdiéndose en el fondo de las semiti-neblas... El se contentó con mirar a su alrededor, evocando las muchedumbres que habían poblado esa sala. Hoy aún, era la sala accesible a todos, y que todos debían atravesar, simplemente una sala de guardias, llena

siempre de un tumulto de pasos, de idas y venidas innumerables. ¡Pero qué muerte gravitante, desde que la noche la había invadido, y cómo estaba desesperada y cansada de haber visto desfilar tantas cosas y tantos seres!» No tuve la impresión de Pedro. Al contrario, invadida por la luz que entraba por las ventanas laterales, la sala extensísima y severa parecía dar la bienvenida. Las figuras de los frescos en sus posiciones, en sus énfasis simbólicos, la Justicia, la Fe, las escenas de la entrada, la gloria del Santo Espíritu en el cuadro del fondo, y sobre nuestras frentes en el vasto plafón, los brazos abiertos del pontífice que asciende al empíreo sostenido por el apoyo de los ángeles, decían felices augurios, daban confortantes pensamientos. Sí, el papa Clemente era un buen introductor ante el papa León. Este debía pasar, dentro de poco, detenerse con nosotros, para ir luego a bendecir en la basílica a otros miles de peregrinos de distintos puntos de la tierra. Mientras un maestro de ceremonias nos coloca en el orden usual y monseñor Romero entra a los salones interiores en compañía de otro prelado, observo. A la entrada de la sala dos alabarderos guardan la puerta, y al extremo opuesto una escolta de ese vistoso y arcaico cuerpo aguarda el instante de los honores.

Circulan, pasan de un punto a otro, rojos *bussolanti*. Un franciscano joven, de rostro noble e inteligente, sale de lo interior y da algunas órdenes. Tengo la suerte de que mi nombre haya llegado a sus oídos, y me sorprende su inesperada afabilidad. Es el secretario del cardenal Vives. Los argentinos son divididos en dos grupos. A un lado los sacerdotes, a otro los laicos. Los rostros, casi todos, revelan una indudable creencia en la extrahumanidad del varón apostólico que ha de aparecer a nuestra

vista dentro de cortos instantes; algunos, ciertamente, reflejan como la preconcebida esperanza de un espectáculo de profana teatralidad. Las señoras, desde luego, todas, damas altas, y modestas, todas, sin excepción, manifiestan la gracia de una fe sin reservas. Por otra parte, con sus sencillos y negros trajes y tocados, todas parecen iguales: y allá en lo invisible y supremo, el hijo del Carpintero que también era de la raza de David, no hace diferencia entre esos millones y aquellos pobres pesos que atravesaron el mar. Un golpe de alabarda en tierra, una voz, la guardia se forma. Es un cardenal que pasa. Conversamos en el grupo de la prensa. Hay, únicos y vistosos, dos fracs coloreados de condecoraciones. Un fotógrafo prepara su máquina, que ha de resultar inútil. Tras largo esperar, se oye un rumor, un ruido de pasos, la guardia se forma, presenta las armas. Cascos romanos crestados de oro, antiguas gorgueras y jubones, espadas desnudas, cardenales, obispos y una roja silla de manos que se coloca en tierra. Entre la roja silla de manos, semejante a una joya en un estuche está León XIII. Las guardias le forman cuadro. El besamanos comienza. Hay que detenerse tan sólo unos cuantos segundos, pues somos muchos. Monseñor Romero, al lado de la silla de manos, hace las presentaciones. Mientras me toca mi turno puedo ver bien al Padre Santo. No, no hay ningún retrato que se le parezca, ni el reciente que acabo de ver en París, de Benjamín Constant, y que está señalado como una obra maestra. ¿Quién ha sido el *farceur* que vio en esta boca grande, de labios finos y bondadosos, la sonrisa de Voltaire? La cabeza es vivaz, de una vivacidad infantil que se juntara a la extrema vejez; la frente hermosa bien moldeada, bajo los cabellos blanquísimos y solideo de nieve; los ojos son oscuros y

brillantes, pero no los escrutadores diamantes negros de Zola, sino dos luces anunciadoras de interiores iluminaciones; las orejas grandes, transparentes, como la nariz, de dignidad gentilicia; y el cuello lillal, que sostiene apenas el globo del cráneo; el cuerpo delgado, de delicadeza inverosímil. Cuando estuve frente a frente a darle el beso de respeto, vi la mano, toqué esa increíble mano papal, sobre la que brilla la enorme esmeralda de la esposa, esa mano que me parecía una madeja de seda, o una flor, un lirio de cinco pétalos, un viviente lirio pálido, o acaso una pequeña ave de fina pluma. Y la mirada de los ojos, casi extraterrestre, y la voz que se escapaba de aquel cuerpo frágil, de aquella carne de Sevres, daban la idea de un hilo milagroso que sostuviese por virtud de prodigio el peso vital. ¿Cómo esta pasta sutil no se quiebra al menor soplo de aire, al menor estremecimiento de los nervios? ¿Cómo esa hebra tan leve como un hilo de la Virgen no se rompe a la más insignificante impresión, y resiste no obstante a la continua corriente de tantos inviernos, a la palpitación del orbe católico que tiende al blanco Pastor, a la tarea física que cansaría a un hombre robusto, de levantar el brazo, ese pobre brazo senil, en la impartición de miles y miles de bendiciones? Una niña pasó, besó a su vez la mano; el Papa le sonrió como otro niño; quiso hacerle una caricia, y la criollita, asustada, se escapó veloz. Alzaron la silla; la escolta, los caballeros palatinos, los dignatarios áulicos se pusieron en marcha hacia San Pedro.

Un aire de veneración flotaba sobre aquel triunfo tranquilo cuando los vivas estallaron —inútiles, insólitos—. ¡Nuestro silencio estaba lleno de tantas cosas en aquel instante! De mí diré que viví por un momento en un mundo de recuerdos. Era la infancia de músicas y

rosas, la lejana infancia, en que el alma nueva y libre parecía volar ágil como un pájaro de encanto entre los árboles del Paraíso. Eran las viejas campanas de la iglesia llamando a misa; la ropa dominical, sacada de los muebles de alcanfor, la ida a la catedral al claror del alba, la salida en plena luz matutina, la dulzura de la casa pacífica, la buena abuela y sus responsorios, la imagen de la Virgen venida de Roma, el cura que iba a jugar tresillo, y el granado en flor bajo el cual los labios adolescentes supieron lo que era el primer beso de los labios de la prima rubia: porque el primer tiempo de la fe era también el primer tiempo del amor. Y era la Semana Santa, con sus ceremonias simbólicas, con sus procesiones alegres como fiestas nupciales, con el entierro del Viernes Santo, a que las mujeres asistían vestidas de luto, y en que los canónigos me atraían con sus largas caudas violetas; el *lignum crucis*, llevado en la noche al son de tristes trompetas que rompían la sombra en el silencio del negro firmamento. Y eran aquellos mis años primeros, en la amistad de los jesuitas, en el convento silencioso o en la capilla florida de cirios, en que mi mente juzgaba posibles las palmas de los Gonzagas, los nimbos de los Estanislao. Entonces se abrieron a la aurora los primeros sueños, entonces se rimaron las primeras estrofas. Y la memoria de los sentidos me despertaba ahora la sensación de las cosas pasadas, ya perdidas en lo largo del tiempo. Visión de lámparas rituales, de velas profusas, de altares decorados en que estaban en su inmovilidad de ídolos los simulacros de las vírgenes y de los santos; colores y pedrerías y oros de casullas, negras siluetas de sacerdotes que se perdían en lo obscuro de las naves, o a lo largo de los complicados corredores del convento; olor de la cera, del incienso, de las flores na-

turales que se colocaban delante de las imágenes, olor de los hábitos del padre confesor, olor de la cajita de rapé de aquel anciano encorvado, de aquel anciano santo que me colmaba de consejos y de medallas y cuyo nombre de ave inocente le venía tan bien... ¡Pobre padre Tortolini!

Cuando León XIII retornó de San Pedro, otro grupo de los peregrinos debía recibir la bendición, volví a verle otra vez. Estaba más pálido aún si cabe: parecía que hiciese con más dificultad los movimientos de la cabeza y del brazo. Me temo que el doctor Lapponi no consienta dentro de poco la repetición de estas audiencias, de estas idas y venidas a la basílica. ¡Quién sabe si algún día de estos el milagro cesa, el prodigio tiene fin, y esa vida rara, así como un cáliz de Murano, al fino aliento del aire, cruje, se quiebra, se deshace!

Vuelvo a contemplar sus ojos que brillan en un fuego amable, su sonrisa un poco triste, un poco fatigada, su mano que da todavía una última bendición.

Y se lo llevan, con el mismo ceremonial de la venida. Cascos romanos crestados de oro, suizos con su uniforme rojo, negro y amarillo, alabardas, espadas desnudas, collares, gorgueras, jubones, como en los cuadros, como en las tablas. Rumor de gentes. Silencio. Pasó.

: Ah, la Pálida anda rondando por el palacio; la *camarde* está impaciente por entrar en el Vaticano, y hacer que el martillo de plata del cardenal Camarlengo toque la frente de Joaquín. Y el anciano siente sus vueltas, su revuelo, el ruido metálico de la hoz, lista como en el fresco de Orcagna. Y repetirá sus propios versos, el tiarado poeta:

Quanto all' orecchio mio suona soave
 Ate, madre Maria ripeter Ave!
 Ripeter Ave e dirti, ó madre pía,
 E a me dolce e ineffabile armonia.
 Delizia, casto amor, buona speranza
 Tale tu sé, ch'ogni desire avanza
 Quanto spirto, m'assal maligno e inmondo,
 Quando d'ambascie piú m'opprime il pondo,
 E l'affano del cor si fa piú crudo,
 Tu mio conforto, mia difesa e scudo
 Se a me, tuo figlio, apri il materno seno,
 Fuggi ogni nube, il ciel si fa sereno.
 Ma gia morte s'appressa: deh! in quell'ora,
 Madre, m'aiuta: lene, lene allora
 Quando l'ultimo di ne disfaville.
 Con la man chiudi le stanche pupille;
 E conquiso il demon che intorno rugge,
 Cupidamente, all'anima che fugge
 Tu pietosa, ó Maria, l'ala distendi;
 Ratto la leva al cielo, a Dio la rendi.

Estas notas que rememoran en lo moderno la plegaria rimada del más católico y desgraciado de los poetas, y en lo antiguo el fervoroso y armonioso Jacopone da Todi, os harán recordar que el pastor de los corderos de Jesucristo es también árcaide en las praderas de Apolo. Nada más hermoso que esos luchadores provec-tos de Dios o de los pueblos; favorecidos por el numen, en los resplandores de su ocaso, en los años de las tranquilas nieves, guardan el culto de la belleza, la pasión generosa del arte, y conciertan sus números, cultivando las flores perennes, las rosas que no mueren, el amor siempre fecundo y sano de la lira. Me he imaginado en-

contrar al Padre Santo, en una mañana de las calendas de mayo, rejuvenecido, sonriente siempre, poseído en esos instantes de su *deus* olímpico, del que le ha hecho manejar vibrantemente las cuerdas de su lírico instrumento, de manera que los pies de sus hexámetros han golpeado el sagrado suelo latino, al mismo son y compás con que galopan las cuadrigas magníficas de Horacio. El pontífice me acoge, y, puesto el pegaso a pacer, le digo, poco más o menos, mientras los lirios nos inciensan con sus incensarios y los jazmines llueven sus estrellas de nieve, y los gorriones forman conciliábulos entre las copas de los pinos: Beatísimo padre y querido colega, ¿os repetiré una cosa que sabéis tanto como yo, y que os diría en sabios dáctilos y flamantísimos espondeos, si supiese tanto latín como vos? El cielo es azul, la primavera avanza gentil, con su cortejo florido como en la pintura de Sandro; la tierra palpita, al canto del agua y al fulgor solar; alabemos al Señor. Frate Sole nos envía su saludo, nuestra hermana la rosa su mensaje, nuestra hermana la mujer su sonrisa; alabemos al señor. Os habéis mezclado a las luchas de los hombres; cuando vuestros rebaños han empezado a topetazos, habéis intervenido con el cayado, y habéis hecho bien. Habéis enviado, como águilas de paz, vuestras encíclicas, a revolar sobre el mundo. Sois divino, habéis sido sacerdotal, *sacerdos magnus*; sois humano, habéis sido hábil. Para lo uno profundizásteis la teología; para lo otro os ejercitásteis en la diplomacia. Habéis mostrado a los pueblos que estáis con ellos y a los reyes indicado el camino. ¿Acaso ha dicho a vuestro oído, el rumor del porvenir, lo que se acerca; acaso *Lumen in coelo*, sabéis lo que anuncian los signos de hoy, para cuando aparezca el sol en su alba roja el día de mañana? Padre Santo, Pedro Froment no dejaba de te-

ner razón. La palabra *de conditione opificum* ha pasado sobre la cabeza de los de abajo, que muy pocos han sentido su benéfica influencia, bajo la opresión.

Habéis señalado más de una vez el camino probable de la verdad, habéis hecho lo posible por evitar guerras y desconciertos. Habéis tenido que ver con los cancilleres y con los embajadores, con el señor de Bismarck y con el señor de Cánovas, y con el señor Hanotaux y con el señor de Giers. Querido colega, Maron es mejor. ¡Oh pontífice poeta! En vuestra tiara está Marbodio, a vuestra izquierda Minucio, a vuestra derecha Gregorio; y cuando decís la misa hacéis comulgar a las nueve musas, mientras la misma infecundidad florece en blancos ramilletes de cánticos en los coros de la Sixtina. Habitáis el más maravilloso de los palacios; allí al lado de la fe ha tenido siempre su mansión el arte. Gloria sea dada a los papas que se rodearon de pintores, escultores, de orífices, a los que protegieron y amaron a los poetas y a los que como aquel Eneas Silvio Piccolomini y vos mismo, juntaron a la triple corona pontificia la corona de laurel y pusieron en su vaso de oro el agua castalia. Sois filósofo, y volando sobre lo moderno habéis ascendido a la fuente de la *Summa*; sois teólogo, y en vuestras pastorales dais la esencia de vuestro pensamiento caldeado por las lenguas de fuego del Santo Espíritu; sois justo, y desde vuestro altísimo trono dais a cada cual lo que es suyo, aun cuando con el César no andéis en las mejores relaciones; sois poeta y discurriendo y cantando en hexámetros latinos y en endecasílabos italianos, habéis alabado a Dios y su potencia y gracia sobre la tierra.

Allí, en vuestro palacio, en la Stanza de la Segnatura, Rafael, a quien llaman el divino, ha pintado cuatro figuras que encierran los puntos cardinales de vuestro

espíritu. La Filosofía, grave, sobre las cosas de la tierra, muestra su mirada penetradora y su actitud noble; la Justicia, en la severidad de su significación, es la maestra de la armonía; la Teología sobre su nube, está vestida de caridad, de fe y de esperanza; mas la Poesía parece como que en sí encerrase lo que une lo visible y lo invisible, la virtud del cielo y la belleza de la tierra; y así, cuando vayáis a tocar a las puertas de la eternidad, no dejará ella de acompañaros, y de conducirlos, en la ciudad paradisíaca al jardín en donde suelen recrearse Cecilia y Beatriz, y a donde, de seguro, no entran los que tan solamente fueron justos. Y León XIII sonreía, con una sonrisa más alegre que su habitual sonrisa, y los gorriones y las abejas del jardín me daban la razón. Los chorros de agua se encorvaban en arcos diamantinos, sobre las conchas marmóreas, en las pilas sonoras, reventaban las espumas irizadas; la sacra naturaleza en una vibración invisible pugnaba por manifestar el misterio de su corazón profundo; y al lado de León vi como un coro hermosísimo de Horas, que llevaban en las manos flautas y cistros. Y Jesucristo pasaba por los azules aires, como en un carro triunfal, no un Jesucristo de pasión, sino de transfiguración, un divino Musagetes, fuerte y soberbio como el del juicio de Miguel Angel, crinado de oro augusto en su magnificencia. Y volví a decir: Beatísimo padre: la religión y el arte deben ir juntos en el servicio del Eterno Padre. Ved las viñas frescas, tendiendo sus ramos al sol; las ramas de los olivos parecen, al soplo del viento, armónicos metales; bajo los ramajes ríen las niñas; la luz vivaz se esparce sobre el Tíber taciturno. Las naciones aguardan la venida de la incommovible paz; los hombres quieren por fin, ser redimidos del sufrimiento, y es hora ya de que Dios haga que resuenen juntos nuevos salmos y nuevas arpas. Y él a mí:—¡Alabemos al Señor!

JOSE MARTI

EL FÚNEBRE CORTEJO de Wagner exigiría los truenos solemnes del *Tannhauser*; para acompañar a su sepulcro a un dulce poeta bucólico irían, como en los bajorrelieves, flautistas que hiciesen lamentarse a sus melodiosas dobles flautas; para los instantes en que se quemase el cuerpo de Melesígenes, vibrantes coros de lirás; para acompañar —¡oh, permitid que diga su nombre delante de la gran sombra épica; de todos modos, malignas sonrisas que podáis aparecer, ya está muerto!...—; para acompañar, americanos todos que habláis idioma español, el entierro de José Martí necesitaríase su propia lengua, su órgano prodigioso lleno de innumerables registros, sus potentes coros verbales, sus trompas de oro, sus cuerdas quejosas, sus oboes sollozantes, sus flautas, sus tímpanos, sus lirás, sus sistros. ¡Sí, americanos: hay que decir quién fue aquel grande que ha caído! Quien escribe estas líneas, que salen atropelladas de corazón y de cerebro, no es de los que creen en las riquezas existentes de América... Somos muy pobres... Tan pobres, que nuestros espíritus, si no viniese el alimento extranjero, se morirían de hambre. ¡Debemos llorar mucho, por esto, al que ha caído! Quien murió allá, en Cuba, era de lo mejor, de lo poco que tenemos nosotros los pobres; era millonario y dadivoso; vaciaba su riqueza a cada instante, y como por la magia del cuento, siempre quedaba rico; hay entre los enormes volúmenes de la colección de *La Nación* tanto de su metal fino y piedras preciosas, que podría sacarse de allí la mejor y más rica estatua. Antes que nadie, Martí hizo admirar el secreto

de las fuentes luminosas. Nunca la lengua nuestra tuvo mejores tintas, caprichos y bizarrías. Sobre el Niágara castelariano, milagrosos iris de América. ¡Y qué gracia tan ágil, y qué fuerza natural tan sostenida y magnífica!

Otra verdad aún, aunque pese más al asombro sonriente: eso que se llama el genio, fruto tan solamente de árboles centenarios; ese majestuoso fenómeno del intelecto elevado a su mayor potencia, alta maravilla creadora; el genio, en fin, que no ha tenido aún nacimiento en nuestras repúblicas, ha intentado aparecer dos veces en América: la primera, en un hombre ilustre de esta tierra; la segunda, en José Martí. Y no era Martí, como pudiera creerse, de los semigenios de que habla Mendès, incapaces de comunicar con los hombres porque sus alas los levantan sobre la cabeza de éstos, e incapaces de subir hasta los dioses porque el vigor no les alcanza y aún tiene fuerza la tierra para atraerlos. El cubano era «un hombre». Más aún: era como debería ser el verdadero superhombre: grande y viril, poseído del secreto de su excelencia, en comunión con Dios y con la Naturaleza.

En comunión con Dios vivía el hombre de corazón suave e inmenso; aquel hombre que aborreció el mal y el dolor; aquel amable león de pecho columbino, que, pudiendo desjarretar, aplastar, herir, morder, desgarrar, fue siempre seda y miel, hasta con sus enemigos. Y estaba en comunión con Dios, habiendo ascendido hasta El por la más firme y segura de las escalas: la escala del Dolor. La piedad tenía en su ser un templo; por ella diríase que siguió su alma los cuatro ríos de que habla Rusbrock *el Admirable*: el río que asciende, que conduce a la divina altura; el que lleva a la compasión por las almas cautivas; los otros dos que envuelven todas las mi-

serias y pesadumbres del herido y perdido rebaño humano. Subió a Dios por la compasión y por el dolor. ¡Padeció mucho Martí! Desde las tónicas consumidoras, del temperamento y la enfermedad, hasta la inmensa pena del señalado que se siente desconocido, entre la general estolidez ambiente; y, por último, desbordante de amor y de patriótica locura, consagróse a seguir una triste estrella: ¡la estrella solitaria de la isla, estrella engañosa, que llevó a ese desventurado rey mago a caer de pronto en la más negra muerte!

¡Los tambores de la mediocridad, los clarines del patriotismo tocarán dianas celebrando la gloria política del Apolo, armado de espada y pistolas, que ha caído, dando su vida preciosa para la Humanidad y para el Arte y para el verdadero triunfo futuro de América, combatiendo entre el negro Guillermón y el general Martínez Campos!

¡Oh Cuba! Eres muy bella, ciertamente, y hacen gloriosa obra los hijos tuyos que luchan porque te quieren libre; y bien hace el español de no dar paz a la mano por temor de perderte, Cuba admirable y rica y cien veces bendecida por mi lengua; mas la sangre de Martí no te pertenecía: pertenecía a toda una raza, a todo un continente; pertenecía a una briosa juventud, que pierde en él quizá al primero de sus maestros; ¡pertenecía al porvenir!

Cuando Cuba se desangró en la primera guerra, la guerra de Céspedes; cuando el esfuerzo de los deseosos de libertad no tuvo más fruto que muertes e incendios y carnicerías, gran parte de la intelectualidad cubana partió al destierro. Muchos de los mejores se expatriaron, discípulos de don José de la Luz: poetas, pensadores, educadores. Aquel destierro todavía dura para algunos

que no han dejado sus huesos en patria ajena o no han vuelto ahora a la manigua. José Joaquín Palma, que salió a la edad de Lohengrin con una barba rubia como la de él, y gallardo como sobre el cisne de su poesía, después de arrullar sus décimas «a la estrella solitaria» de república en república, vio nevar en su barba de oro, siempre con ansias de volver a su Bayamo, de donde salió al campo a pelear después de quemar su casa. Tomás Estrada Palma, pariente del poeta, varón probo, discreto y lleno de luces, y hoy elegido presidente de los revolucionarios, vivió de maestro de escuela en la lejana Honduras; Antonio Zambrana, orador de fama justa en las repúblicas del Norte, que a punto estuvo de ir a las Cortes, en donde habría honrado a los americanos, se refugió en Costa Rica, y allí abrió su estudio de abogado; Eizaguirre fue a Guatemala; el poeta Sellén, el celebrado traductor de Heine, y su hermano, otro poeta, fueron a Nueva York a hacer almanaques para las píldoras de Lamman y Kemp, si no mienten los decires; Martí, el gran Martí andaba de tierra en tierra, aquí en tristezas, allá en los abominables cuidados de las pequeñas miserias de la falta de oro en suelo extranjero; ya triunfando, porque a la postre la garra es garra y se impone, ya padeciendo las consecuencias de su antagonismo con la imbecilidad humana; periodista, profesor, orador; gastando el cuerpo y sangrando el alma; derrochando las esplendideces de su interior en lugares en donde jamás se podría saber el valor del altísimo ingenio y se le infligiría además el baldón del elogio de los ignorantes, tuvo en cambio, grandes gozos: la comprensión de su vuelo por los raros, que le conocían hondamente; el satisfactorio aborrecimiento de los tontos; la acogida que *l'élite* de la prensa americana —en Buenos Aires

y México— tuvo para sus correspondencias y artículos de colaboración.

Anduvo, pues, de país en país, y por fin, después de una permanencia en Centroamérica, partió a Nueva York.

Allá, en aquella ciclópea ciudad, fue aquel caballero del pensamiento a trabajar y a bregar más que nunca. Desalentado, él, tan grande y tan fuerte, ¡Dios mío!, desalentado en sus ensueños de arte, remachó con triples clavos dentro de su cráneo la imagen de su estrella solitaria, y dando tiempo al tiempo, se puso a forjar armas para la guerra a golpe de palabras y a fuego de idea. Paciencia, la tenía; esperaba y veía como una vaga fatamorgana su soñada Cuba libre. Trabajaba de casa en casa, en los muchos hogares de gentes de Cuba que en Nueva York existen; no desdeñaba al humilde: al humilde le hablaba como un buen hermano mayor aquel sereno e indomable carácter, aquel luchador que hubiera hablado como Elciis, los cuatro días seguidos, delante del poderoso Otón rodeado de reyes.

Su labor aumentaba de instante en instante, como si activase más la savia de su energía aquel inmenso hervor metropolitano. Y visitando al doctor de la Quinta Avenida, al corredor de la Bolsa, y al periodista, y al alto empleado de La Equitativa, y al cigarrero, y al negro marinero, a todos los cubanos neoyorquinos, para no dejar apagar el fuego, para mantener el deseo de guerra; luchando aún con más o menos claras rivalidades, pero, es lo cierto, querido y admirado de todos los suyos, tenía que vivir, tenía que trabajar; entonces eran aquellas cascadas literarias que a estas columnas venían y otras que iban a diarios de México y Venezuela. No hay duda de que ese tiempo fue el más hermoso tiempo de José

Martí. Entonces fue cuando se mostró su personalidad intelectual más bellamente. En aquellas kilométricas epístolas, si apartáis alguna que otra ramazón sin flor o fruto, hallaréis en el fondo, en lo macizo del terreno, regentes y ko-hinoores.

Allí aparecía Martí pensador, Martí filósofo, Martí pintor, Martí músico, Martí poeta siempre. Con una magia incomparable hacía ver unos Estados Unidos vivos y palpitantes, con su sol y sus almas. Aquella nación colosal, la sabana de antaño, presentaba en sus columnas, a cada correo de Nueva York, espesas inundaciones de tinta. Los Estados Unidos de Bourget deleitan y divierten; los Estados Unidos de Groussac hacen pensar; los Estados Unidos de Martí son estupendo y encantador diorama, que casi se diría aumenta el color de la visión real. Mi memoria se pierde en aquella montaña de imágenes pero bien recuerdo un Grant marcial y un Sherman heroico, que no los he visto más bellos en otra parte; una llegada de héroes del Polo; un puente de Brooklyn literario igual al de hierro; una hercúlea descripción de una exposición agrícola, vasta como los establos de Augías; unas primaveras floridas y unos veranos, ¡oh, sí!, mejores que los naturales; unos indios *siox* que hablaban en lengua de Martí, como si Manitu mismo los inspirase; unas nevadas que daban frío verdadero, y un Walt Whitman patriarcal, prestigioso, líricamente augusto, antes, mucho antes de que Francia conociera por Sarrazin al bíblico autor de las *Hojas de hierba*.

Y cuando el famoso Congreso panamericano, sus cartas fueron sencillamente un libro. En aquellas correspondencias hablaba de los peligros del yanqui, de los ojos cuidadosos que debía tener la América Latina

respecto a la hermana mayor, y del fondo de aquella frase que una boca argentina opuso a la frase de Monroe.

*

Era Martí de temperamento nervioso, delgado, de ojos vivaces y bondadosos. Su palabra, suave y delicada en el trato familiar, cambiaba su raso y blandura en la tribuna por los violentos cobres oratorios. Era orador, y orador de gran influencia. Arrastraba muchedumbres. Su vida fue un combate. Era blandilocuo y cortesísimo con las damas; las cubanas de Nueva York teníanle en justo aprecio y cariño, y una Sociedad femenina había que llevaba su nombre.

Su cultura era proverbial; su honra intacta y cristalina; quien se acercó a él se retiró queriéndole.

Y era poeta, y hacía versos.

Sí; aquel prosista que, siempre fiel a la Castalia clásica, se abrevó en ella todos los días, al propio tiempo que por su constante comunión con todo lo moderno y su saber universal y polígloto, formaba su manera especial y peculiarísima, mezclando en su estilo a Saavedra Fajardo con Gautier, con Goncourt —con el que gustéis, pues de todo tiene—; usando a la continua del hipérbaton inglés, lanzando a escape sus cuadrigas de metáforas, retorciendo sus espirales de figuras; pintando, ya con minucia de prerrafaelista las más pequeñas hojas del paisaje, ya a manchas, a pinceladas súbitas, a golpes de espátula, dando vida a las figuras; aquel fuerte cazador hacía versos, y casi siempre versos pequeñitos, versos sencillos —¿no se llamaba así un librito de ellos?—, versos de tristezas patrióticas, de duelos de amor, ricos de rima o armonizados siempre con tacto; una primera y

rara colección está dedicada a un hijo, a quien adoró y a quien perdió por siempre: «Ismaelillo».

Los *Versos sencillos*, publicados en Nueva York, en linda edición, en forma de eucologio, tienen verdaderas joyas. Otros versos hay, y entre los más bellos, «Los zapatos de rosa». Creo que, como Banville la palabra «lira», y Leconte de Lisle la palabra «negro», Martí, la que más ha empleado es «rosa».

Recordemos algunas rimas del infortunado:

I

*¡Oh mi vida que en la cumbre
del Ajusco bogar buscó,
y tan fría se moría,
que en la cumbre halló calor!
¡Oh los ojos de la virgen
que me vieron una vez;
y mi vida estremecida
en la cumbre volvió a arder!*

II

*Entró la niña en el bosque
del brazo de su galán,
y se oyó un beso, otro beso,
y no se oyó nada más.*

*Una hora en el bosque estuvo,
salió al fin su galán:
se oyó un sollozo; un sollozo,
y después no se oyó más.*

III

*En la falda del Turquino,
la esmeralda del camino
los incita a descansar:
el amante campesino
en la falda del Turquino
canta bien y sabe amar.*

*Guajirilla ruborosa,
la mejilla tinta en rosa
bien pudiera denunciar
que en la plástica sabrosa,
guajirilla ruborosa,
callar fue mejor que hablar.*

IV

*Allá en la sombría,
solemne Alameda,
un ruido que pasa,
una hoja que rueda,
parece al malvado
gigante que alzado
el brazo le estruja,
la mano le oprime,
y el cuello le estrecha,
y el alma le pide,
y es ruido que pasa,
y es hoja que rueda;
allá en la sombría,
callada, vacía,
solemne Alameda...*

V

—¡Un beso!
 —¡Espera!
*Aquel día
 al despedirse se amaron.*

*

—¡Un beso!
 —Toma.
*Aquel día
 al despedirse lloraron.*

VI

*La del pañuelo de rosa,
 la de los ojos muy negros,
 no hay negro como tus ojos
 ni rosa cual tu pañuelo.*

*La de promesa vendida,
 la de los ojos tan negros,
 más negras son que tus ojos
 las promesas de tu pecho.*

Y este primoroso juguete:

*De tela blanca y rosada
 tiene Rosa un delantal,
 y a la margen de la puerta,
 casi, casi en el umbral,
 un rosal de rosas blancas
 y de rojas un rosal.*

Una hermana tiene Rosa

*que tres años besó abril;
y le piden rojas flores,
y la niña va al pensil,
y al rosal de rosas blancas,
blancas rosas va a pedir.*

*Y esta hermana caprichosa
que a las rosas nunca va,
cuando Rosa juega y vuelve
en el juego el delantal,
si ve el blanco abraza a Rosa,
si ve el rojo da en llorar.*

*Y si pasa caprichosa
por delante del rosal,
flores blancas pone a Rosa
en el blanco delantal.*

Un libro, la obra escogida del ilustre escritor, debe ser idea de sus amigos y discípulos.

Nadie podría iniciar la práctica de tal pensamiento como el que fue, no solamente discípulo querido, sino amigo del alma, el paje, o más bien «el hijo», de Martí: Gonzalo de Quesada, el que le acompañó siempre, leal y cariñoso, en trabajos y propagandas, allá en Nueva York y Cayo Hueso y Tampa. ¡Pero quién sabe si el pobre Gonzalo de Quesada, alma viril y ardorosa, no ha acompañado al jefe también en la muerte!

Los niños de América tuvieron en el corazón de Martí predilección y amor.

Queda un periódico único en su género: los pocos números de un periódico que redactó especialmente para los niños. Hay en uno de ellos un retrato de San

Martín que es obra maestra. Quedan también la colección de *Patria* y varias obras vertidas del inglés; pero todo eso es lo menor de la obra literaria que servirá en lo futuro.

Y ahora, maestro y autor y amigo, perdona que te guardemos rencor los que te amábamos y admirábamos, por haber ido a exponer y a perder el tesoro de tu talento. Ya sabrá el mundo lo que tú eras, pues la justicia de Dios es infinita y señala a cada cual su legítima gloria. Martínez Campos, que ha ordenado exponer tu cadáver, sigue leyendo sus dos autores preferidos: Cervantes y Ohnet. Cuba quizá tarde en cumplir contigo como debe. La juventud americana te saluda y te llora; pero, ¡oh maestro!, ¿qué has hecho?...

Y paréceme que con aquella voz suya, amable y bondadosa, me reprende, adorador como fue hasta la muerte del ídolo luminoso y terrible de la patria, y me habla del sueño en que viera a los héroes: las manos, de piedra; los ojos, de piedra; los labios, de piedra; las barbas, de piedra; la espada, de piedra...

Y que repite luego el voto del verso:

*¡Yo quiero, cuando me muera,
sin patria, pero sin amo,
tener en mi losa un ramo
de flores y una bandera!*

LEOPOLDO LUGONES

HE VISTO LOS COMIENZOS de este otro y americano *Spectacle magnifique*. Enorme suma de condiciones geniales, apoyadas por la más potente y sana voluntad. Encontrábame en lo vivo de mi sabida campaña intelectual, en la querida gran ciudad de Buenos Aires, cuando un día se presentó en nuestra vibradora hermandad del Ateneo un joven que al mostrar sus credenciales rimadas, fue considerado ya triunfante. ¡Un astro!, nos comunicamos todos, con el gentil entusiasmo que allí animaba a coetáneos y menores. Nuestra unanimidad vaticinó cosas grandes. Para saludar tal orto escogí la más sonante y dorada de mis trompetas. Y todas las previsiones tenidas se han ido cumpliendo. La obra de Leopoldo Lugones es, según la expresión de uno de sus críticos, «vasta y bella como una creación natural», o bien, «como una vasta serie panorámica de montañas». En verdad, las que han atraído mayormente en esa encantada cordillera son, por el brillo de sus cumbres, por la riqueza de sus entrañas, por más de un misterio cabalístico o miliunanochesco, *Las montañas del oro*. Fijaos bien en las otras alturas: hay amontonamientos de rocas, entre las cuales, históricas ruinas; hay colinas fértiles, con pequeñas ciudades, jardines y quioscos de arte; hay aglomeraciones de fábricas con chimeneas, y casas de veinte pisos, como las de los yanquis; hay intrincadas y sabias arquitecturas, y abajo, la extensa pampa con sus bíblicos ganados. Pero *Las montañas del oro*, que conocen bien tan solo los simbades del castellano, montañas que consagrará la primavera, y en donde tiene su palacio

la juventud, digo en verdad que atraerán siempre a todos los buscadores de milagro y catadores de poesía. ¡Aureo, bravo, caro Lugones! Vigoroso por temperamento, nutrido de los mejores saberes y remiso en toda aplastadora apretura escolar, desde muy temprano supo aprovechar el don, rarísimo si se mira bien, de la auto-comprensión y valoramiento propios. Tal, por mayor suma de aristocracias, se denunciara anarquista de los más encendidos. La violencia del color —¡aplaudido sea el profeta!— fue, con el tiempo, comida por el sol, no sin que hoy subsista el nato combativo cazacoronas y amigo de la República francesa, a pesar de las Españas ancestrales.

*Antiguamente decían
a los Lugones, Lunones,
por venir estos varones
del gran castillo. Y tentan
de Luna los sus blasones.*

Su genealogía mental —¡por Dios, siempre descendemos, o ascendemos, de alguien, y ha existido el Adán literario!—, ¿le emparenta con cuáles antecesores? Pero ningún espíritu encuentro más fraternal para el suyo que el de Edgard Poe —tanto en todo va buscando su equilibrio nuestra balanza continental—. Mas ¿adónde no llega la vista, a cualquiera de los puntos cardinales que se dirija, desde la cumbre de sus montañas?

Listo para todos los combates, apolíneo, hercúleo, perseico, davídico, ello transmutado en sangre neo-mundial, su iniciación en la orden del Arte queda como un acontecimiento en la historia del pensamiento hispanoamericano, y no es uno de mis menores orgullos el

haberme tocado ser, en días floridos, Anquises de tal Marcelo.

Todo conquistado: renombre, respeto y consideración en los propios patrios sanedrines, admiración y afecto entre sus iguales. Todo, hasta el denuesto regocijador y la parodia plausible. Todo, menos la verdadera comprensión de ciertas cosas suyas, al lado de las cuales se ha pasado sin penetrar lo que dentro se contiene. Mas ¿desde cuándo es comunicado a todos el *skibolet*?

La obra primigenia de tal héroe, cuyo análisis sea para estudiosos y minuciosos críticos, háceme pensar en las adolescencias proféticas, en una pérdida y encuentro, no en el templo entre los doctores, sino en el bosque entre los leones. Hay allí, sobre todo, un infuso conocimiento de cosas inmemoriales que se ha transmitido a través de innumerables generaciones, y que hace vagamente reconocerse, apenas, con algún rarísimo «contemporáneo», en un rápido choque de miradas o en la similitud de interpretación de un gesto, de un signo, de una palabra.

Ya en la tarea de ideas revélase la inagotable mina verbal, la facultad enciclopédica, el dominio absoluto del instrumento y la preponderancia del don principal y distintivo: la fuerza. Propaganda patriótica, ciencia civil, historia, cuento, enseñanza, discurso ocasional, todo es pletórico, todo está lleno de vital y viril fuerza. Verdad que oiréis un son de flauta en los crepúsculos del jardín. Acordaos del Polifemo que canta Téocrito y Poussin pinta. Y luego: *Quid dulcius melle et quid fortius leone?* ¿No habían vibrado antes en una lengua de potente amor versos capaces de encender estatuas?

No creo yo que en nuestras tierras de América haya hoy personalidad superior a la de Leopoldo Lugones,

quien, antes de llegar al medio del camino de la vida, se ha levantado ya incommovible pedestal para el futuro monumento: *Las montañas del oro, Los crepúsculos del jardín, El imperio jesuítico, La guerra gaucha, Las fuerzas extrañas, Lunario sentimental, Piedras liminares, Didáctica, Prometeo, Odas seculares.*

Allá, en la lejana Córdoba del Plata, una anciana tiembla aún de temeroso gozo maternal. ¡Misia Custodia, qué nombre el de usted para ser llevado en la catedral de las glorias argentinas!...

ENRIQUE GOMEZ CARRILLO

EN UNA DE LAS MUCHAS cartas que conservo del señor Gómez Carrillo —de un interés para más tarde—, hay una en que me agradece el haber venido a París. ¿Cómo fue ello? Ya lo he contado alguna vez. Dirigía yo, allá por el año 1890, en Guatemala, un diario: *El Correo de la Tarde*. Un día se presentó con unos trabajos un joven, muy joven, de un moreno dorado, de copiosos cabellos y ojos de soñador, y que manejaba ya cierta sonrisa caprichosa, con cuyas consecuencias habría de cargar yo mismo, pasando el tiempo. Intimamos. Y entonces yo señalé el camino de París.

¡El camino de París! ¿Sabría Gómez Carrillo que era el de su tierra prometida? Ciertamente que en él, por su madre había sangre francesa; pero su padre, historiador notorio y escritor de cepa castiza, era de puro origen español, severo en dogmas de gramática y de bien decir, y con entronques aristocráticos en la Península. Era, pues, quizá, el camino de Madrid el que hubiese tomado, sin mi dichosa intervención, el futuro autor de tanto libro de prosa danzante, preciosa y armoniosa, que había de ser tenido después como un parisiense adoptado, y alabado por escritores de renombre en esta capital de las capitales. Llegó a París a luchar, y luchó. Luchó primero en la inevitable Casa de Garnier Frères. ¿Quién diría que el escritor sutil y libérrimo hubiera colaborado en la seria y académica tarea de hacer un diccionario?

Pronto el guatemalteco se saturó de París. Su primera producción, una *plaquette*, hoy inencontrable, a

punto de que creo que el propio autor no la tiene, suda el más almizclado y enfermizo de los parises por todas sus letras. Llegado en pleno hervor simbolista, Gómez Carrillo había ya conocido a todos los dioses, semidioses y corifeos del movimiento. Era amigo de Verlaine, de Moréas, de Raynaud, de Duplessis, de todos los concurrentes a las comidas y reuniones de *La Plume*.

Su cultura aumentó día por día en este ambiente de arte; y relacionado con España, comenzó a escribir en la prensa de Madrid, tan constante y brillantemente, que le han llamado «príncipe de los cronistas». Entró, con el tiempo, a formar parte del cuerpo de corresponsales de *La Nación*, de Buenos Aires, y su producción adquirió mayores quilates.

Se dedicó, por higiene, a la esgrima, y esas prácticas le convirtieron en uno de los más conocidos duelistas parisienses. Conoce varias armas y creo que también el *box*.

En su obra pasada prevalecen, junto con un inesperado sentimentalismo, que se diría romántico, mucha modernidad, la euritmia, las elegancias femeninas, la danza, los personajes de la «comedia» italiana, la anécdota maliciosa, la conversación con sus amigos célebres, la ironía, el halago, la perversidad, el goce, todo lleno de una sutileza francesa, de modo que se diría escrito o por lo menos pensado, en francés, en parisiense.

Luego llegaron sus libros de viajes que hicieron considerarle como el Loti castellano, pues aparecieron sus dones de penetración, afinidades filosóficas, calma y serenidad, además de sus condiciones de paisajista y descriptor, dueño de una rica paleta, y siempre vibrante ante el espectáculo artístico o la figura sugestiva. Su libro sobre Grecia señaló principalmente la nueva ma-

nera. Y su libro sobre la Tierra Santa, adonde hiciera recientemente una visita, es, a mi entender, lo más firme, lo más sentido, lo más meditado y estudiado de toda su obra, pues quizá, así fuese por un momento, influencias ancestrales desperraron en él la verdadera emoción y la seguridad ideal, sin lo cual nada se escribe de duradero y de firme. Y realizó un bello, armonioso y erudito libro. Es un escritor dichoso.

¡Antes de aparecer su obra, un obispo de Colombia le ha excomulgado! Lo cual hará para *Jerusalén y la Tierra Santa* una singular propaganda.

Le han prologado y alabado sus libros escritores como Paul Adam, Jean Moréas, Emile Faguet, Catulle Mendès, Vicenti, Cortón, quien estas líneas escribe, y otros nombres más. ¡Si este diablo de hombre quisiese, aun después de la excomunión, le prologaría ahora un cardenal! El Gobierno francés le hizo caballero de la Legión de Honor.

EL TRIUNFO DE CALIBAN

NO, NO PUEDO, no quiero estar de parte de esos búfalos de dientes de plata. Son enemigos míos, son los aborrecedores de la sangre latina, son los Bárbaros. Así se estremece hoy todo noble corazón, así protesta todo digno hombre que algo conserve de la leche de la loba.

Y los he visto a esos *yankees*, en sus abrumadoras ciudades de hierro y piedra, y las horas que entre ellos he vivido las he pasado con una vaga angustia. Parecía-me sentir la opresión de una montaña, sentía respirar en un país de cíclopes, comedores de carne cruda, herreros bestiales, habitantes de casas de mastodontes. Colorados, pesados, groseros, van por sus calles empujándose y rozándose animalmente, a la caza del *dollar*. El ideal de esos calibanes está circunscrito a la bolsa y a la fábrica. Comen, comen, calculan, beben *whisky* y hacen millones. Cantan *Home sweet home!*, y su hogar es una cuenta corriente, un banjo, un negro y una pipa. Enemigos de toda idealidad, son en su progreso apoplético perpetuos espejos de aumento; pero Sir Emerson bien calificado está como luna de Carlyle; su Whitman, con sus versículos a hacha, es un profeta demócrata al uso del Tío Sam; y su Poe, su gran Poe, pobre cisne borracho de pena y de alcohol, fue el mártir de su sueño en un país en donde jamás será comprendido. En cuanto a Lanier, se salva de ser un poeta para pastores protestantes y para bucaneros y *cowboys* por la gota latina que brilla en su nombre.

«¡Tenemos, dicen, todas las cosas más grandes del mundo!» En efecto, estamos allí en el país de Brobding-

nag: tienen el Niágara, el puente de Brooklyn, la estatua de la Libertad, los cubos de veinte pisos, el cañón de dinamita, Vanderbilt, Gould, sus diarios y sus patas. Nos miran, desde la torre de sus hombros, a los que no nos ingurgitamos de *bifes* y no decimos *all right*, como a seres inferiores. París es el *guignol* de esos enormes niños salvajes. Allá van a divertirse y a dejar los cheques; pues, entre ellos, la alegría misma es dura y la hembra, aunque bellísima, de goma elástica.

«Miman al inglés —*but English, you know?*— como el *parvenu* al caballero de distinción gentilicia.

«Tienen templos para todos los dioses y no creen en ninguno; sus grandes hombres como no sean Edison, se llaman Lynch, Monroe, y ese Grant cuya figura podéis confrontar en Hugo, en el *niño terrible*. En el arte, en la ciencia, todo lo imitan y lo contrahacen, los estupendos gorilas colorados. Mas todas las rachas de los siglos no podrán pulir la enorme Bestia.

«No, no puedo estar de parte de ellos, no puedo estar por el triunfo de Calibán.»

Por eso mi alma se llenó de alegría la otra noche, cuando tres hombres representativos de nuestra raza fueron a protestar en una fiesta solemne y simpática, por la agresión del *yankee* contra la hidalga y hoy agobiada España.

El uno era Roque Sáenz Peña, el argentino, cuya voz en el Congreso panamericano opuso al *slang* fanfarrón de Monroe una alta fórmula de grandeza continental; y demostró en su propia casa al piel roja que hay quienes velan en nuestras repúblicas por la asechanza de la boca del bárbaro.

Sáenz Peña habló conmovido en esta noche de España, y no se podía menos que evocar sus triunfos de

Washington. ¡Así debe haber sorprendido al Blaine de las engañifas, con su noble elocuencia, al Blaine y todos sus algodóneros, tocineros y locomóteros!

En este discurso de la fiesta del Victoria el estadista volvió a surgir junto con el varón cordial. Habló repitiendo lo que siempre ha sustentado, sus ideas sobre el peligro que entrañan esas mandíbulas de boa todavía abiertas tras la tragada de Tejas; la codicia del anglosajón, el apetito *yankee* demostrado, la infamia política del gobierno del Norte; lo útil, lo necesario que es para las nacionalidades españolas de América estar a la expectativa de un estiramiento del constrictor.

Sólo una alma ha sido tan previsora sobre este concepto, tan previsora y persistente como la de Sáenz Peña; y esa fue, ¡curiosa ironía del tiempo!, la del padre de Cuba libre, la de José Martí. Martí no cesó nunca de predicar a las naciones de su sangre que tuviesen cuidado con aquellos hombres de rapiña, que no mirasen en esos acercamientos y cosas panamericanas, sino la añagaza y la trampa de los comerciantes de la *yanquería*. ¿Qué diría hoy el cubano al ver que, so calor de ayuda para la ansiada Perla, el monstruo se la traga con ostra y todo?

En el discurso de que trato he dicho que el estadista iba del brazo con el hombre cordial. Que lo es Sáenz Peña lo dice su vida. Tal debía aparecer en defensa de la más noble de las naciones, caída al bote de esos *yangüeses*, en defensa del desarmado caballero que acepta el duelo con el Goliath dinamitero y mecánico.

En nombre de Francia, Paul Groussac. Un reconfortante espectáculo el ver a ese hombre eminente y solitario salir de su gruta de libros, del aislamiento estudianto en que vive, para protestar también por la injusticia y el material triunfo de la fuerza. No es orador el

maestro, pero su lectura concurrió y entusiasmó, sobre todo, al elemento intelectual de la concurrencia. Su discurso, de un alto decoro literario como todo lo suyo, era el arte vigoroso y noble ayudando a la justicia. Y de oírse decir «¿Qué? ¿es éste el hombre que devora vivas a las gentes?, ¿éste es el descuartizador?, ¿es éste el condestable de la crueldad?».

Los que habéis leído su última obra, concentrada, metálica, maciza, en que juzga al *yankee*, su cultura adventicia, su civilización, sus instintos, sus tendencias y sus peligros, no os sorprenderíais al escucharle en esa hora en que habló después de oírse la Marsellesa. Sí, Francia debía de estar de parte de España. La vibrante alondra gala no podía sino maldecir el hacha que ataca una de las más ilustres cepas de la viña latina. Y al grito de Groussac emocionado: «¡Viva España con honra!», nunca brotó mejor de pechos españoles esta única respuesta: «¡Viva Francia!».

Por Italia, el señor Tarnassi. En una música manzoniana, entusiasta, ferviente, italiana, expresó el voto de la sangre del Lacio; habló en él la vieja madre Roma, clarineó guerreramente, con bravura, sus decasílabos. Y la gran concurrencia se sintió sacudida por tan llaméante «squillo di tromba».

Pues bien, todos los que escuchamos a esos tres hombres, representantes de tres grandes naciones de raza latina, todos pensamos y sentimos cuán justo era ese desahogo, cuán necesaria esa actitud; y vimos palpable la urgencia de trabajar y luchar porque la Unión Latina no siga siendo una fatamorgana del reino de Utopía; pues los pueblos, sobre las políticas y los intereses de otra especie, sienten, llegado el instante preciso, la oleada de la sangre y la oleada del común espíritu. ¿No veis

cómo el inglés se regocija con el triunfo del norteamericano, guardando en la caja del Banco de Inglaterra los antiguos rencores, el recuerdo de las bregas pasadas? ¿No veis cómo el *yankee*, demócrata y plebeyo, lanza sus tres hurras y canta el *God save the Queen*, cuando pasa cercano un banco que lleve al viento la bandera del inglés? Y piensan juntos: «El día llegará en que EE.UU. e Inglaterra sean dueños del mundo».

De tal manera la raza nuestra debiera unirse como se unen el alma y el corazón, en instantes atribulados; somos la raza sentimental, pero hemos sido también dueños de la fuerza: el sol no nos ha abandonado y el renacimiento es propio de nuestro árbol secular.

Desde México hasta la Tierra del Fuego hay un inmenso continente en donde la antigua semilla se fecunda y prepara la savia vital, la futura grandeza de nuestra raza: de Europa, del universo, nos llega un vasto soplo cosmopolita que ayudará a vigorizar la selva propia. Mas he ahí que del Norte parten tentáculos de ferrocarriles, brazos de hierro, bocas absorbentes. Esas pobres Repúblicas de la América Central no será con el bucanero Walker con quien tendrán que luchar, sino con los canalizadores *yankees* de Nicaragua; México está ojo atento y siente todavía el dolor de la mutilación; Colombia tiene su istmo trufado de hulla y fierro norteamericanos; Venezuela se deja fascinar por la doctrina de Monroe y lo sucedido en la pasada emergencia con Inglaterra, sin fijarse en que con doctrina de Monroe y todo, los *yankees* permitieron que los soldados de la reina Victoria ocupasen el puerto nicaragüense de Corinto; en el Perú hay manifestaciones simpáticas por el triunfo de los Estados Unidos; y el Brasil, penoso es observarlo, ha demostrado más que visible interés en juegos de daga y toma con el *Uncle Sam*.

Cuando lo porvenir peligroso es indicado por pensadores dirigentes, y cuando a la vista está la gula del Norte, no queda sino preparar la defensa.

Pero hay quienes me digan: «¿No ve usted que son los más fuertes? ¿No sabe usted que por ley fatal hemos de perecer tragados o aplastados por el coloso? ¿No reconoce usted su superioridad?». Sí, ¿cómo no voy a ver el monte que forma el lomo del mamut? Pero ante Darwin y Spencer no voy a poner la cabeza sobre la piedra para que me aplaste el cráneo la gran Bestia.

Behemot es gigantesco; pero no he de sacrificarme por mi propia voluntad bajo sus patas, y si me logra atrapar, al menos mi lengua ha de concluir de dar su maldición última, con el último aliento de vida. Y yo, que he sido partidario de Cuba libre, siquiera fuese por acompañar en su sueño a tanto soñador y en su heroísmo a tanto mártir, soy amigo de España en el instante en que la miro agredida por un enemigo brutal que lleva como enseña la violencia, la fuerza y la injusticia.

«¿Y usted no ha atacado siempre a España?» Jamás. España no es el fanático curial, ni el pedantón, ni el *dómine* infeliz, desdeñoso de la América que no conoce; la España que yo defendiendo se llama Hidalguía, Ideal, Nobleza; se llama Cervantes, Quevedo, Góngora, Gracián, Velázquez; se llama el Cid, Loyola, Isabel; se llama la Hija de Roma, la Hermana de Francia, la Madre de América.

¡Miranda preferirá siempre a Ariel; Miranda es la gracia del Espíritu; y todas las montañas de piedras, de hierros, de oros y de tocinos, no bastarán para que mi alma latina se prostituya a Calibán!

EL FIN DE NICARAGUA

CUANDO EL YANQUI William Walker llevó a Nicaragua sus rifleros de ojos azules, se hallaban los Estados Unidos harto preocupados con sus asuntos de esclavistas y antiesclavistas, y el futuro imperialismo estaba en ciernes. Si no, ha tiempo que Nicaragua ¡que digo! las cinco repúblicas de la América Central serían una estrella o parte de una estrella del pabellón norteamericano.

Los manes de William Walker deben estar hoy regocijados. Era aquel filibustero culto y valiente, y de ideas dominadoras y de largas vistas tiránicas, según puede verse por sus *Memorias*, ya en el original inglés, muy raro, ya en la traducción castellana de Favio Carnavallini, también difícil de encontrar. En tiempo de Walker era el tránsito por Nicaragua de aventureros que iban a California con la fiebre del oro. Y con unos vaporcitos en el Gran Lago, o lago de Granada, comenzó la base de su fortuna el abuelo Vanderbilt, tronco de tanto archimillonario que hoy lleva su nombre. William Walker era ambicioso; mas el conquistador nórdico no llegó solamente por su propio esfuerzo, sino que fue llamado y apoyado por uno de los partidos en que se dividía el país. Luego habrían de arrepentirse los que creyeron apoyarse en las armas del extranjero peligroso. Walker se comió el mandado, como suele decirse. Se impuso por el terror, con sus bien pertrechadas gentes. Sembró el espanto en Granada. Sus tiradores cazaban nicaragüenses como quien caza venados o conejos. Fusiló notables, incendió, arrasó. Y aún he alcanzado a oír cantar ciertas viejas coplas populares:

*La pobre doña Sabina (?)
un gran chasco le pasó,
que por andar tras los yanques
el diablo se la llevó.*

No se decía yanquis, sino "yanques".

*Por allá vienen los yanques
con cotona colorada,
gritando ¡burra! ¡burra! ¡burra!
En Granada ya no hay nada.*

Y llegó Walker a imperar en Granada, y tuvo partidarios nicaragüenses, y hasta algún cura le celebró en un sermón, con citas bíblicas y todo, en la parroquia. Pero el resto de Centro América acudió en ayuda de Nicaragua, y con apoyo de todos, y muy especialmente de Costa Rica, concluyó la guerra nacional echando fuera al intruso. El bucanero volvió a las andadas. Desembarcó en Honduras. Fue tomado prisionero en Trujillo, y, para evitar nuevas invasiones, se le fusiló. Y la defensa contra el famoso yanqui ha quedado como una de las páginas más brillantes de la historia de las cinco repúblicas centroamericanas.

Y es allí en esa misma ciudad de Granada de que habla la copla vieja, en donde, por odio al gobierno de Zelaya —a quien hoy echan de menos los nicaragüenses como los mejicanos a Porfirio Díaz—, se formó una agrupación yanquista, que envió a Washington actas en que se pedía la anexión, que paseó por las calles entre músicas y vítores el pabellón de las bandas y estrellas, clamando por depender de la patria de Walker, dando vivas al presidente de la Casa Blanca; y se buscó a cada

paso la ocasión de la llegada de un ministro, de un cónsul, de un enviado cualquiera de los Estados Unidos, para manifestar las ansias del yugo washingtoniano, el masochismo del *big stick*; el deseo del puntapié de la bota de New York, de New Orleans o de Chicago. Y entretanto de New Orleans y de New York iban los fondos para sustraer la revuelta después que se hubo logrado la traición de Estrada —quien hoy de seguro lamentará su error trascendente—; y compañías como la *United Fruit* no escatimaban los dólares para la sangrienta fiesta de la muerte de que tan buen provecho se proponían sacar. Zelaya hizo bien en mandar ejecutar —después de juzgados militarmente, se entiende— a dos yanquis que fueron tomados en momentos en que ponían minas para hacer volar dos barcos llenos de soldados del gobierno, allá en la costa norte, que era el punto de la insurrección. Mas esa doble ejecución le costó la presidencia y le valió el destierro. Y el apoyo y la simpatía que a Zelaya prestara y demostrara el viejo presidente mejicano, fue una de las causas de que los Estados Unidos, es decir, mister Knox, viese con buenos ojos la revolución de Madero; y Porfirio Díaz también cayó, al soplar el vendaval del lado del norte.

Cuando Zelaya entregó el poder a Madriz se creyó la revuelta develada; y ya iba el gobierno a deshacer a los revolucionarios de Bluefields, cuando desembarcaron tropas yanquis que apoyaron a Estrada, Chamorro y demás sublevados. Cayó Madriz y se constituyó un nuevo gobierno; el partido conservador, que antes de Zelaya había mandado treinta años, y que con Zelaya estuviera aplastado diecisiete años, renació, pero para cometer peores cosas que aquellas de que acusaban al gobierno liberal. Se tomó todo lo que se pudo del tesoro exhaus-

to, se ordenó pagar enormes sumas a los prohombres conservadores. Y el país miserable, arruinado, hambriento, con el cambio al dos mil, veía llegada su última hora. Los yanquis ofrecieron dinero; y enviaron una comisión para encargarse del cobro de los impuestos de aduana, después de la llegada de cierto famoso Mr. Dawson, perito en tales entenderes por su práctica en Panamá y en la República Dominicana. Y se iba a realizar la venta del país, con un ruinosísimo empréstito, negociado en Washington por el ministro Castillo, cuando, felizmente, algunas voces cuerdas y humanas se oyeron en el Congreso de los Estados Unidos, y a pesar de los senadores interesados y de los deseos del gobierno, el empréstito no fue aprobado. Mas, de hecho, el imperio norteamericano se extendía sobre el territorio nicaragüense, y la pérdida implícita de la soberanía era una triste realidad aunque no hubiese ninguna clara declaración al respecto. Hombres de cierto influjo, como los Arellanos, de Granada, habían fomentado los designios del grupo anexionista. ¿No se ha contado por la prensa nicaragüense un detalle indigno? Dícese que estando reunido el Congreso de Nicaragua para tratar de la reforma de la Constitución se recibió un cablegrama de la Casa Blanca en el cual se ordenaba —esa es la palabra—, que no se tratase la reforma de la Constitución hasta que llegase un comisionado del gobierno de los Estados Unidos... Si esto no es ya perder completamente la nacionalidad que venga Washington y lo diga, porque ya sería tarde para preguntárselo a San Martín o a Bolívar.

Entretanto en el partido Conservador surge un cisma, una disgregación mortal. Unos quieren que sea presidente el que por de pronto ocupa el puesto, Adolfo

Díaz, hombre civil, hijo del poeta Carmen Díaz, de honesta memoria; otros que sea el rústico y tremendo general Mena, hombre de machete y popular boga en los departamentos de Oriente; otros que sea el general Chamorro, simpático en la capital; otros que sea el alejado Estrada, el hombre del primer golpe, después venido a menos y que partió a Norte América; y aún creo que hay otros candidatos más. Y así el partido se dividió; quedó en la presidencia Díaz, pero Mena, ministro de la Guerra, tenía las armas y dominaba el ejército; y Díaz no podía disponer nada, ni emprender nada sin la anuencia y aprobación de Mena; presidía pero no gobernaba, con la amenaza de un golpe militar. Y llegó el momento en que instigado por sus partidarios, pensó en deshacerse de la tutela de su ministro de la Guerra; mas este paró el golpe, y, como supiese que para los Estados Unidos no era «persona grata», no aguardó las elecciones y se rebeló contra el gobierno de Díaz, Díaz entonces pide apoyo a los prohombres de la Casa Blanca, y la ocasión para repetir lo de Cuba y lo de Panamá no pudo ser más propicia a Knox y compañía. De los barcos de guerra anclados en los puertos de Corinto y de Bluefields desembarcaron tropas para imponer el orden, para «proteger las legaciones», como si se tratase de contener hordas chinas. En el interior se renuevan los odios entre Granada y León, y en las escenas de guerra se retrocede cincuenta años; odios de campanario, odios de bandería, odios odiosos de grotescos Montescos y absurdos Capuletos. Vuelven a verse el incendio y la matanza entre las dos ciudades rivales; incendios como el que destruyera a Granada antaño, matanzas como aquella en que fue arrastrado a la cola de un caballo el cuerpo de mi tío abuelo "el indio Darío".

Y los Estados Unidos con la aprobación de las naciones de Europa —y quizá de algunas de América...—, ocuparían el territorio nicaragüense, territorio que les conviene, tanto por la vecindad de Panamá, como porque entra en la posibilidad de realizar el otro paso interoceánico por Nicaragua, por las necesidades comerciales, u otras, y así se aprovecharán los estudios ya hechos por ingenieros de la marina norteamericana, como el cubano Menocal. Y la soberanía nicaragüense será un recuerdo en la historia de las repúblicas americanas.

ELOGIO DE LOS GORDOS

VIENE A BORDO un hombre de una gordura dominante y eminente. Este hombre gordo es comunicativo, conversador y ocurrente, amable y de un humor risueño que no varía, ni aun con los calores ecuatoriales. Lo acompaña una dama graciosa y capitosa, cuyos «appas» son de los que siempre alaban con preferencia los poetas que cita en sus narraciones la sutil Scheherezada de *Las mil y una noches*. El gran portugués Eça de Queiroz dice en alguna parte, hablando de no recuerdo cuál de sus personajes: *era um gordo, e portanto um prudente*. Quizá la prudencia sea lo que falte a nuestro robusto compañero de navegación, pues a pesar de sus ciento cincuenta kilos, se atreve a danzar sobre cubierta, con su alegre dama y otras gentiles pasajeras. Yo he de decir el elogio de los gordos, porque ellos no dan entrada a la mal aconsejadora melancolía. Casi siempre están de buen ánimo y saben el precio de la vida. Ríen de verdad, con risa franca y sabrosa. Gozan de buen apetito y digieren en la paz de su completa satisfacción. Los favorece el sentido común, la tranquilidad y la feliz armonía con los demás hombres. Raro, rarísimo será el gordo suicida. Si Bruto hubiera sido gordo, no habría asesinado a su bienhechor. No lo dice así propiamente Shakespeare, pero recordad los versos de *Julio César*. Los sueños y las visiones que perturban el ánimo, no frecuentan a los gordos. Ved al flaco Don Quijote, asaeteado de penas y cuidados, y al gordo Sancho, que sabe aprovechar el paso de la hora y llena el bandullo. Todo flaco para en lívido y todo lívido en maligno, por causa del mal funciona-

miento corporal; la sana y bienhechora risa huye de los flacos, gentes a quien meser Goster no es propicio y cuyo hígado, órgano ilustre para los orientales, les hace malas bilis y peligrosas cóleras. Rabelais sabía bien todo esto, y en ello pudo extenderse M. Bergeret, maestro de conferencias, cuando su visita a Buenos Aires. El gordo del barco es ameno y afectuoso. Cuenta cuentos picarescos; trata a los amigos ocasionales con regocijada confianza; juega a los juegos ingleses; come *sandwichs*, ríe con convicción y salud. Es un ser feliz. Y por su causa he escrito estas líneas, recordando a los abades conventuales, al noble rey Gambrinus, y a sir John Falstaff, todos ellos de opulenta y rozagante memoria.

APOLOGIA DE LA RISA

I

HE CERRADO EL LIBRO de Coquelín. Quedan aún en mi memoria la visión de la última mueca y el eco de la última carcajada. Siento un verdadero alivio. Acababa de leer *La sonata a Kreutzer* y un maldito libro de versos de Rollinat. Me reconforto. Miro el alegre cielo, por una ventana de mi cuarto de trabajo, que da a un patio lleno de flores. Después de tener largo tiempo ocupado el pensamiento en las negruras de la vida, he aquí que experimento especial complacencia en ver cómo, sobre un rosal en flor, canta un pájaro haciendo chiiiiiu... chiiiiiu... Es un pobre pajarito del cielo que no sabe metafísica, ni lee poetas neuróticos, no conoce a Tolstoi.

Mi ánimo ha cambiado.

¿Por qué? Por la influencia de la risa.

¡Oh!, y es la verdad. Delante de lo oscuro de la existencia; delante de las conclusiones fatales y tristemente profundas del pesimismo; delante de la fábrica negra y vasta levantada por Schopenhauer y Hartman; delante de la enlutada estatua del dolor, fundida al calor de su misteriosa poesía por Leopardi, surge, a modo de un refugio para el espíritu, como un consuelo, o más bien como una defensa, el claro resplandor de la alegría.

La alegría destierra el estado morbosos de las almas; la alegría, riente, expresiva, de sonoras alas, se mueve en un ambiente sano y vivificador. Su trono jovial, su carcajada, es como las descargas eléctricas, que purifican la atmósfera. Y en este siglo de crisis intelectuales, de agi-

tación moral, de decaimientos, de enfermedades del alma, la risa ha podido ser torre de asilo, lugar de salvamento, para los que se allegan a sus dominios y se acogen bajo sus banderas. El ser humano tiene un fondo de tristeza. Sobre la oscuridad, cruza un vivo relámpago la risa. Lo amargo de la vida siempre ha hecho conmoverse al alma de los fuertes pensadores. Los más grandes poetas han sido los poetas del llanto: el vientre del dolor es eternamente fecundo. Homero no ríe; Job no ríe; Esquilo no ríe; Lucrecio, Dante, Víctor Hugo, no ríen; Cervantes ríe; pero bajo la armadura grotesca, dentro del amojamado cuerpo del caballero de la Mancha, va un espíritu trágico y doliente derramando lágrimas. Molière creó en Alcestes, con la envoltura de lo cómico, una dolorosa encarnación de la amargura humana. Rabelais, el formidable bufón, no conoce el amor ni la ternura, aunque todo lo llena con la soberbia explosión de la risotada. Rabelais no sabe sonreír, como Voltaire, el gran risueño. La risa tremenda de Aristófanes estallaba como una temible fanfarria, a través de las máscaras de los histriones en las fiestas dionisiacas. Los dioses de los paganos reían. Bajo el cielo griego resonaban las carcajadas homéricas. Momo era un dios-payaso. En la *Iliada*, al paso de Tersites, se oye el eco de las burlas. Rabelais descende en línea recta de Aristófanes. El poeta pagano, por ley atávica, reaparece en el buen monje gascón. Voltaire posee todos los matices de la risa, todos sus tonos, todas sus armas; Rabelais es siempre el titánico farsante. Voltaire emplea la flecha y la catapulta. Rabelais apedrea como Polifemo.

II

Generalmente, los hombres risueños son sanos de corazón. La risa es la sal de la vida; la risa de un niño es como una loca música de la infancia. La alegría inocente se desborda en una catarata cristalina que brota a plena garganta. ¡Triste hogar es aquel donde no resuena la amable sonrisa infantil!

Los pensadores meditabundos no ríen, porque viven en constante comunicación con lo infinito, en una vasta serenidad; los bandidos, los hombres avezados al crimen, tampoco ríen: en su vida zozobranante y lívida, llenos de hiel y de sombra, siempre van acompañados de un negro genio, que mantiene en sus espíritus el espanto y el odio. El orgullo, la vanidad, sonríen; la lujuria, la gula, el robo, pueden sonreír; la envidia no puede: pálida y enferma traga su bilis, y está con el ceño arrugado, siniestra, como la pintó el poeta latino, aplastada bajo la montaña del bien ajeno; y si logra reír el envidioso, es con risa histérica y espantable.

En la historia literaria existe una figura extraña, representación del egoísmo y de la dañada burla: Swift. No le atormenta el sombrío livor, el *esplín* británico, la enfermedad nacional. Es un espíritu emponzoñado, lleno de cruda misantropía: especie de hombre-escorpión, siempre listo para asestar el garfio que inocular el veneno. Su arma fue la risa; pero ella es en él salvaje bufonería, cruel dardo de un ser dañino; su talento era corrosivo como un frasco de ácidos; fue el exacto tipo de "panfletista". El creador de Gulliver hizo del sonoro y buen metal de la risa un puñal, que puso en manos de su ambición y de su rabia; Aristófanes enseña y reprende; Agripa Dauvigné, como Juvenal, convierte la ironía

en un látigo de acero y destroza las carnes del vicio real y cortesano; Rabelais hace la gigantesca parodia de sus tiempos como un Micromegas que se divertiese jugando a los títeres; Cervantes alza la figura de Don Quijote en la tumba de la caballería y bajo una ideal y magnífica apoteosis; Voltaire, con su estridente risa, hace que

*Hoy la humana razón sirva de guía
a la prole de Adán regenerada.*

Swift, en medio de su hipocondría y de su ruindad, solamente obedece a sus pasiones, y arroja sus chistes al rostro de la sociedad como un vaso de vitriolo. ¡Mal haya aquel que en el buen campo, que Dios le dio, cultiva plantas venenosas y llenas de espinas! Swift, funesto sembrador, sembró en su huerto manzanilleros, cactus y ortigas. Reía con gracia mala. El gracioso era mal hombre. El caso de Swift se repite con alguna frecuencia en escritores jocosos que, si no le igualan en talento, le superan en maldad. Emplean su habilidad más o menos crecida, en desgarrar. Hacen de la sátira el arma de su rabia. Como el yambo de Arquíloco:

Achilochum proprio rabies armabit iambo.

Ningún poeta de la antigüedad fue más odiado que Arquíloco. Todo lo contrario afirma de Simónides, Joubert. Fue estimado, fue amado. ¡Triste don es el talento, si nos sirve para atraernos el general desprecio, o el odio! Alfredo de Musset en su verso de oro nos dice que ser admirado no es nada; el asunto es ser amado:

Etre admiré n'est rien; l'affaire est d'être aimé.

Es el inconveniente de muchos escritores graciosos.

Los admiran pero los aborrecen, porque les place desgarrar. Hacen reír por medio del contraste de las ideas, o por el empleo de ciertos juegos de palabras, buscando en todo el lado ridículo de las cosas.

Los escritores graciosos tienen lo que en español se llama *chiste*, en francés *esprit*, en alemán *witz* y en inglés *humour*. El «buen humor» es lo que distingue a los escritores de la gracia. Pero el mayor enemigo de la gracia es la grosería. Alberto Wolf, que es autoridad, define así el *esprit* parisiense: "El arte de decirlo todo con buen humor y sin la menor grosería". Nada alienta bajo el claror de la alegría. La vieja risa gala fortifica a los bravos trabajadores. Zola, el fuerte cazador, ha dado sus alabanzas a ese antiguo tesoro de la Francia; pero ha tronado contra los que lo falsean o lo profanan. «¡Oh, genio francés, dice, *esprit* francés, tan neto y tan recto, formado de buen sentido y de viva personalidad, tú bien sabes que el falso *esprit* me exaspera y me pone fuera de mí! ¡Tú sólo eres el *esprit*, oh viejo *esprit* nacional, tú que sacas la risa de la razón, que eres simplemente la flor de la inteligencia y de la verdad!» Sí; la falsa gracia abunda, en París, aquí, allá, por todas partes. Prodúcenla los sucesos comentados por el gacetillero; la politiquería; la necesidad que en el diario tiene a veces el revistero de hablar en necio por la razón de Lope. De manera que así la verdadera, la fina, la brillante gracia, se convierte en la mueca bufa de baja extracción, en el chiste patanesco, en la risa insensata y pueril que propaga y celebra por un día la inconcebible estupidez humana.

III

La risa, como las flores, como las mujeres, está bajo la influencia del sol, del clima. Ved cómo ríen los franceses, y entre ellos esos ardorosos meridionales, los que nacen en Provenza, allá donde Valmajour oyó cantar al ruiñeñor. Bajo el sol provenzal ríe el tamboril, ríe el pífono, ríe el vaso del buen vino, ríen las alegres muchachas y los mozos que bailan la farándola. Esa jovialidad está impregnada de luz y de calor, como los versos de Mistral, de Roumanille y de Aubanel. La risa de París, culta y chispeante, mueve el lápiz de Caran d'Ache, la pluma de Armand Silvestre y de Scholl, y produce hoy las canciones de Paulus y de Ives Guilbert, como antes las explosiones de alegría musical que dirigía la batuta de Offenbach. ¿Qué es un can-can, sino una carcajada? Los holandeses y flamencos tienen fama de ser flemáticos y reposados. Pero el arte flamenco, representado por Rubens, es agitado, derrocha el movimiento, las carnaciones de la lujuria, los músculos; y el «buen humor» tiene un bizarro paladín en Jordaens, con sus interiores risueños y sus personajes gordinflones, sanos, que respiran en una atmósfera de excelente hilaridad. Y luego Tenniers, con luz regocijada, pinta de modo encantador las *kermesses* y las expansiones aldeanas. Los alemanes ríen con cierta gravedad —sin que esto sea paradoja—. Poseen, como los artistas del Japón, «ese sentimiento caricaturesco, ese lado cómico de la vida, expresado con sencillez y semejanza a la ingenua gravedad con que algunas personas dicen o escriben divertidísimos chistes...» Mas ¡cuánta diferencia entre el *Fliegende-Blatter* y el *Charivari*, entre el gesto de *Mein*

Herr y el de M. Prudhome, entre la risa de Gretchen y la carcajada de cristal de la señorita Colombina, ciudadana de París! En Inglaterra la risa se acerca a los límites de lo trágico. El *clown*, el mimo, es la encarnación de esa alegría que lleva la mueca hasta lo visionario y el ademán hasta el dislocamiento. En esto hay algo del *gheronzé* de los turcos y de las marionetas macabras de los japoneses. Hay en el fondo mucho de fatal y de triste. A propósito, recuerdo que Macaulay compara a Voltaire, genio francés, con Puck, y a Switt, de genio inglés, con Mefistófeles. Por lo que respecta a los anglosajones, tienen el chiste grueso y rudo. Mark Twain recorta los suyos como en cartón, y a cada paso se ve la huella de su pesado y férreo tacón yanqui. Bill Nay no puede satisfacer sino a un norteamericano de pura raza, de aquellos que gozan inefablemente con los Christie-Minstrels; la risa del Norte no es, como su hermana la del Mediodía, rosada, vibrante, sonora, entre las rosas, bajo los nidos de los pájaros, en un ambiente poblado de armonía y de sol.

La alegría de Italia tiene un "triunfo": el carnaval. El hijo predilecto de la farsa es Polichinela. Pantalón, el Doctor y demás buena compañía, vienen después.

La risa de España tiene un campeón en el chulo y una flor en la manola. No hablo de esa gran alegría literaria que tiene su epopeya victoriosa en las novelas picarescas; de la alegría triunfal de Cervantes, de la alegría endiablada de Gil Blas de Santillana y de Guzmán de Alfarache.

Me refiero a la indígena, a la autóctona, a la legítima y nacional alegría española. Esa es la que dirige y anima las danzas del pueblo. Su bandera irisada es el pañolón de Manila, y en la caña cristalina bebe el zumo de jerez y de Sanlúcar. Para la fiesta griega eran los crótalos so-

noros; para sus zambras son las vivas, locas y animadoras castañuelas. Su pompa es vistosa, cubierta de colorines, de cintajos y de lentejuelas. La lentejuela es una estrella en ese firmamento donde son constelaciones la chaquetilla del torero y la enagua de la flamenca danzarina. Los moros le dieron la pandereta, que es el tambor de regocijo. España ha compendiado en una palabra, que es un símbolo, toda su antigua y salvadora gracia: "sal".

IV

¡Bendigamos la risa!

¡Bendigamos la risa, porque ella libra al mundo de la noche!

¡Bendigámosla, porque ella es la luz de la aurora, el carmín del sol, el trino del pájaro!

¡Bendigamos la risa, porque es la predilecta del rey bebé, muñequito sonrosado y adorable, que lleva paz y dicha a nuestras casas!

¡Bendigámosla porque ella está en el ala de la mariposa, en el cáliz del clavel lleno de rocío, en el aderezo de rubíes que se contiene en el estuche de la granada!

¡Bendigámosla, porque ella es la salvación, la danza y el escudo!

V

Luego, cuando estamos en el recogimiento de nuestros ensueños, en la vaguedad de nuestras esperanzas, en la fatamorgana de nuestras ilusiones, viene una musa triste, triste, triste... Nos visitan en nuestras ansias solitarias amados y misteriosos seres, llenos de enigmas,

de dolor o de fatalidad. Hécuba, sollozante y maternal, está allá lejos; Orestes va gimiendo, y tras él Euménides implacables; Edipo pasa ciego; Medea abomina y conjura; Hamlet, esta esfinge, se ve ante Ofelia, esta pálida y fúnebre rosa. Y después todos los hijos de las neurosis, todas las negras mariposas del delirio. ¡Junto al realismo, cegador de flores, la poesía envenenada, la enferma, la de las ruinas, las larvas y los despojos!

¿Quién nos salva de este anonadador y oscuro diluvio, de esta sombra, de esta invasión espectral de este horror, de este espanto?... Tú, Scain; tú, Oronte; tú, Trínculo; tú Clarín, junto a Seguismundo; tú, pobre Bufón, que acompañas al viejo Lear, cuando la tempestad, con sus furiosos dedos de hielo, ¡desgreña la regia barba blanca!

INDICE

	Páginas
A Rubén Darío, por <i>Enrique Gómez Carrillo</i>	5
Edgar Allan Poe	9
Leconte de Lisle	23
Paul Verlaine	41
El "Conde de Lautréamont"	48
Enrique Ibsen	55
Gabriel D'Annunzio. El poeta	70
Rodin y su obra. Dos rodines	75
El talento de los negros	83
Emilio Castelar	91
Ante León XIII	111
José Martí	125
Leopoldo Lugones	137
Enrique Gómez Carrillo	141
El triunfo de Calibán	144
El fin de Nicaragua	150
Elogio de los gordos	156
Apología de la risa	158

Impreso en los talleres gráficos de
EDITORIAL TORINO
Telf.: (02) 239.76.54
Caracas - Venezuela